

Harbour Bridge

Colección de relatos



PERINQUETS



© 2018 Fernando Bellón textos

© 2018 José M Sánchez (Txemacantropus) portada y maquetación.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Harbour Bridge

**Una colección de relatos
escritos entre 1983 y 2005**

Sus autores son

**Fernando Bellón
Segismundo Bombardier
Gaspar Oliver
Waltraud García**

Harbour Bridge, de Fernando Bellón.

Situado en Canberra y Sydney, más o menos en 1983, y reelaborado después, aunque solo los detalles. Historias de tres emigrantes, un español, un alemán y un tailandés, de la edad que tenía el autor cuando vivió en aquel continente, alrededor de los treinta y cinco años.

Bienestar, Sexo y Cariño, de Segismundo Bombardier. Situado en la España de los años 90. Un antiguo militante del PCE, sin cualidades dignas de mérito, tropieza con los camaradas de la célula universitaria en la que militaban antes de la muerte de Franco. En aquella época se purgó a un disidente, que ahora reaparece con los mismos argumentos filosóficos. Quince años después, todos son disidentes, y siguen disputando con los mismos argumentos.

El Hombre Osmótico, de Gaspar Oliver.

Situado en un páramo sin identificar de la meseta castellana. El tiempo es 1987. Sigue el recorrido de fin de semana de un *currito* joven bregado en el oficio de ligar, perseguido y a su vez perseguidor de varias chavalas cursis por las carreteras manchegas.

Un Saco de Millones en el Jardín, de **Fernando Bellón**. escrito a principio del nuevo siglo, cuando los programas del corazón y sus tertulias empezaban a cargarse de basura. Historia surrealista, protagonizada por un antiguo profesor de Comunicación en la Facultad del ramo, que dirige uno de esos programas. En cierta forma está basado en hechos reales, pasados por el filtro de la fantasía literaria.

Simulacro de Realidad, de **Waltraud García**. Cuento fantástico situado en la Borgoña francesa. Data de los primeros 90. Una cualificada técnica de un instituto tecnológico pierde de vista a su marido durante una excursión en bicicleta por los canales del río Saona, y no lo vuelve a ver. Un individuo con gabardina que asegura ser el Ojo de Dios empieza a dar el tostón a la presunta viuda o abandonada y a sus compañeras de trabajo.

La Sombra de una Mirada, de **Gaspar Oliver**. Escrita más o menos en 1985, refleja la vulgar existencia de los beneficiados del pelotazo económico que se produjo durante los años cumbre del gobierno del PSOE. Los protagonistas son un oscuro hombre de paja y la mujer de su jefe, *tropa* del aparato económico forjado al abrigo del partido y del gobierno, antiguo compañero de colegio del primero. Está situada en los paisajes cervantinos de la Mancha.

Encuentros Fortuitos en el Jardín, de **Segismundo Bombardier**. Otro relato fantástico con dos escenarios. El real, en el Madrid de los años 90 sacudido por la mezquindad y la codicia política, el terrorismo, y la vida corriente. El inventado, un jardín donde viven personas procedentes de zonas de conflicto, por ejemplo, Serbia, Sudáfrica y el País Vasco español, al que se accede desde ese Madrid desvergonzado.



Harbour Bridge

Fernando Bellón

Néstor Wired, que salía de casa vestido con el mono de faena de las *Royal Australian Air Forces*, se mordió la lengua para no decir a su hija: “Antes de entrar en el túnel, fíjate si viene alguien detrás de ti. Si viene, déjale que pase. Luego, pasa tú. Pero procura siempre no meterte en el túnel con ningún desconocido”. El túnel peatonal que cruzaba por debajo Melrose Drive, y conectaba la biblioteca pública de Woden con el barrio de Lyons era la obsesión del militar.

La razón de Néstor se sobrepuso a su angustia de padre y ahorró a la inocente criatura una inquietud. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza que la niña sufriera una mala experiencia por no estar prevenida.

Néstor Wired trabajaba para la Patria en Canberra. Su trabajo en las fuerzas armadas consistía en prevenir incidencias informáticas que pusieran en peligro las alertas aéreas del ejército australiano. Pero había decidido no convertir en personal el paroxismo profesional de un hecho improbable, que los cielos

australianos fueran invadidos por misiles o aeronaves enemigas.

Muchas veces a Néstor Wired le asaltaba la indecisión. Le asaltaba en los tiempos muertos. Algunos funcionarios empapan su aburrimiento en alcohol, otros levantan castillos en el aire y los derrumban a cañonazos. Otros preparan su ascenso poniendo trampas a izquierda y a derecha, y aprendiendo a no morder los cebos de las trampas ajenas.

En los ratos que no estaba trabajando para la Patria inventaba pesadillas. Lo cierto es que las pesadillas se le presentaban casi acabadas, como nubes a punto de difuminarse. Néstor terminaba de esculpirlas arrastrado por un fatalismo que llevaba en la sangre.

Por ejemplo, soñó varias veces que el ejército argentino desembarcaba en las islas Falkland, y llegó a comentarlo con su mujer. El día que se dio la noticia (de la que él se enteró con horas de anticipación, debido a su trabajo relacionado con la prevención de incidencias militares súbitas) fue el peor de su matrimonio, porque ambos cónyuges temieron que el gobierno australiano decidiera participar en aquella guerra infinitamente estúpida, cosa que no sucedió.

Otro de sus sueños reiterados era que a su hija le asaltaba un sádico, que la criatura sufría un trauma irrecuperable, y que él se volvía un fanático de la disciplina, un déspota, un presunto golpista contra el equilibrado orden de Westminster. Puesto que su pesadilla de las Malvinas se había hecho realidad, el sueño recurrente de su hija asaltada empezó a obsesionarle. Lo peor es que sufría solo, pues esta vez no cometió la imprudencia de comentarlo con su esposa.

Néstor era un tipo de apariencia endeble. Tenía el pelo y el bigote negros y los ojos como turquesas. Unos ojos que no echaban chispas, sino fuego. Nacido en Elche en una familia murciana de apellido Guirao (en boca de un australiano, “güirao”, y de ahí “wired”, debido a su trabajo como experto en protocomputadoras), se hizo australiano de un modo natural, al descubrir que llevaba viviendo más años en el Hemisferio Sur que en ningún otro sitio, desde que desembarcó en Sydney Cove siendo un niño.

Se casó con una rubita de Whyalla, South Australia, todavía más pequeña y delgada que él, una inglesa, de oficio peluquera, que también había desembarcado en Australia siendo niña.

Néstor había llegado al grado de sargento en el ejército del aire. Sargento especialista en *Computing Services*. Se dejó arrastrar por el campo magnético

inapreciable, infinitesimal, de los inmensos ordenadores de los años 70, y pasó a trabajar como enlace en un centro de transmisiones de la *RAAF* en Canberra, una ciudad tan hermosa como el proyecto fin de carrera de un estudiante de arquitectura con la imaginación de una IBM.

De vez en cuando le mandaban a Malasia, fiel aliada de la atenta Australia, para componer algún desaguizado en el sistema de defensa que mantenían las computadoras. Su posición y su trabajo eran inmejorables. Y sin embargo Néstor padecía por dos razones, la ambición y el miedo. Tan imprescindible era en su puesto que no le ascendían. Para la *RAAF* su habilidad y su conocimiento valían más que los galones de teniente. Los intereses de la Patria se habían convertido en un obstáculo en la codicia profesional de Néstor.

Para acabar de enredar las cosas, se había dejado atrapar por la aprehensión de que algún gitano sur-hemisférico, algún aborigen etilizado, algún emigrante insólito, algún sajón incontinente, asaltara a su hija Beatriz.

"Asciende a cuatro el número de víctimas por el tiroteo de McGregor. El joven Tim Parkinson, que sufría herida de bala en la cabeza, falleció anoche en el Royal Canberra Hospital. Su padre y otros dos hermanos fueron encontrados muertos, todos con

disparos mortales en la cabeza, en su casa de Mc Gregor el día anterior".

Néstor pensó que no tendría más remedio que hablar con su hija. Tendría que decírselo. En Canberra nunca había pasado nada semejante. ¡Qué horror! ¡A lo que se está llegando en Australia! ¡Si esto parece el Mau-Mau! ¡Cuidado con el puente!

El puente.

El altísimo puente de Canalejas sobre el Vinalopó. Al fondo, el cauce árido, castigado por la justicia atómica de un sol que cae sobre el barranco a plomo, sin rebotar. Dos burros grises ramonean los arbustos que brotan de los terraplenes ocre. Atada a uno de los baluartes del puente, la tienda improvisada de una familia de nómadas.

Antón, Antón
no pierdas el son,
porque en la Alameda
Dicen que hay un hombrón
con un camión,
que a los niños lleva.

El Huerto del Cura, el Parque municipal, los huertos interminables de palmeras al otro lado de la vía del ferrocarril, son para Néstor alamedas

tenebrosas donde le aguarda el hombrón del camisón, el sacamantecas que le rajará con una larguísima faca de Albacete como la del tío José María, y le comerá las vísceras.

Néstor es un *mañaco*. Un *mañaco* acosado por las leyendas. “Si no te portas bien, te llevará el hombre-del-saco, la guardia-civil, los gitanos-de-bajo-el-puente, el brigada-del-segundo-a”. Le fascinan las turbas ebrias que vienen de Altábix, ahítas de rugir y de devorar árbitros chulos, cuervos, burros, hijos de puta. Le gustaría mezclarse con ellas y desahogarse hasta quedarse ronco.

Huele a cuero cocido, a plástico quemado, a zapatos calientes, nuevecitos. Huele a goma, a alpargatas con suela de neumático. Huele a pólvora.

Cae un sol despiadado sobre las calles sin asfaltar de Elche, un sol que no rebota, que rueda como una apisonadora ingrávida de fuego. Huele a pimiento frito, a arroz con costra, a sardinas a la brasa de Santa Pola, a leche merengada, que no suele oler. Huele a sudor.

—Lo que estos cabrones quieren es vernos otra vez en alpargatas a los obreros. Pues yo no. Yo me voy con mi familia a Australia.

—¡Néstor! ¡Néstor! Que no te voy a volver a ver, hijo mío.

El último recuerdo de Elche lo tiene grabado en las mejillas: dos besazos como mordiscos de su tía Ramona.

Una noche de domingo Néstor Wired soñó que era Tikamporn Vongphachanh, hijo de un pu-ya-ban, alcalde pedáneo y juez de paz de Koh Sa Mui, la isla de los Cocos, a unas cien leguas al sur de la Krung Thep Bangkok, la capital de Tailandia, antiguo reino de Siam.

Tikamporn Vongphachanh era un indochino menudo y de piel tostada, pelo lacio, boca abultada, nariz brahmánica y ojos almendrados. Estudiaba ingeniería electrónica en la universidad de Sydney cuando su vida se introdujo en el sueño de Néstor.

Por aquellos días Tikamporn estaba resolviendo una duda dolorosa: mudarse a un reducido apartamento de Glebe Point Rd. o no mudarse. Heather Eversley era una inglesa fondona, de pelo rubio largo y lacio, y mirada inquisitiva, que hablaba rápido como harían los pájaros si pudieran hablar. Le machacaba con que te vengas, que te vengas conmigo. Que te quiero. Que podemos vivir juntos y ser felices.

Heather era funcionaria contratada de la Universidad. Algunas veces llegaba a la oficina con los ojos como tomates y se pasaba la mañana

fumando, bastante silenciosa, con la mirada ausente, y dando cabezadas de tiempo en tiempo. También era voluntaria del Teléfono de la Esperanza, y en ocasiones tenía que hacer turno de noche. A Heather le gustaba ayudar a los demás.

Tikamporn Vongphachanh había experimentado los ardores y las frialdades de cuatro sajonas, contando a la absorbente Heather. Esta última era la que más le conmovía. Le conmovían sus nalgas desbordantes, retenidas por braguitas siempre ostensibles bajo la falda o de los pantalones, como si en lugar de vestirse con tela lo hiciera con celofán. Y le conmovían sus tetas rústicas, como copas de cobre de una corte bárbara bañada apenas por la luz de la civilización.

Tikamporn le daba largas, y no sabía qué hacer para no acercarse, de vez en cuando al apartamento diminuto de Glebe Point Rd. Los argumentos de la inglesa demolían la resistencia espiritual del tailandés.

¿Qué hay después de la carne? ¿Quién puede retener el placer? ¿De qué nos sirven los deleites de este mundo? ¿Por qué insistimos en morir agarrados a ellos con desesperación, en volver a nacer, en volver a someter nuestra existencia, en morir otra vez, en errar siglos y siglos víctimas del deseo?

Como un eco que se debilita, se alejaban las

palabras del abad del *wat* de su pueblo, el templo budista donde aprendió a leer, se ordenó monje y entendió la virtud inestimable del *namjai*, que los cristianos como Néstor Wired llaman caridad, y la regla sedante del *krengjai*, que integra la tolerancia y la urbanidad de las culturas occidentales.

Acodado en la baranda de la terracita del apartamento, Tikamporn aspiraba el aroma seboso de las patatas fritas, el kebab y los pollos asados del restaurante libanés de abajo. Después del libanés había otro español, sucio y tenebroso que se llamaba “Casa Manolo”, otro francés con fotos de París y sus monumentos en las paredes, un café donde servían bebidas exóticas sin alcohol, una librería de viejo atendida por una chica con gafas y cara de solterona empedernida, y la iglesia de Saint John. Al otro lado, el Post Office, la oficina de Correos blanca como una ermita rural sorprendida por el asalto de la expansión urbana.

De súbito, como un misil enemigo que penetra el espacio aéreo patrio, le entró un miedo irreprimible. Temía que Heather se aproximara por detrás, felina, descalza, medio desnuda, y le atenazara con sus tentáculos. Se metió en el apartamento, se puso la camisa, y dijo que iba a comprar algo de comer.

No su voluntad, sino su resistencia interior, una sofocada voz de alarma tomó por él la decisión de

olvidar para siempre a la turgente Heather y volver la ilusión hacia Vasaana Sornvongsa, que era su novia y esperaba su vuelta para casarse santamente en una pagoda vieja, veneranda y fastuosa en la ciudadela de Krung Thep.

"Yo iré contigo a Thailandia", le decía la culona. "Me haré budista". Pero él sabía que una mujer nacida en Liverpool, Inglaterra, criada en la árida inmensidad de Goulburn, New South Wales, entre rebaños de ovejas, bien comida, regalada, asegurada, feliz, próspera como todos los hijos del padre Menzies, no podría entender jamás el sentimiento colectivo de los *thais*, su frugalidad obligada, su disposición obediente, su respeto a los *pu-yai*, a los mayores.

"Todo esto está cambiando", le escribía al mismo tiempo Vassana Somvongsa. "Bangkok es una ciudad caótica, llena de truhanes, chóferes frenéticos, multitudes con la infelicidad pintada en las pupilas. La tasa de crecimiento industrial en determinados sectores como el textil y el de maquinaria ligera es superior al diez por ciento, pero esta sociedad se está partiendo a cachos. Te puede parecer absurdo, pero quiero casarme contigo e irme a vivir a Australia, porque allí no hay tradición y nadie sufre por lo que se corrompe y se pierde. Todo es nuevo allí. Solo se destruye nuestro mundo, el Tercer Mundo, y la ironía

es que lo vamos demoliendo nosotros mismos, los tercermundistas. En Occidente se vive mejor, más libre, menos preocupado. Nuestro mundo se sacrifica en aras del progreso".

Vassana exponía sus ideas con la precisión de una estudiante de ciencias políticas en la universidad de Chulalongkorn.

"¿Qué progreso?", preguntaba Tikamporn a su novia. "Al que tú sirves con tu carrera", contestó Vassana en la siguiente carta.

Heather no le dejaba en paz. Hasta se buscó un novio falso para darle celos. Un medio aborigen de Townsville, Queensland, que se llamaba Sean. Un tipo grande como un elefante, de ojos verdes como el légamo de los *billabongs*. Era barrigón y escandaloso, pero manso y de buenos sentimientos. Sean había estado en Vietnam matando comunistas, pero ocultaba esta aventura como un episodio vergonzoso.

Tikamporn sucumbió a algunas provocaciones. En cierta ocasión estuvo partido en dos mitades y casi descargó la mano sobre la desesperada súbdita británica. Dormía mal. Soñaba con frecuencia que tenía de nuevo quince años y con su vestido de azafrán y su cazo de aluminio salía a mendigar una ración de comida todas las madrugadas.

"Santo, Santo, Santo". La voz se deslizaba

como una balsa sobre la corriente imperceptible del *Chao Phya*. "Mantente fuerte ante las tentaciones. Sé siempre honesto, siempre bueno. No peques. Vive limpio" Cuando Tikamporn se despertaba, un pensamiento impío se vertía sobre un obscuro molde de palabras: "Pasamos la vida pecando para poder vivir".

A raíz de estas vigilias fue cuando Tilkamporn Vongphachanh empezó a soñar que era Wolfgang Kreutznaer, natural de Aachen o Aquisgrán, Alemania. Wolfgang tenía treinta y cuatro años. Uno ochenta. Pelo trigueño. Pecho hundido. Ojos indescifrables tras unas gafas de culo de vaso. Casado. Una hija. Con domicilio en Wollstonecraft, North Sydney.

Wolfgang llevaba, en el momento de ser capturado por el sueño del siamés, dos años de peregrino en Australia. Había trabajado durante algún tiempo en la edición de Colonia del Bild Zeitung, hasta que le cogió tanto asco al periodismo que temió perder el juicio. Durante el año 1977 había admirado secretamente la violenta determinación del *Rotte Armee Franktion*. Siguió de cerca el trabajo de sus compañeros que cubrieron el asesinato del banquero Ponto. Anticipándose a la policía, los periodistas habían acusado del crimen a una chica amiga de la

familia del muerto, pero afortunadamente la muchacha pudo probar que en el instante del asesinato viajaba en un tranvía.

En septiembre de ese año le invadió el pánico. No supo muy bien por qué. Era un pánico irracional, prekantiano, antihegeliano. Abandonó a su mujer y a su hija, y se puso a viajar por todo el país. El primer día de la primavera le cogió en Weimar, al otro lado del Muro. Se inscribió en el hotel “El Elefante”. Por la tarde, después de la cena, se arrellanaba en un sillón y leía “Los años de aprendizaje de Wilhem Meister”. Se absorbía en la lectura como si estuviera leyendo un libro de memorias escrito por él mismo en otra vida. Por la mañana visitaba los hogares vacíos y polvorientos de Goethe, Schiller, Listz, y buscaba en el patio de butacas del Teatro Nacional Alemán las cenizas de la Constitución de Weimar.

Antes de abandonar la ciudad dio un paseo largo por el Goethepark y se llegó hasta la casita de verano del gran hombre. Subió hasta el cuarto donde solía trabajar Goethe y allí le entró un fugaz escalofrío. Se quedó inmóvil durante un rato mirando a través de la ventana el paisaje del que todavía no había levantado el invierno su sudario.

Regresó Wolfgang al mundo libre, y sintió que también ahí le perseguían. En la DDR era palpable, ostensible, el control al que era sometido como

súbdito de la BRD sin oficio ni beneficio, vagando por un país de irreprochables y públicas costumbres. Pero al menos Wolfgang sabía que las costumbres eran allí irreprochables y públicas para todo el mundo. Sin embargo, en su trozo de Alemania, donde las costumbres eran reprochables y privadas, advertía en detalles insignificantes que le seguían los pasos con mayor sigilo. Acaso por haberse paseado sin razón aparente al otro lado de la muralla. “¿Son ellos los que se separan de nosotros o nosotros los que los separamos de nosotros? ¿Quién levantó el Muro?”, se preguntaba Wolfgang. En algún archivo computerizado, funcionarios dóciles almacenarían en unos cuantos miles de bits el expediente de su peregrinaje. “¿Por qué? ¿Para qué? Absurdas preguntas”, se decía Wolfgang. Entró en Colonia tan aturdido como salió. Volvió con su mujer. Se puso a estudiar informática en una *Volkshochschule*. Tres años después emigraba con su familia a Australia.

Pronto encontró trabajo en la firma Wang, que tenía un edificio monstruosamente moderno en Milsons Point, North Sydney. Luego, en otra empresa pequeña, pero más agresiva, de la City.

Un fin de semana largo fue a Canberra a visitar a un primo que jamás había visto. Era hijo de la hermana de la madre de Wolfgang, una mujer que se había casado con un holandés antes de la guerra.

Klaus, el primo, tenía diez años cuando llegó a Wollongong, NSW, donde creció. Era fontanero, y vivía plácidamente en Wanniasa, entre patos, gallinas, conejos y docenas de palomas. Klaus era un sabio colombófilo. Le enseñó su granja a Wolfgang y le dijo: “Mira, mañana vamos a hacer una barbacoa con algunas de las palomas de esta jaula. Son Birmingham Rollers, pero no todas son buenas. Las soltaremos, y a las que vuelen peor, les cortaremos el pescuezo y nos las comeremos”.

Klaus era un hombre a quien horrorizaba la indecisión; tras el primer embate de la duda, la machacaba con el recurso aplastante de una fe ciega. “Este país es el mejor del mundo”, decía. “La igualdad es un hecho. Si tú no te metes con los demás, los demás no se meten contigo. Se puede vivir”.

Después de esta visita, Wolfgang volvió a notar en su interior la desazón que le inquietaba en Alemania. En el trabajo, en los ratos libres, en lugar de jugar con la computadora o ponerse a prueba con nuevos programas experimentales, se ponía a escribir poesías. Se las daba a leer a su mujer, y notó que, desde entonces, a la pobre le entraban pesadillas.

Wolfgang y su familia empleaban largos *weekends* en Queensland, por la costa espectacular del Pacífico, y también hacia el desesperante interior de New South Wales. Ambos paisajes eran estereotipos

de lo opuesto a su experiencia europea, fría, gris y en los peores días, agobiante. El *outback* desértico podía ser amenazador y hasta peligroso si no hacías caso a las recomendaciones del *Australian Automobile Club*, llevar bidones con gasolina y agua para una semana. Pero la sensación que producía en Wolfgang era de euforia, se encarnaba en la figura de Wilhem Meister y se veía cruzando el continente, del Pacífico al Índico, a lomos de un camello importado de Asia por un proscrito redimido.

Lo que más jolgorio producía a Wolfgang era que en Australia se encontraban individuos por completo excéntricos, según la etimología de la palabra. Por ejemplo, en una barbacoa en un barrio popular de Sydney conoció a un francés entrado en años, elegante y culto, nacido en Pekín antes de la revolución comunista, criado en Cantón y con doble pasaporte, uno francés y otro australiano. Aquel caballero con la apostura de un miembro de la Legión de Honor, no había pisado jamás Francia.

Soñó que era él. Soñó que sorbía alegremente cerveza en el capuchón de una pluma estilográfica y que declamaba con voz profunda como la que se supone que tenía Lutero: “Todo lo que se aprende y se estudia en la juventud no sirve para nada. Pronto uno descubre que la sociedad no se conduce de acuerdo a ninguna norma extraída de los libros, y que los

conocimientos técnicos que uno ha ido acumulando no pueden aplicarse a nada inmediato ni efectivo. Nada puede calmar nuestra mano temblorosa. La adolescencia se prolonga hasta la muerte, pero sin esperanzas y sin el refugio del hogar paterno. La mejor computadora también vive en la inopia.”

Otra noche Wolfgang Kreutznaer soñó que era Néstor Wired, un sargento especialista en computadoras de la *RAAF*, casado, con una hija, y la esposa en estado de buena esperanza. Néstor Wired se llamaba en realidad Néstor Guirao. Era hijo de murcianos que habían emigrado en los años 50 a Elche, a fabricar zapatos, y en los 60 a Sydney, porque no querían volver a calzarse alpargatas.

El mes de junio de 1983 tuvo lugar la más larga huelga de trenes en la historia de los últimos doscientos años de *NSW*.

A Wolfgang Kreutznaer le dio por volver andando hasta su casa, atravesando el Harbour Bridge por encima de la ría de Sydney. Se puso a imaginar el fondo sucio de aquel brazo de mar rodeado de barrios residenciales. Los tiburones que se habían colado desde el Pacífico tenían que sortear barcos hundidos, coches de suicidas, maletas, máquinas tragaperras, botas sin suelas y bolsas de plástico llenas de basura

Tikamporn Vongphachanh se había echado otra

novia nueva, esta vez de origen ruso-argentino, que vivía en Kirribilli, en North Sydney, y algunas veces cruzaba el puente de vuelta a su casa en Balmain andando en dirección contraria a la del alemán.

Una tarde, durante la huelga, llovía torrencialmente. Wolfgang se armó de valor y de un paraguas, y se encaminó hacia el norte. Durante un rato estuvo refugiado en el gigantesco contrafuerte de la parte sur, esperando que amainara el temporal. De vez en cuando sacaba la cabeza por la alta barandilla y observaba a los *ferries* envueltos en niebla gris navegando a sus pies. Las crestas del Opera House aparecían desdibujadas, como si hubieran sido carcomidas por la tormenta. Más allá del Jardín Botánico y de Neutral Bay estaba todo borroso. Parecía que desde Double Bay hasta el South Head, el extremo sur de la boca de la ría, y desde Cremorne hasta Manly, la punta norte de la boca, todo hubiera dejado de existir.

Wolfgang echó a andar de nuevo, al mismo tiempo que Tikamporn se dirigía hacia él desde el otro lado del Harbour Bridge.

Mientras tanto, una congestión de tráfico detenía todos los vehículos en el puente. Néstor Wired, al volante de un camión de matrícula militar con base en Russell, *ACT*, miraba con apatía la lluvia que se derramaba como un telón sobre lo que, en un

día de sol, es uno de los más hermosos paisajes urbanos del planeta. Observó que dos hombres encogidos bajo sus paraguas se cruzaban en medio de la pasarela peatonal del puente y se alejaban el uno del otro. Luego, metió la primera, y avanzó unos metros más hacia The Rocks.

Un *ferry* procedente de Mosman Bay entraba en los embarcaderos de Sydney Cove, el primer asentamiento occidental en Australia.



Bienestar, Sexo y Cariño

Segismundo Bombardier

Es posible que la casa fuera un palacete del barrio de Argüelles. No tengo ninguna seguridad, porque la memoria es nebulosa. Cierta imagen emerge de la niebla mental que la envuelve: del edificio destacan un belvedere haciendo chaflán y una balaustrada de obra con florones. En el interior, donde accedimos precedidos por una sirvienta con uniforme y cofia, una escalera de caracol y un salón con tapices de batallas. La vivienda de una familia rica, bastante rica.

Sólo estuvimos una tarde en aquella casa. Nos reuníamos en lugares diferentes cada vez. Creíamos que era más seguro así, que despistábamos a la policía.

En realidad nosotros, nuestra célula, importábamos un pimiento a la policía. Hacía tiempo que la policía había perdido el interés por la oposición histórica, y se dedicaba a localizar a los nuevos grupos que predicaban la violencia, por si alguna vez se les ocurría ponerla en práctica, que es lo que acabó ocurriendo.

Pero nosotros, como cada uno de los demás grupos de fe y obediencia supuestamente marxista, nos creíamos los conspiradores más peligrosos de toda la sopa de letras que se le atragantaba al Régimen. Nos tomábamos las cosas muy a la tremenda, sobre todo la pureza ideológica. No cabían desviaciones de la ortodoxia dictada por individuos tan clandestinos, tan distantes, tan inaccesibles que bien podría ser que nunca hubieran existido fuera de los libros de historia y de los textos editados por el partido.

En este clima de adhesión inquebrantable, el camarada en cuya casa se celebraba la reunión salió un día con el siguiente apotegma:

—No hay pensamiento progresista ni pensamiento reaccionario. El pensamiento es siempre conservador, porque busca y ofrece cosmovisiones, porque somete la naturaleza y la vida a teorías globales indemostrables.

Yo confieso que estuve a punto de darle la razón. Era uno de los camaradas más locuaces, el que hablaba en todas las asambleas de la facultad. Incluso había viajado a París y había conocido personalmente a los inaccesibles capitanes de la ortodoxia. Era un luchador reconocido. Su palabra era la luz, mejor dicho, el espejo en el que se reflejaba la luz del Comité Central. Y por último era de buena familia, cosa que el Partido tenía en la mayor consideración.

Pero el responsable de la célula —el superior inapelable—, un meticuloso *quidam* de la Escuela de Caminos, le reconvino. El Camarada Locuaz tenía fama de bromista, y en aquellos días no estaba el horno para bollos. Así que el de Caminos le pidió que no se anduviera con cachondeos. La reacción del inesperado disidente, que con toda seguridad traía preparada, fue ésta:

—No es ningún cachondeo, es una refutación del mal. El mal no es la ausencia de bien. El mal y el bien son falacias. El mal es un fenómeno natural como cualquier otro, una transformación o una variación de los hábitos de la naturaleza. A nadie le asombra o le molesta una fruta podrida, o una granizada sobre un huerto en sazón, siempre que la fruta que a uno le toque comer sea sana, y el pedrisco caiga sobre la propiedad del vecino.

Las referencias agrícolas parecían indicar que el Camarada Locuaz podía ser hijo de terratenientes extremeños, a juzgar por su acento, muy de Cáceres. A sus espaldas, sobre su cabeza, un guerrero con armadura, descargaba un mandoble sobre un desafortunado pero feroz moro. Desconcertada la célula al completo, incluido su responsable, el Camarada Locuaz prosiguió su elaborado discurso.

—Lo que deja perplejo al hombre es el mal cuando actúa sobre él. El infortunio, a eso debe

quedar reducido el mal. Pero, ¿qué puede hacer un individuo que ha nacido parapléjico, o uno que se ha quedado ciego en un accidente, o quien ha perdido un hijo? Nada. Sólo aceptarlo. Estas cosas pasan en todas partes, han pasado siempre. Son inevitables. Es absurdo preguntarse por qué o para qué. El mal es *mi* mal, no hay que darle más vueltas.

En aquellos días el mal era que había caído media organización de Sevilla y el aparato de propaganda de la cuenca del Nalón.

Se organizó un debate retórico. Mi reconocida incapacidad dialéctica me mantuvo, felizmente, al margen de una discusión que en realidad fue una lluvia de excomuniones, cayendo sobre el temerario las más denigrantes etiquetas. Ni siquiera el hecho de estar en su casa contuvo la furia de los ortodoxos. Uno de Filosofía y Letras le acusó de estructuralista, el de Caminos le llamó contumaz idealista y sectario, otro, que vivía en Alcobendas, mentó a Feuerbach, a Hegel y a Kant, para acabar sacudiéndole en la cresta con Schopenhauer. Mientras el último inquisidor descargaba su mandoble ideológico sobre el Camarada Locuaz, perdí yo la mirada en el tapiz bélico de la pared. Pensé: este moro nunca ha muerto ni morirá, porque el espadón del guerrero acorazado jamás caerá sobre su cuello. Pero mi camarada disidente ha sido ya ejecutado sin apelación.

Una chica de la célula, que salía con el hereje —y que hacía el esfuerzo de aparentar que no sabía su nombre —, aseguró muy descompuesta que aquellas palabras eran una inversión de la definición de pragmatismo de Charles Pierce. A mí me despistó esta apostilla de la chica, que sufría al ver naufragar a su novio en la desviación ideológica. Yo estaba convencido de que el pragmatismo era bueno, lo había leído en más de un rollo del Comité Central y de su cabeza dirigente. Quizá Charles Pierce fuera un exégeta del pensamiento revolucionario.

No asistió el desviacionista a la siguiente reunión de la célula. Como he dicho, había perecido víctima de su amor propio, quiero decir, de tener opiniones propias. Se celebró en casa de su (supusimos) ex-novia, en un piso de viviendas para familias de militares en la calle Miguel Ángel, creo. Al ausente le habían dado de baja, se nos informó, por actividad fraccionaria.

Lo sentí, pero no por él, un renegado revisionista, sino porque su ausencia me privaba de una fantasía con la que solía entretenerme en los ratos más aburridos de las reuniones. Se trataba de la novia del hereje. Era una chica menuda, con carita de muñeca de porcelana y cuerpo de colegiala; morena, de pelo lacio y con flequillo, nariz insignificante, ojos grandes y pupilas negrísimas.

Sin poder evitarlo, adormilado por la monotonía de la ceremonia (las reuniones de célula eran lo más parecido a una misa) e intoxicado por el humo de los cigarrillos que todos fumábamos, me concentraba en ella; al cabo de unos segundos sentía un singular vacío en el pecho y en las tripas, que derivaba en algo parecido a un orgasmo. Ignoro por qué, ahora que faltaba su novio fui incapaz de obtener esa sensación.

Años después me enteré de que al ex-Camarada Locuaz le había tocado la mili en el Sáhara, y que un Polisario le había pegado un tiro en la cara, que se llevó por delante el maxilar. Me lo contó la que fue novia del osado hereje, la Muñeca de Porcelana, que terminó casándose con uno de Derecho a quien su padre (no sé si de él o de ella) colocó en el consejo de administración de una empresa del INI. Ella tenía cantidad de líos con otros individuos, y parece que su marido, también (creo que con individuos, pero no estoy seguro).

La ex novia novia del Camarada Locuaz me dijo que se había topado con él en un congreso de expertos en algo, en Odense. No le reconoció. Le habían hecho la cirugía estética para restaurarle la mandíbula, y le había quedado cara de sabio. Se metió con él en la cama, y allí descubrió quién era. Por poco le da un patatús, me contó. Fue como practicar sexo con un resucitado.

La Muñequita era ahora gerente (ella decía *mánayer*) de una cadena de hoteles. Yo me la encontré en uno de Roquetas de Mar que parecía un decorado de Samuel Bronston.

—Tú eres García, ¿verdad? —me soltó una mujer desconocida, después de observarme con embarazoso descaro por unos segundos.

—No. Soy Neftalí Santamaría.

—Yo soy Julieta, ¿no te acuerdas?

Su nombre no era Julieta ni jamás lo fue. Se trataba del alias, el nombre de guerra, que había adoptado por admiración hacia Julieta Massina, en su papel de la ingenua prostituta Cabiria. El mío, García, era producto de mi afán por pasar desapercibido.

—Ahora caigo —murmuré tras unos segundos de perplejidad, mientras activaba mi memoria.

Me invitó a cenar, quiero decir que no dejó que me cobraran la cena, porque ella estaba muy ocupada. Era chocante verla ajetreada entre los clientes del hotel, casi todos en calzón corto, blusa desproporcionada y sandalias. Ella vestía un traje bien cortado, funcional, de ejecutiva, como una Mariquita Pérez renovada.

Al día siguiente, en recepción, me dieron una nota con la llave. Era una cita para después de cenar

en una cafetería de decorado británico de Aguadulce.

Acudí. Me esperaba sentada, sola, en una mesa muy discreta. Era obvio que había preparado una estrategia. Esto me relajó. Me resultaba más fácil dejarme atrapar en una tela de araña que huir. Muñeca de Porcelana debió de pensar que yo intentaría embriagarla, y se adelantó con el propósito contrario. Yo nunca bebo, y al cabo de una hora me encontré delante de seis vasos de güisqui. Los tres míos estaban sin empezar, los suyos vacíos. Otra hora después, la ex-camarada había vaciado en su estómago mis tres vasos. ¿Había quedado atrapada en su propia celada, o la borrachera formaba parte de su elaborada estratagema? Ante la duda, la convencí para que volviéramos a Roquetas en mi coche.

—¿Es que no tienes vicios, oye? —me preguntó con su voz más seductora que, dadas las circunstancias, sonaba a un violonchelo en manos de un hipopótamo.

Luego quiso saber si le era fiel a mi mujer.

—Eso es un asunto privado —dije.

Reconozco que jugué con ventaja.

—Tienes razón. Yo solo le soy fiel a mis hijos.

—¿Dónde están? —pregunté para mantener viva la endeble llama de la conversación.

—Cada uno con su padre. Tengo tres, de dos.
Tres hijos de dos maridos.

—¿Y ahora estás casada?

—Cohabito. Pero dime si le eres fiel a tu mujer,
hombre.

—¿Por qué quieres saberlo? Ni que te quisieras
acostar conmigo.

—¿Y qué tiene de malo?

—Que estás como una cuba.

—Si el que tiene que estar a punto eres tú, rey.

—Ya. Pero es que me siento mal.

—¿Por tu mujer?

—No sé.

—Mira, García.

—Neftalí.

—¡Qué más dará! Mira, la ética es algo relativo,
está relacionado con las costumbres y con los
intereses de los seres humanos.

—Es decir, con la psicología.

—Psch. La ética no tiene que ver nada con lo
espiritual, cariño. ¿Te has vuelto a hacer católico?

—No.

Aunque no hacía falta, fui rotundo.

Habíamos llegado al hotel con pinta de decorado de película de romanos. Aparqué frente al paseo marítimo, por el que circulaban grupos de septuagenarios hablando en inglés y en alemán.

—Lo espiritual es otra dimensión —aclaró Julieta.

—Lo espiritual es inconcebible —apostillé.

—La presencia de lo espiritual en la naturaleza se advierte en la vida. En cualquier manifestación de la vida.

Julieta hablaba con voz estropajosa, pero su mente parecía poco afectada por el alcohol.

—Tú sí que te has hecho panteísta, chica.

—No seas ridículo. Quítate las etiquetas de la frente, y empieza a pensar por tu cuenta, Neftalí.

Me gustó que se olvidara de García.

—La naturaleza es imperfecta porque es cambiante y caduca. Sólo lo inalterable, lo que no es caduco, es perfecto. ¿Y sabes lo que es eso?

—El espíritu —contesté como si me hubiera preguntado por la suma de dos y dos. Yo mismo estaba sorprendido de aquella conversación y de mi participación en ella.

—¡Bingo! —Hizo una pausa, que cortó de un manotazo en mi hombro—. No se te ocurra preguntarme qué coño es el espíritu, ¿vale?

—¿Qué es el espíritu?

—¡Idiota!

Se echó encima de mí y accionó el claxon involuntariamente. Un fósil con gorrita a cuadros quizá de Manchester estuvo a punto de caerse, a causa del susto, desde el pretil del paseo a la playa, arrastrando a una anciana moribunda con sombrerito de gasa. Me pregunté si Muñeca de Porcelana había perdido el equilibrio o la razón. Quizá quería besarme. Volvió a hablar.

—Esa pregunta es tan imposible de responder como éstas: ¿qué hace el espíritu en la naturaleza, por qué está ahí y para qué? —Clavó en las mías sus pupilas de antracita. Con la siguiente frase me llegó un aliento de alcohol que disipó mis dudas acerca de su estado—. La religión es el ámbito de estas incógnitas.

—Sólo la fe satisface esas preguntas —dije como un eco.

En la negrura del mar se movían las linternas de unas cuantas chalupas en negocios pesqueros.

—A ti te mata la ética —volvió a decir—. A mí

también. Es porque queremos salvarnos. Es una tontería. Querer salvarse es como querer vivir siempre. ¿Conoces a alguien que no se haya muerto?

—Tú y yo —dije, sujetándome al volante como el que se agarra a un salvavidas para no zozobrar.

—¡Bah! Lo que el hombre busca es la fe, ¿no te das cuenta? —Levantaba una manita y esgrimía ante mi cara el dedo índice—. Lo que buscamos es la fe, dar un sentido a nuestra vida. Y, ¿sabes una cosa? Eso sólo lo podemos hacer cada uno de nosotros en privado. Ni las sectas ni las iglesias ni el Krishnamurti ni el Dalai Lama ni el Papa ni su puta madre. Tú y yo, solitos. Cada uno ha de salvarse sólo.

—¿Pero no era imposible salvarse? —interpelé a la charlatana.

—¿Quién ha dicho eso? —Hizo una pausa, quizá para olvidar que había sido ella. Se arregló el vestido y acto seguido aproximó su cabeza a la mía mirándome como a un pez en una pecera—. Yo no quiero la fe, la fe me ha hecho mucho daño. Yo he sustituido la fe por una visión personal de la vida. De cara, de frente, sin darle vueltas, sin laberintos.

—¿Y en qué consiste esa visión?

—En psicología, en pasión, en parcialidad. Sexo y dinero.

—Y violencia —en seguida me arrepentí de haberlo dicho.

—¡Qué burros sois los hombres! Sexo, dinero y cariño.

—Pero, ¡cómo vas a mezclar el dinero con el cariño, mujer! —aseguré convencido de que el mundo entero me daría la razón si pudiera oírme.

—Bienestar, sexo y cariño, ¿te vale así? —Y sin darme tiempo a reaccionar disparó su luminosa arma secreta—. ¿Por qué no nos acostamos, Neftalí?

—Quizá debemos dejarlo para otro día, ¿no te parece?

—¿Es por tus hijos?

—No, qué va. Es porque mi mente es un laberinto y la tuya está empapada en alcohol.

"La declaración sobre la naturaleza", que es a donde quería llegar con este cuento, me vino a través del último compañero de la ex-camarada Muñeca de Porcelana. A ella la llamaré Urganda la Desconocida por su personalidad compleja. A su ex – novio y parece ser que de nuevo su pareja, le bautizaré Gradasonel Fallistre, también un absurdo personaje

del "Amadís", aunque mucho más efímero.

Un día recibí una nota por correo firmada por Gradasonel que rezaba así:

"Estimado Sr. Santamaría, me permito enviarle las primeras y sucintas notas de un trabajo de pensamiento elaborado por mí. Me atrevo a hacerlo, animado por mi compañera, Urganda la Desconocida, que me ha ponderado su interés de usted hacia la reflexión original."

Era una parte de la reflexión, con este título en versales y entre comillas: "*DECLARACION SOBRE LA NATURALEZA*".

UNO.- Nada de cuanto conocemos es perfecto, eterno o inmutable. Todo lo que hay en la Naturaleza tiene un principio y un fin. La Naturaleza es caduca, corruptible.

DOS.- El fenómeno de la Naturaleza que más importa al hombre es el de la vida. En la vida encuentra el hombre la alegría y el placer, el dolor y la inquietud. Si la vida fuera interminable y no actuara sobre los seres humanos con contingencias inesperadas, el hombre estaría libre de padecimientos. Si no fuera exactamente por eso, la vida se aproximaría a lo que entendemos en términos generales por perfección."

Me informaba Grandasonel Fallistre que si le hacía llegar una petición expresa me enviaría el resto de su pensamiento.

Terminaba la carta con una frase enigmática para mí, aunque nada ambigua: "Sospecho que se acuesta usted con Urganda. Es asunto que nos concierne a los tres. Pero si usted, además de amar a Urganda, ama la discreción, lo entenderé perfectamente."

En un principio me divirtió. Pero en seguida me cambió el humor, porque yo no me había llegado a acostar con Urganda. Luego deduje que la autora de la nota era la misma Urganda, que empleaba una retorcida treta para seducirme por medio de la confusión. Pronto se añadieron más razones a mi inicial desconfianza, porque pocos días después de la nota llegó a mi buzón una invitación firmada por ella para un cóctel.

Naturalmente, no acudí.

Pero Urganda se cruzó, de nuevo azarosamente, en mi camino un mes más tarde. Yo estaba en la cola de uno de esos cines de la calle Martín de los Heros en los que se suelen citar las vírgulas moribundas del esperma progresista. Era una tarde de fiesta, la segunda sesión. Urganda pasó por la acera y se paró a mi lado.

—¿Me cueñas, Neftalí?

—¿Vas a la misma película que yo?

—Sí. ¿Estás solo?

—Estaba. Pero, ¿cómo sabes qué película quiero ver?

—Yo espero a mi marido —contestó sin hacer caso a mi objeción.

En efecto, minutos después llegó el marido, un tipo alto y con una barba muy espesa.

—Neftalí Santamaría, Gradasonel Fallistre —nos presentó la maga.

—¿Recibiste mi nota? —me preguntó él, ya cerca de la taquilla.

—¿Qué nota?

En verdad me había olvidado de ella.

—¡Demonios! Te la volveré a mandar. Es la introducción a mi filosofía de la vida. Me ha costado más de cuarenta años darle forma.

—¡Ah! ¡Sí! ¡"Sobre la Naturaleza"! Pero en lo de Urganda, estás completamente equivocado.

—No importa, no importa. Habría sido mejor tener razón. ¿Te molestaría que te enviara el resto?

—No, pero no esperes que entre en discusiones

sobre tu filosofía. Sólo polemizo sobre fútbol — intenté disuadirle.

—¿Y sobre mujeres?

—Sólo con las mujeres.

—¿De verdad que no te has acostado con Urganda? —En su voz no había ira o dolor, sino perplejidad o quizá decepción.

Urganda se mantenía de pie a nuestro lado, avanzando pasito a pasito hacia la taquilla, sin hacernos caso, como si fuera letona y no entendiera una palabra de nuestra conversación.

—Pues, no. Pero comprenderás que lo negaría siempre delante de ti.

—Me parece razonable. De todas formas, te enviaré mis catorce puntos sobre la naturaleza.

La película que vimos trataba de los problemas de un hombre con una mujer, y de los de otro hombre con otra mujer. Intranquilos personajes en plácidos escenarios, donde nunca llegaba a pasar nada serio. Nos gustó a los tres.

Pasaron varios meses. Urganda la Desconocida y Grandasonel Fallistre se borraron de mi memoria. No los volví a ver, pero el tipo me envió un sobre

nada grueso, que deposité sin abrirlo en un cajón de mi buró.

Al cabo del tiempo, una madrugada, apareció el tipo de la barba espesa en la pantalla del televisor. Intervenía en un debate en directo titulado: "Otras visiones del mundo. La modernidad subvertida."

A pesar de lo rimbombante del tema, aguanté por la curiosidad de ver al singular compañero o marido de Urganda. Presentaron a Grandasonel Fallistre como un gurú, un mago autor de sensatas hipótesis alternativas. Se ganaba la vida como funcionario en el Servicio de Meteorología.

Súbitamente, se despertó en mí un violento deseo erótico de Urganda la Desconocida.

Era algo inesperado, inexplicable, pero muy vehemente. Era como si Urganda estuviera a mi lado en el sofá. Mejor dicho, en el estudio, o en el salón barroco del palacete de la balaustrada. En ese momento, Grandasonel dijo: "Verá usted. No hay pensamiento progresista ni pensamiento reaccionario. El pensamiento es siempre conservador, porque busca y ofrece cosmovisiones, porque somete la naturaleza y la vida a teorías globales."

Por increíble que parezca, frente a mí, encerrados en la caja del televisor descubrí a todos los componentes de la vieja célula revolucionaria. El

quidam obsesivo de Caminos, el ignorante de Filosofía y Letras, el sabelotodo de Alcobendas.

Me puse en pie, desvié la vista de la pantalla, encendí todas las luces de mi casa. Llegué hasta palpar las paredes, más por no caerme desmayado que por miedo a ser víctima de una pirueta del tiempo. En mis vísceras sentía la misma urgencia erótica que veintitantos años atrás. Y sin embargo, yo no estaba allí. ¡Ni tampoco Urganda!

Con manos temblorosas desenterré el sobre del mago para buscar la dirección, pero el remite era de su oficina. Abrí la guía de teléfono con desesperación, y la cerré de golpe al descubrir que estaba perdiendo el tiempo.

Me metí la carta en un bolsillo, y salí en estampía de mi casa. Eché a andar, con la mente fija en Urganda. Entré en el bar de la urbanización al que solía acudir de tarde en tarde. En la televisión del mostrador hablaba Grandasonel.

Me fui sin pagar la copa. Supongo que se la cobrarían a otro.

Volví a errar sin rumbo, obsesionado con Urganda. Al final paré un taxi y le pedí que me llevara al barrio de Moncloa. Me dejó en la travesía de Andrés Mellado, frente al mercado lúgubre y desierto. Tiré hacia Argüelles (eso creía) y desemboqué unos

minutos después en la plaza de Cristo Rey. Me quedé mirando los jardines del rectorado de la Complutense como si viera a un aparecido. Por fin eché a andar hacia Moncloa por Isaac Peral. Noté que me seguían.

En seguida, Urganda estaba a mi altura. No puedo decir cómo, nos hallamos en las escalinatas de la fea bóveda que construyó el antiguo régimen frente al Arco del Triunfo.

—Es el mejor momento —me dijo—. Grandasonel no volverá en toda la noche. ¿Buscamos un hotel?

—¿Y por qué no nos vamos a mi casa?

—¿Y tu familia?

—¡Soy soltero!

—Me tomaste el pelo.

—¿Yo? Nunca te dije nada claro. Lo imaginaste todo tú, que debes tener una cabeza como un circo ¿Qué vamos a hacer?

—No sé. Lo que tú quieras, Neftalí. ¿Qué cosa importante puede suceder entre un hombre y una mujer atrapados en las redes del instinto?

—¿Qué hacías en esta calle a estas horas?

—Lo mismo que tú.

—¿Y ellos? ¿Qué hacen en la tele? ¿Quién los ha reunido?

—Ellos solos. Se han convertido en hombres nuevos. El mundo ha cambiado de centro, ellos también.

—Vamos a casa. Quiero que me lo cuentes todo.

Al sacar la llave del bolsillo palpé el sobre cerrado. Supe que era el momento de abrirlo. Nada más instalarnos en el salón de estar, lo exhibí. Urganda conocía su contenido. Pero en aquel momento sólo le urgía bienestar, sexo y cariño.

En medio de lo penúltimo, ella dijo:

—¿Tienes una vida sexual intensa?

—Lo normal.

—¿Variada?

—No mucho.

—Me da miedo.

Fue curioso, porque los dos creíamos habernos quitado la ropa hasta el punto de no retorno.

Nos terminamos de desnudar y nos sentamos en la alfombra, mirándonos a los ojos con pavor. Mantuvimos la mirada hasta que la desconfianza fue disipándose. Luego, nos cogimos de las manos.

—Es terrible —dijo Urganda.

—¿Por qué no me lees la filosofía del viejo hereje? No parece muy larga.

Y esta fue la conclusión de aquella lejana y profunda pasión erótica. Al oír a Julieta – Urganda recitar los puntos "Sobre la Naturaleza" se me vaciaba el vientre de las vísceras e iba perdiendo el sentido de la realidad y de mi propia existencia.

Estos eran los puntos, a partir del tercero:

TRES.- Por el contrario, la vida actúa sobre el hombre causándole dolor (físico y moral, imaginado y cierto), molestias e incertidumbre.

Estos tres elementos, dolor, molestia e incertidumbre, constituyen las manifestaciones más evidentes de la caducidad e imperfección de la vida.

CUATRO.- Contra ello, el hombre ha reaccionado de dos formas: una, práctica y activa; otra, intuitiva y pasiva. Estas dos reacciones no son excluyentes, sino que van entrelazadas. Pero a veces destaca una más sobre la otra, dependiendo del carácter del hombre y de la sociedad en la que vive.

La reacción activa de los seres humanos nos facilita medios para ir resolviendo los problemas. Ha dado lugar a lo que nosotros conocemos por trabajo y todo aquello que contribuye a preservar y mejorar la existencia, como la tecnología, el uso de la lógica

experimental, la ciencia, la política.

La reacción intuitiva (o reflexiva o especulativa) de los seres humanos nos empuja a darnos explicaciones sobre nosotros mismos y sobre la Naturaleza. Ha producido la religión, la filosofía, el arte y todas las especulaciones del pensamiento en torno a los enigmas de la existencia.

La voz de Julieta, que a veces parecía proceder de unas cuerdas raspadas con lija, empezó a enunciar los principios del hereje con una suavidad opaca, pero poquito a poco fue adquiriendo un timbre de campana jubilosa. No hacía el más mínimo comentario, pero su lectura estaba llena de inflexiones, cargada de exégesis.

CINCO.- Forma parte de la esencia del hombre la imposibilidad de obrar mecánicamente, del mismo modo que actúa la naturaleza inerte. No puede el ser humano comportarse como las fuerzas de la naturaleza terrestre y cósmica. Ello es así porque los hombres poseemos psicología, igual que los animales que consideramos superiores por parecerse algo a nosotros, sobre todo los vertebrados y los mamíferos.

SEIS.- Esto que llamo psicología, (alma, le decían los antiguos idealistas) y que distingue a los seres vivos de los objetos inertes, impide al hombre separar su acción de su pasión.

SIETE.- Así es como los seres humanos hemos inventado religiones, filosofías, ideologías y todo tipo de explicaciones morales a cuanto nos causa dolor, molestia e inquietud. Pero ninguno de todos los argumentos se ha revelado completo, satisfactorio o incluso relevante.

Detuvo su lectura y me lanzó una mirada de incertidumbre. Un escalofrío hizo una fugaz escabechina en mis entrañas. No fue nada, pero sirvió para despabilarme de un letargo que había hecho presa en mí desde el punto cuarto. Tomó aire, se estiró sobre sus posaderas y prosiguió. Y fue aquí, mirando descaradamente el meneo de sus nalgas sobre la alfombra, cuando descubrí algo en lo que, por absurdo que parezca, nunca había reparado: bordadas en la urdimbre había dos figuras, la de un caballero cristiano enarbolando una espada y la de un moro caído en tierra, en los instantes previos de su decapitación. La impresión me hizo perder de nuevo el hilo de los postulados del apóstata.

OCHO.- El único uso práctico de la actividad intuitiva o reflexiva del hombre es que con frecuencia alivia de las angustias de la vida. Aunque con la misma razón se puede responsabilizar a la religión, a la filosofía y a las ideologías políticas de causar tanta destrucción y muerte como auxilio y consuelo. Son meros útiles.

NUEVE.- Por el contrario, la reacción activa de los seres humanos frente a las adversidades siempre nos ha proporcionado beneficios. La destrucción y la muerte derivadas del trabajo, de los avances tecnológicos y científicos y de la práctica política tienen más que ver con los condicionamientos psicológicos que actúan sobre los hombres (odio, miedo, venganza) que con los hombres mismos.

DIEZ.- Yo no encuentro ninguna explicación convincente a la psicología (el alma) del hombre. Tampoco la hallo a la diferencia entre lo inerte y lo animado. De hecho, nadie ha podido dar una razón fundamental sobre la vida, salvo la sugestión de que es un accidente.

El mayor esfuerzo que el hombre ha hecho en este sentido ha dado lugar a la fe religiosa, que explica los misterios de la existencia por medio de una divinidad superior. Los creadores de las religiones aducen haber tenido revelaciones de la sobrenaturaleza, cosa tan imposible de demostrar como de refutar.

ONCE.- Para mí, sólo hay una forma de entender los enigmas de la vida. Es atribuir a la vida un valor no caduco, imperecedero, inconmensurable. Toda la vida contiene un elemento inexplicable, que es el espíritu. Aquello que no contiene ese elemento que yo llamo espíritu es inerte o está muerto.

DOCE.- ¿De dónde procede el espíritu? ¿Cómo se introduce en la Naturaleza para hacerla viva? ¿Dónde va a parar cuando los seres vivos perecen? Renuncio a contestar a estas preguntas, porque siento poca inclinación hacia el pensamiento filosófico, y también porque me parecen insolubles.

De nuevo interrumpió Urganda su lectura y buscó en mis ojos algo, complicidad, asentimiento, entusiasmo. Me limité a sonreír y a acariciarla. Para mi sorpresa, el amago causó efecto. En mi interior me aburría como un oso y había dejado de prestar atención a las palabras de Urganda. Mi cordial interés se limitaba a sus curvas sedentes. Pero intentaba compensar mi grosero materialismo con una apariencia de beatitud, en la que en verdad estaba bañado. Era como estar encerrado en una burbuja compuesta de paradojas.

TRECE.- No obstante, el hecho de reconocer, a modo de axioma, que sólo hay una vida y sólo un espíritu capaz de actuar sobre lo inerte y de transformarlo, me permite explicar, con relativa satisfacción (al menos para mí) una porción de incógnitas de la existencia de los hombres. El único uso que hago de lo espiritual como principio indiscutible es para atribuirle un valor superior desconocido, pero que ni dicta ni revela nada. No hallo forma de entenderlo de otro modo.

CATORCE.- Preciso es advertir, para acabar, que el

espíritu no es, a mi entender, la razón. Porque no puede confundirse la Verdad, el Bien Supremo y la Belleza Absoluta con algo perecedero. No obstante, no habría razón si no fuera por el espíritu.

—Fin de la carta —concluyó Urganda—. No te has enterado de nada, ¿verdad?

—No —confesé. — Pero no importa, ¿verdad? Son verdades elementales.

—Intuiciones. Vaguedades filosóficas. Pero para él, cimientos.

—¿Qué son para ti y para mí? —pregunté, por saber si ella había hecho previsiones.

—Bellas palabras. Bienestar. Sexo. Cariño. —Y dejando caer los papeles en la alfombra, exactamente encima de la espada del guerrero, echó su cuerpo atrás, apoyándose en las manos y me desafió como una diosa.

Esto ocurrió un cinco de noviembre de hace algunos años, y tuvo consecuencias que quizá terminen por llenar una estantería de mi biblioteca. Desde entonces, todos los primeros de cada mes, recibo por correo certificado un sobre con una lista de pensamientos firmados por Grandasonel Fallistre. Es la única noticia que tengo de él. Por lo demás, es muy discreto.



El Hombre Osmótico

Gaspar Oliver

I

Enhiesto su palo mayor, cruza el fatigoso mundo imitando a una nao que ignora su derrota. Vigoroso y flexible, se sirve de él para abrirse un pasillo en el caos demográfico, como el tajamar de un galeón que hiende el océano. Así el varón sigue a su verga.

Allá va Orlando, a bordo de un tanque de fúlgidos reflejos, rodando al pie de un alto zócalo labrado de cárcavas de arcilla gris, que divide en dos alturas un desierto: la de arriba, quebrada como la piel de un caimán fósil, sin más vegetación que algunos matorrales incoloros; la de abajo, un valle paleozóico por el que discurre un río a la velocidad de una meada olímpica.

Circula Orlando solo y a la vez en nutrida compañía. A miles huyen los prófugos del penal urbano con permiso de fin de semana. La carretera va a tope.

A los demás no sé qué dulces falacias, pero a

Orlando le sostiene y empuja la fuerza magnética de un sexo-imán. Tiene una cita con María Gracia, la de los pechos-tumulto, la de la carne-marisma, mirada equívoca y labios de Astarté. María Gracia le guiña los ojos cada vez que se cruza con él en la oficina; al pasar ante su mesa, le coge el brazo o la mano, en el bar le paga el desayuno, y a última hora le trae coca-cola de la máquina.

II

—¿A que no te vienes el viernes por la tarde al Último Refugio? —dijo él hace dos días con acento *cheli* y voz de tenor malo.

—¿Y eso qué es? —preguntó ella, pícara ignorante.

—Una casita que tengo encima de un volcán —contestó Orlando escurriendo el bulto.

—¿Y qué le digo a mi novio? —siguió el juego María, aparentando escándalo.

Y él, muy aplastante:

—Que te marchas conmigo.

—Y luego le compro un *chupachús pa* que no me eche de menos —soltó ella, haciéndole una finta a la realidad mostrenca.

—Pues, si te hace tanta falta, te lo traes. Ya

inventaremos algo —devolvió Orlando la pelota.

—¿Será perverso el tío! —comentó la chica con franco cachondeo—. ¿Y está muy lejos el volcán ése?

—A un par de horas —informó, seguro de tenerla ya en el bote.

—¿Me puedo llevar a una amiga? —replicó Astarté, como quien no quiere la cosa.

—¿Estás de coña, María? —bufó él, pillado por sorpresa.

—Lo digo en serio.

—¿Y qué pinta tu amiga en este asunto? —inquirió confuso, improvisando—. Me gustaría ser capaz de comprenderte. Si yo lo único que quiero es que pasemos un buen rato. Igual que otras veces, pero en plan apocalíptico, porque el mundo no tardará en acabarse.

—No te enrolles, artista —ahora era ella la dueña de la situación—. Dime una cosita, ¿cuánto rato? ¿Lo que dura un polvo?

—Vale. Lo siento. Me he equivocado. Perdona —soltó Orlando fingiendo que se mosqueaba.

—Espera, menda, no te vayas. A ver, explícate mejor. ¿Dónde está ese volcán?

—Aquí —y se tocó el pecho, exultante—. Sólo

tú puedes apagarlo, galerna del Cantábrico.

III

En un bar de carretera, detrás de una estación de servicio, dos parroquianos acodados en la barra comentan un avatar común. El salón es inmenso, capturado en la penumbra de un bosquecillo de eucaliptos que rodea el edificio chato. Lo ocupa una multitud de urbanitas tragaldabas, servidos por cuatro camareros en uniforme negro y blanco lleno de lamparones. El suelo es de baldosas con décadas de mierda, restos de comida, charcos de licor e islas de serrín. Las paredes, con calendarios anacrónicos y anuncios de herbicidas, en su tiempo fueron claras.

Orlando cruza por entre las mesas que desbordan platos rebañados, botellas vacías y servilletas usadas, se planta en la barra y se dirige al dueño con un rugido que se traga el maremagno.

—¿Han preguntado por mí, Orosio?

—¿Quién? —dice el del bar, sin mirarle, llenando una jarra de cerveza.

—Un pingüino con una gaita.

El tal Orosio se vuelve y aplasta algo con un cucharón de fusta. Silba sobre la plancha incandescente una sepia chamuscada

—No, ése, no.

—Ponme un carajillo.

A Orlando le intoxica el tufo de pimientos, longaniza y calamares.

—Llamó una mujer hace un cuarto de hora.

El tipo arroja un puñado de cebollas rebanadas sobre la fragua eléctrica.

Orlando se enciende por dentro, pero finge indiferencia.

—¿Ha dejado recado? —pregunta al cantinero cuando vuelve de un viaje a la nevera a por latas de cerveza y refrescos gaseosos.

—Que no podía venir.

—¡Mierda! —suelta Orlando, ya sin disimulo.

—Pero que te esperaba en Escoplillo.

El hombre tiende un par de latas empañadas de rocío a una chica que está de pie pegada Orlando, y se cobra.

—¿Y eso dónde está?

—Ni idea —devolviendo el cambio.

—Gracias por el *recao*, Orosio —Saca del monedero uno de quinientas y paga.- Toma, quédate con la vuelta.

—El carajillo son cuarenta duros.

—Con el resto te compras un bolígrafo y un cuaderno, *pa* tomar nota.

—Yo no sé dónde está Escoplillos, pero Talamantes, sí. —El hombre ha detenido su ocupación febril para hablar a Orlando mirándole a los ojos con franco aire de coña.

—Pues pregúntaselo, ¿vale?

—Talamantes te espera en la Umbría de la Pava, a la una.

—¡Será posible! Hasta luego.

—No corras, que tienes tiempo.

—¿Y quién es ese Talamantes?

—Una chavala, creo. Ten *cuidao*.

—Es una trampa. Es una trampa. La madre que me parió.

Entre los urbanitas estruendosos, Orlando tira hacia la puerta, resplandeciente como el ventano de un horno. Pero el fuego estival se apaga por un instante, y a contraluz se marca una figura cargada con una bolsa. Entra en la penumbra. Es una mujer que lleva gafas de sol opacas.

Tiende una mano hacia el tipo que sale, como si fuera a detenerle o a pedirle algo, y le atrapa en su saludo.

—¿Orlando Sansusí? Soy Talamantes.

—¡Qué!

—Talamantes, la fotografía. ¿Tú eres Orlando, no? María Gracia te ha descrito con harta precisión. Alto, fuerte, moreno, con barba, gafas, menos de treinta, con un poco de tripa y entraditas en la frente. Eres clavado.

—Gracias. Soy la imagen de mí mismo. Encantado. ¿Como dices que te llamas?

—Talamantes.

—¿Un apellido?

—Una manía. Tengo nombres de alucine.

—¿Y la Umbría de la Pava?

—No sé qué es eso.

—¿Y Escoplillos?

—Ahí es donde nos espera María Gracia. Sube a tu coche y sígueme.

IV

El Hombre Osmótico va de transeúnte por las calles del barrio, atiborradas en el tibio atardecer. Pasa, suspendido y disuelto, por delante de los escaparates y de los portales. Al lado de una camioneta en la que cargan muebles, se hunde la

covacha de un zapatero remendón. En un taller mecánico instalan alarmas antirrobo y radios para coches.

Es una calle estrecha, con casas de tres o cuatro pisos, y alguna de planta baja y principal, fachada de lazos y ventanas con verja. Hay árboles de birria, acacias y plátanos intoxicados de humo; y en los alcorques, adornos urbanos: hojas de periódico, bolsas de plástico y cagadas de perro, chorizos formidables de chuchos domésticos que nunca aprendieron a luchar por su existencia.

Orlando, el Hombre Osmótico, planea por su barrio como un avioncito de papel, mirando las piernas de las chicas: de una con falda negra que está sentada en el umbral de su casa, observando pasmada la pared de enfrente, de otra que espera a la puerta de un cajero automático, y se ajusta la falda de cuadritos con movimientos de gata atareada en su aseo personal, de otra que no lleva casi falda y sale de un local donde se venden baratijas, tirando de un carro y de una niña, de otra con pantalones cortos y ceñidos que llega por la acera, recoge a la chica ensimismada y se larga con ella hacia los tabancos del mercadillo que hay en la explanada, un poco más allá.

El Hombre Osmótico, no se abre paso a codazos, no busca la verdad, ignora las encíclicas, la ruina soviética, y la prevención del Sida. Orlando

flota en un plasma universal y eterno que alimenta la vida, al que acude a repostar cuando está exhausto o aburrido. Orlando asciende, como un globo que se ha soltado en una fiesta benéfica, hacia un cielo turgente y húmedo donde el orgasmo se confunde con la visión, la promesa y el gesto.

A la puerta de una oficina de correos parpadean los intermitentes de un utilitario gris; en su interior, una mujer con las piernas encogidas y la falda por encima de los muslos se pone *rimel* en los ojos; Orlando la mira de pasada y la posee a través del plasma universal. Tiene las bragas rojas.

V

Coches de cientos de caballos ruedan a lo largo del desierto dividido en dos niveles por el zócalo de arcilla cenicienta. El aire posee la sequedad de un horno. Una maza incandescente derrama luz y sofoco acercándose a lo alto. Los dos vehículos se siguen con prisa de dementes por la autopista lunar. De pronto, el de detrás parece dar un salto, ruge de ira y adelanta al primero, le hace señas de parar, y en menos de un minuto están en el arcén inhabitable. Salen los conductores, Orlando Sansusí, el Hombre Osmótico, y Talamantes, la fotógrafa.

—Explícame a dónde vamos, Talamantes.

—Ya te lo he dicho, a Escoplillos. A por María

Gracia.

—Pero yo he quedado con Marigracia, no contigo. No sé si me entiendes.

—Eso no es asunto mío. Considérame una mensajera, una intermediaria.

—Mira. Escúchame una cosa, y no te mosquees, que contigo no va nada. Yo no necesito intermediarios. Yo soy mi propio intermediario. Yo he quedado con una tía, no con dos.

—Es que yo soy la fotógrafa.

—¡Hombre! Yo creía que eras mensajera o intermediaria.

—¿Pero tú no eres productor?

—¿De qué soy productor?

—No sé. De cine, de video-arte.

—Pero si yo curro en una consignataria. Con Marigracia.

—Pues, tío, no entiendo nada.

—Qué es lo que no entiendes, y explícate deprisa que nos vamos a derretir.

—Vamos al coche.

Se meten en la carroza lacada de la chica, con cristales nublados por un velo de color azul. Es un

espacio hermético, funcional y fresco. Modernos artificios. Hablan.

Al cabo de un rato, Orlando abre la puerta y saca una pierna.

—Verás, yo voy a mi aire siempre, y si me enredo, me enredo solo. ¿Sabías que hay revistas para anunciar los vicios? Le dices a Marigracia que escriba a una. No sé si hablas en serio o formas parte de la broma. Pero no entro en el juego, ¿vale? Me quedo fuera.

—¿Te acoquinas?

Orlando sale del coche enteramente, se queda parado, dándole la espalda. Amaga el gesto de llevarse las manos a los bolsillos, y por fin se acaricia la barba con la derecha. Luego se pira hacia su auto, que le espera al ralentí, refrigerado.

Y cuando, los ojos en el retrovisor, va dar media vuelta en la carretera que inscribe reverberación de mediodía sobre el asfalto, ve, de refilón, salir a Talamantes de su coche y correr hacia él con cara de desconsuelo. La deja acercarse hasta la misma puerta y la mira a través del cristal, sin bajarlo. Ve sus labios moverse, pero no escucha otra cosa que el ronroneo del motor y el soplido del aire acondicionado. Presiona el interruptor, y abre la ventanilla cuatro dedos.

Ella dice:

—Perdona.

Vuelve a subir el cristal, y mete la marcha. Pero antes de arrancar, cambia de idea y de nuevo hace bajar el cristal, esta vez hasta el borde.

—Te invito a comer —deja Orlando en el aire.

—¿Dónde?

—En la Umbría de la Pava.

—¿Y eso qué es, una granja?

—Cuando veas a Marigracia, la semana que viene, se lo explicas.

—¿Y después, qué haremos?

—Tú, lo que quieras, sacarle fotos a la luna, si te apetece. Yo, me volveré a mi casa.

VI

Transita el Hombre Osmótico por un catálogo de personajes. Sólo le hacen falta dos medios whiskies para que su conciencia adquiera levedad, y bote como un balón sobre la realidad fangosa, se adhiera parte de ella en el caparazón de su ectoplasma y fantasee siendo otro. Absurda idea, porque el Hombre Osmótico no es nadie en particular, sino una apariencia diferente en cada momento, pero unida a lo-que-sí-es por el brazo extensible de lo dormido-

erecto, obra de una química imprecisa y algo efímera.

Le ataca la benigna esquizofrenia mayormente de noche, en medio del tumulto de cualquier bar irrespirable, u observando la pista fotohistórica de una atiborrada discoteca, pero también en sus paseos en bici por los alrededores marcianos de la Urbe Ibérica. Entonces va ebrio, no de alcohol sino de poder osmótico, y en lugar de rodar cree que se expande por las colinas sucias, los riachuelos guarros, los solares en ruinas, todo lleno de plásticos, latas y cachos de periódico que arrastran por el mundo jirones de noticias. Pedaleando, lo abarca todo, lo transforma, irrumpe en las vallas publicitarias, se cuelga en las alquerías, en los pisos raquíticos de las casas baratas y pasa como un rayo por las alcobas de las hembras insatisfechas que se peinan el pubis reflejado en un espejo oculto en la mano.

Orlando ha sido, sucesivamente, pero sin el menor asomo de orden, periodista de un diario local, conductor de Metro, policía secreta, *yupi* sin calificar, guardaespaldas del presidente del gobierno; incluso a una que parecía sofisticada y algo retorcida la convenció de que era traficante, no dijo si de armas o de narcóticos. Estas son sus facetas de Hombre Osmótico.

Pero también se asusta. Orlando tiene miedo de las brujas, y cuando descubre a una mujer poseída,

huye sin dar excusas. "Ven, ven, Orlando, mi cielo", dice la peluquera con la que acaba de ligar en un tóxico antro. "Ven, ven, cariño", y se estira en el lecho, bajo la tenue luz de un foco fantasmal que cuelga del cielo raso. "Ven, ven", le sonrío y le tiende la mano. "Ven, ven", y se acaricia con los dedos el fuego de las ingles. "Adiós". "¿A dónde vas, mi amor?", gime la falsa hembra. "Se me ha hecho tarde. Adiós."

Porque el Hombre Osmótico ha de ser también prudente.

VII

Dice el especialista:

De golpe, para intentar explicarnos lo que hacen, los sabios tienen que recurrir a los apólogos, a fábulas que restablecen en forma profana viejos modos de pensamiento. Esta recuperación inesperada del pensamiento mítico sirve como mediación entre los descubrimientos de los científicos y el hombre de la calle, incapaz de comprender tales complejidades, y que en consecuencia los percibe en la forma de un mundo imaginario y paradójico, extraño y desconcertante, que presenta a sus ojos las mismas propiedades que los mitos.

Zumbido de moscardón, ballet de avispas.
Escándalo de chiringuito. Sobremesa agobiante.

—¿Venga, no te enrolles, chati? No puede ser que tu trabajo sea contar mentiras. —inquiére Orlando, desconfiado.

—Hacerlas. Simplemente "flateuses impostures", dicho en francés.

—No sé francés —se ufana el Hombre Osmótico de sus limitaciones.

—Yo tampoco, pero las citas en otros idiomas son un recurso infalible para explicar lo absurdo —revela Talamantes. Debe ser algo así como mentiras piadosas. El que paga quiere creer que ha aprovechado su dinero.

—O sea, como si te ganaras la vida maquillando la realidad con la cámara.

—Sí, porque la realidad lo pide a gritos. ¿No te parece que es fea y aburrida? Es mejor mitificarla. ¿No te has dado cuenta de que el mundo está lleno de mitos?

La fotografía Talamantes hila sus argumentos con retorcida franqueza.

—Pues no. Así que tu profesión consiste en saber engañar, en disfrazar las cosas —aventura el descreído Orlando.

—Algo así —dice Talamantes sin apartar sus pupilas de las del Hombre Osmótico.

—Por ejemplo, si yo hiciera las fotos que tú haces, a tías buenas bien vestidas o desnudas, a cacharros colocados de cualquier manera, a una montaña o a un río, no serían más que eso, tías, cacharros, montañas y ríos.

—Mientras que yo consigo que parezcan mujeres extraordinarias, objetos seductores y paisajes alucinantes. Esa es la diferencia. El oficio. La técnica.

—¡El oficio! ¡La técnica! Nada más. ¡Es cojonudo!

—No es tan simple, no lo creas. También es necesario que haya demanda.

—O sea, *mercao*.

—Y pasta.

VIII

Orlando está a la orilla de un arroyo, en mitad de un paisaje frondoso. Es un animalejo vitalista, un fresco, un sinvergüenza que de cintura para arriba tiene la forma de un tipo rechoncho, con barba rala y cuernecillos de chivo, y de cintura para abajo, simplemente es una cabra. Alrededor hay chavalas que toman el baño, desnudas o a medio vestir. Y él, un fauno revoltoso, juega a pellizcarlas y a embestirlas. Se organiza una gran algarabía, y son las ninfas las que acaban burlándose de Orlando.

En un rincón de esta estampa, que Orlando recuerda haber visto en una enciclopedia, hay una muchacha que el fauno no hace más que mirar de refilón mientras corretea por la húmeda fronda entre las otras ninfas. De esta muchacha le fascinan sus pechos casi destapados, grandes melocotones de huerto, un par de ojos oscuros bajo unas cejas salvajes, el flequillo del pelo negro bailando sobre su frente, y unos labios muy finos que se abren y se cierran como los de un pez, pero en lugar de echar burbujas sueltan humo.

No suenan pífanos, cítaras y cascabeles. Suena una ristra de voces que leen un inventario de desgracias, accidentes, muertes y naufragios. El orden del mundo se pone bocabajo. Se matan los eslavos. Los negros se amotinan. Se corrompe Europa. Se hunde el comunismo. Vean qué razón tenía la Virgen de Fátima.

El noticiario radiado ahoga el fragor de las cigarras que pueblan un nogal y el emparrado bajo el que comen una legión de domingueros. Huele a chuletas asadas y a paella. Moderno bucolismo.

Talamantes apaga el cigarrillo en los posos del café y pide a un camarero a la deriva que le traiga otro solo-largo. Se agacha y extrae una cámara de su bolsa. La prepara, se la echa a la cara, enfoca a Orlando y le hace una foto. Orlando saldrá mirando hacia el suelo, porque ha seguido la trayectoria de un papel de

colores que cae de la bolsa al salir la cámara.

—Se te ha caído algo.

—Espera. Se filtra una luz fantástica entre los pámpanos.

Talamantes se levanta y empieza a tirar fotos de Orlando, que con cada chasquido y arrastre de película siente en sus redaños las cosquillas de una ninfa descarada. Se le infla la gaita, y se agita frustrado en la silla plegable, listo para el concierto y fingiendo ante el público sorpresa. Corrido.

Este es el preciso momento en que María Gracia entra en la Umbría de la Pava. Falda corta y de vuelo verde-poma que le embellece los muslos, camiseta limón con escote e ilustración playera, bambas de atleta trasatlántica, y los labios marcados de un rosa desvaído. Lleva un marco de *rimel* en los ojos de almendrón, en la ancha nariz, un lunar con dos pelitos, la cabeza despeinada, y un casco sideral colgando de la mano.

¡Barraaabuuuum!

Se acaba de romper el cielo en mil pedazos. Los pámpanos han dejado de filtrar la luz equívoca de la tormenta, y apenas detienen unos gruesos goterones que acaban transformándose en pedrisco. Todos corren al chiringuito, hundido en lo más hondo de un

valle, que ahora parece una cueva. Chascan las piedras de hielo sobre las ramas de una alameda, y las hojas de los eucaliptos se precipitan como puntas de flecha hacia un suelo que suena a timbal de manicomio.

—Yo es que, de verdad, Orlando, creí que querías marcha especial. Alguna vez lo habíamos hablado. ¿No?

Orlando hace como que lee el folleto de colores que cayó de la bolsa de Talamantes. Anuncia una exposición de paisajistas. Al hablar, lo hace mirando a la fotógrafa.

—¿Pero es que soy yo un vicioso? ¿Eh? ¿Tengo yo cara de vicioso? ¿Eh?

Talamantes ladea la cabeza sin apartar la vista y arroja una nubecilla de humo. A Orlando le parece que Talamantes no le hace puto caso, que se ha retirado a un rincón de su conciencia, que no quiere enterarse de nada.

—¿Me puedes decir para qué necesitabas tú a un fotógrafo? —dice, y sin hacerlo a propósito hunde el dedo acusador en el ojo de un delfín que navega sobre uno de los senos de María Gracia.

—Una fotógrafa. Para retratarnos, cielo. —Baja la voz, como si le importara la opinión pública

apretujada en el chiringuito—. Haciendo el amor.

—¿Con tu novio o conmigo?

—Todos juntos —con la mirada más provocadora que tiene.

Orlando ignora, y lo lamenta, los ojos de la chica.

—¿Y dónde le has dejado a ese infeliz?

—Está en la moto.

—Estará *empapao*.

Ha pasado la tormenta. Sólo se escuchan las gotas desprenderse de las ramas y del emparrado. Silencio de cigarras.

IX

Parte Orlando en dirección a la meseta. Despacito. Gana la altura del valle, y en una curva desaparece del retrovisor la vista de la Umbría de la Pava. El sol se clava en el nublado ceniciento, y relampaguea. Aroma de cereal húmedo, de tierra bañada, hasta las amapolas huelen, que no huelen a nada. Adelantan varios coches a Orlando. Por fin, viene la moto. Se hace grande en el espejo, y pasa como un rayo, repicando suaves gargarismos de máquina perfecta. Se hunden María Gracia y su novio hacia el poniente, y al final son un punto, un insecto

imperceptible en la cinta luminosa del asfalto.

Orlando se va hacia la cuneta, espera que le adelante una columna en retirada de urbanitas, torna a leer el folleto (Ciudad de *Estoyaquello*, Salón de Exposiciones de la Caja de Ahorros. Inauguración, día de hoy a las siete de la tarde. Re-Visiones de Arcadia.), da media vuelta, y tira al este, en dirección al lugar en el que espera encontrar a Talamantes.

X

Dice el *enterao*:

Puede que no sea necesario ir muy lejos a buscar las causas de los males mundiales de hoy. Sólo hay que caer en la cuenta de la furiosa explosión demográfica que conoce nuestra especie. Se nos asegura que esta expansión se estabilizará, que incluso entrará en regresión. Al ritmo que llevamos, sólo necesitamos veinte años más para que la población del globo se duplique, incluso si tiende hacia un máximo que jamás sobrepasará. Pero, permítaseme la ingenuidad de creer que este máximo ya fue rebasado hace uno o dos siglos.

La ciudad de *Estoyaquello* parece desierta. Orlando circula con su tremendo vehículo por amplias avenidas flanqueadas de mastodónticos cajones de ladrillo con balcones y áticos. Dan a las aceras, plantadas de arbolitos, bares y comercios de muebles.

Huele a recién hecho, a moderno. En un jardincillo con una pérgola desnuda y suelo de hormigón, a la sombra de un parapeto que bien podría ser una ruina o una alegoría contemporánea, hablan varias comadres con su cochecito imponente en el que los niños berrean; los claros varones leen el periódico y disimulan su provincialismo con gafas de sol y extraños visajes en sus caras.

Obediente a los semáforos y a las señales, Orlando se adentra en la vieja ciudad. Las calles se angostan, las fachadas se mezclan, surgen revueltas inesperadas, cuevas con calvas de adoquín en el asfalto, plazuelas con una fuente, chaflanes con tiendas de ultramarinos trasnochadas incrustadas en el corazón de la difunta burguesía comercial decimonónica.

Finalmente, Orlando pide auxilio a un alguacil, y halla un aparcamiento.

Mirando el escaparate modernista de una paquetería agonizante, hay un tipo con chaleco de colores. Orlando cierra el vehículo, conecta el antirrobo y se dirige a preguntar al menda por la Caja de Ahorros. Al volverse, se manifiesta un *yonqui*, y lo primero que hace es pedir pasta.

—Tío, préstame seis mil pelás, y lo pasamos de puta madre. No necesito más.

De reojo, Orlando avista el escenario. En la acera de enfrente pasean transeúntes. Por una costanilla baja un R-6. Orlando hace una finta.

—Tío, no te abras. Mira que eres ruin —y adelanta una mano hacia Orlando.

—Si me tocas, te planto una hostia. ¿Vale?

Orlando, uno-ochenta, persistente ciclista y de uvas a peras levantador de pesas, se coloca en guardia. El *yonqui* se pira maldiciendo.

—Usted no es de aquí, ¿verdad, joven? —le sorprende una señora con ropa de domingo.

—No. —Salta con brusquedad. En seguida rectifica, y lima su aspereza—. No, señora. Soy de la capital.

—Ya ve usted. Hasta en este rincón hay *drogaditos*. ¿Qué le parece a usted? ¿Sabe lo que hay que hacer para acabar con los *drogaditos*?

—A ver, dígame.

—¡Hijo, cómo lo voy a saber! Por eso se lo pregunto, parece usted policía.

—No soy policía, señora. Soy administrativo. Es que hay que defenderse.

—Pues no enseñan poco en los Madriles.

—Señora, haga *usté* el favor de explicarme

dónde está la Caja de Ahorros.

—Está cerrada.

—La sala de exposiciones, mujer.

La señora lo sabe y se lo explica.

XI

Son los salones de techo altísimo, hay grandes ventanales que dan a un jardín de árboles espesos y a la galería con balaustrada y escalinata que portica el palacete. Las paredes están revocadas de blanco, y los paisajes cuelgan de unos hilos de pescar cogidos a unas barras negras que cruzan a un palmo del cielo raso.

Así son los cuadros: anchas ventanas a la llanura, con sus líneas de caballones, sus paratas, sus olivares, sus viñas, sus encinas poderosas, sus colinas, sus caseríos manchegos, sus caminos con un carro, un perro y una mula con albardas. Ocres, manchas de verde, cendales bermejos, plomizo y zarco. Postimpresionismo. Hastío de vanguardia. Impresionismo abstracto.

Pero Orlando no se percata, ni siquiera de lo obvio.

—No son originales. ¿Lo ves? —Aparece por detrás Talamantes, y pasa la mano por la superficie lisa del falso lienzo.

—Otra mentira.

—Son fotografías, reproducciones a tamaño natural. Tratadas. Interpretaciones.

A Orlando le importa un comino que sean tratadas, y las interpretaciones le dejan frío, no tiene oído para la música fina.

—¿Son tuyas?

—Ésta no. Por allí hay algo mío. Ven. —Le coge de la mano y le conduce.

Orlando se expande como las moléculas de un gas noble en libertad, siente que la marmita ardiente de su virilidad se desparrama y alcanza los últimos extremos de su cuerpo.

A mitad de camino les asalta una chavala de poco más de metro y medio y cara de Mary Poppins, pelo liso, teñido de remolacha, ojos inexpresivos, más bien flemáticos, pantalón de tela de cortina ajustado a la pierna y camisa de seda negra, desabrochada para causar equívocos. Y alguno provoca su pechuga insignificante.

—¡Hola, soy Ariel! ¿Tú quién eres?

—Se llama Orlando —informa Talamantes.

Ariel se pone de puntillas para besarle en los labios, se da media vuelta y se va.

—¿Qué vas a hacer cuando salgas de aquí? — pregunta Orlando a la fotógrafa como si preguntara la hora.

—No sé. ¿Qué se te ocurre? ¿No te volvías a tu casa?

—He cambiado de idea. Además, ya que te he invitado a comer, me podrías invitar a cenar, ¿no?

—No.

Orlando aguanta el tipo. Sabe que Talamantes tiene intenciones.

—¿Por qué no te vienes al mar? Si salimos dentro de un rato, todavía llegamos con luz —propone por fin la artista.

—Vale. —Orlando se desborda. Ha ganado la apuesta.

—Espera. Se lo voy a decir a Ariel, que si no se escapará con alguien.

—¿Va contigo?

—Vivimos juntas. Es un barrio de marcha. A tope. Ya verás.

XII

Urnas plebeyas, túmulos reales,
penetrad sin temor, memorias mías,

por donde ya el verdugo de los días
con igual pie dio pasos desiguales.

Ariel declama dando zancadas por entre un campo sembrado de cascotes macizos, fosas de piedra, y lápidas con inscripciones visigóticas. Al lado hay una especie de almacén. Es el museo de la ciudad ibera. El sol poniente difunde un tinte de solemnidad sobre el paisaje. El museo está sobre una colina, y hacia el este, el próximo otero luce una cresta de ruinas, quizá un templo o una quinta. Al pie del cerro, las gradas de un teatro con su proscenio entablado, y a la derecha, casi íntegro, desenterrado, el anfiteatro. A lo lejos, el auto reluciente de Talamantes, aparcado a la puerta del lugar, parece esperar la orden del mecenas para entrar a dar la murga a los fantasmas de los gladiadores, como un toro de hierro.

—¿Sabes que aquí vivía gente hace dos mil años? —dice Ariel a Orlando, que ha puesto en marcha su propia nave hacia las ruinas desérticas.

—Me lo imagino. ¿Tú qué eres, espeleóloga?

—¿Yo? ...Arqueóloga, so burro. En realidad soy una diletante. —Pausa—. Una tía cursi.

Al llegar a la altura del coche de Talamantes, desembarcan. La fotógrafa ha sacado sus trebejos.

—Voy a haceros unas fotos.

—¡Desnudos, por favor! —dice la falsa pelirroja, haciendo pucheros.

Orlando, que ve que no es de broma, niega con la cabeza.

—¿Por qué? No puede haber otro escenario mejor: ruinas romanas. Piedra, barro, carne. Estatuas redivivas. ¿Te da vergüenza? —insiste Ariel.

—No quiero salir *empalmaa*. Yo no soy un tío cursi, ¿vale?

—Pues los atletas griegos tampoco lo eran, y ahí están en los museos, bien decentes.

—Me fastidia el artificio. ¡Vaya manía con hacerse fotos en pelota!

—No será porque no te gusta mirar a las tías buenas —dice Talamantes.

—¡Y eso qué tiene que ver! Yo no soy un tío ordinario.

—Demuéstralo.

No sabe cómo, Orlando se controla. Echa a correr hacia las gradas y se quita toda la ropa, menos las zapatillas de tenis. Ahora ya no va guiado por su mástil, no tiene verga, sólo un suelto badajillo. Pero se siente dominado por la misma borrachera de formar parte de todo, de ser las gónadas de la existencia.

Ariel, que también se ha desnudado, anda hacia él.

—No quiero que te acerques. Es el trato —le advierte Orlando, el Hombre Osmótico.

Talamantes saca fotos con el teleobjetivo, y poco a poco se aproxima hasta quedarse a tres o cuatro metros de Orlando, que finge no enterarse. Cambia el objetivo de la cámara.

La fotógrafa retiene en la cabeza tres palabras: "Quítate las zapatillas", pero no llega a pronunciarlas, le da miedo revelar el tono de su voz. Orlando se tapa como una virgen tímida.

De pronto se incorpora y trepa por las gradas.

Talamantes va en busca de Ariel, repantigada cerca de un vomitorio.

Orlando se ha parado bruscamente antes de alcanzar el límite del teatro, casi en lo más alto del collado. Ariel se aprovecha de que le da la espalda y brinca hacia él. Talamantes busca por una rampa otros encuadres.

Súbitamente se hallan todos detenidos en actitud de escucha, como tres ciervos que han olfateado al depredador.

Del otro lado de la colina llega un ritmo machacón de zarabanda moderna. Evidentemente hay

alguien.

Ariel se aúpa y reconoce. Luego hace gestos con la mano. Sólo llega Talamantes, porque Orlando escapa dando saltos hacia su ropa.

Al cabo, regresan las dos chicas en estampa insólita.

—Es una pareja en un coche —dice Ariel—
Hacen el amor a toda pastilla.

—Pegan un polvo —murmura Orlando con los ojos puestos, sin vergüenza, pero sin deseo, en el oscuro bosque público de la tía cursi.

—¿A ti sólo te importa la carne, Tarzán? —
comenta Ariel, mientras se viste.

—Supongo que no será tan simple —dice el tío como cantando—. Pero, ¿qué otra satisfacción le queda al hombre si no es el sexo?

—¿Follar por follar? —pregunta Talamantes, que ordena su bolsa de fotógrafo.

—¿Por qué, si no?

—Por una causa, no por un efecto, tío simple —
afirma Ariel, con la canción de Orlando—. Por la pasión. ¿O es que tú te acuestas con cualquiera?

—Si es necesario, sí. Pero suelo seleccionar, siempre que puedo.

—Sin pasión, fríamente. —Ariel se peina su peluca remolacha con los dedos abiertos—. Bien pensado, es lo más práctico. Nadie puede entregarse absolutamente a la pasión y salir ileso. La pasión ha de ser transitoria, efímera.

—Yo... —Orlando teme hablar y quedarse sin defensas, teme echar a perder lo que desea de Talamantes, pero la presión osmótica le ha dejado sin fuerzas, no tiene ya noción de las cosas reales, la verga no le pesa, lo mismo que si se hubiera fumado tres canutos. Será mejor que no hables, Orlando, no se te vayan a descubrir las verdaderas intenciones. Y se dice a sí mismo, sin despegar los labios, yo me enamoré como un loco de una chica. Como un loco. Como un ingenuo. Pero ella me dejó por otro. Y me volví tarumba. No sé cómo lo aguanté. Sería que era joven. Luego, un sábado, me fui a la discoteca con un amigüete, y ligué. Desde entonces, lo hago todas las semanas. Cambié la pasión por la conveniencia. Supongo. Orlando se sonríe sordamente.

—La pasión destruye. La razón ordena —
sentencia Talamantes.

Una penumbra cárdena ha caído sobre el poblado ibero; las ruinas romanas son bultos ciclópeos hundidos en la estepa.

—La pasión sin freno lleva a la muerte, es decir

a la vida del espíritu, a la pureza absoluta. La razón mide los pasos, hace sobrevivir, por eso está ligada a la carne. El que más folla es el más ingenioso. ¿A que sí? —dispara Ariel.

—Tú, por lo menos debes ser Madame Curie —
deja caer Orlando.

—Pero si yo soy virgen.

—La de Fátima —Zanja Talamantes—.
Vámonos, que se nos hace tarde. Anda, lleva mi
coche, Ariel. Yo me voy con Orlando, no se vaya a
perder. Y el primero que llegue, que prepare la cena.

XII

Esto canta el grupo de rock duro:

Me meto en la cama
a la hora'l desayuno.

Pero antes,
me lavo los dientes:
una costumbre familiar.

Y encuentro en el espejo
a un tío en camiseta
que no he visto jamás.

Me pasa cada sábado
y algunos días de fiesta,
cuando vuelvo a mi casa
sin hacer mucho ruido
para no molestar.

Me busco en el espejo
y no descubro a nadie,
mirándome a los ojos
con cara de borracho,
que se parezca a mí.

Cada vez es un tío
que le ha comido el tarro
a una chavala nueva
que exige una mentira
para entregar el cuerpo
por un rato na más.

Entonces me doy asco,
como si hubiera ido
a tirarme a una puta.

Me escupo en el espejo

y me pongo a llorar.

Hay una grúa. Y hay también un pulpo. La grúa es móvil, rueda por un camino estrecho lleno de revueltas, tan oscuro que quizá sea un túnel. Es una máquina patosa, hueca, como un andamio amarillo, con su gancho de acero bamboleándose, como si le hubieran guillotinado la cabeza. Una fila larguísima de vehículos se desespera tras la grúa. El pulpo está como estampado en la baranda de un balcón pintado de minio. Parece un pulpo de cartón, pero debe de ser que está seco. De las aceras sube una incesante barahúnda, una suerte de fosforescencia y un vaho de alcohol que disipa la corriente.

No hay apenas luz. Sólo un velón en forma de estatua de la Libertad ilumina la alcoba, a la altura de la cama en la que yace Talamantes, de espaldas a Orlando, ambos desnudos.

—Vivir sólo una vez es un fastidio. Si viviéramos dos o tres veces, en diferentes momentos de la historia, comprenderíamos mejor a los hombres —sentencia Talamantes.

—Y a las mujeres —corrige y aumenta el Hombre Osmótico.

Suena un clic.

—¿Pero qué haces, bobo? ¡Si no tiene película!

—Algo saldrá —dice Orlando acariciando con la mirada las nalgas de Talamantes, embadurnadas con maquillaje de colores. Círculos concéntricos negro-amarillo-rojo deforman la curvada perfección con que los ha dibujado Orlando adentrándose en la profundidad sublime de la rabadilla. Líneas de puntitos azules serpentean por la espalda, y forman signos de interrogación sobre los riñones de la chica; Orlando ha plagiado a Dalí sin darse mucha cuenta.

—Además, no hay luz. Para la cámara. —Pausa —. Yo soy una mujer pasiva, actúo poco, me dejo llevar. Quizá a una persona más activa, vivir más de una vez, la acumulación de experiencias, la convertiría en un filósofo.

—¿Y por qué en diferentes épocas? ¿Por qué no todo seguido? Uno se muere, y vuelve a nacer. O a resucitar.

Orlando, que mira a través de una réflex con gran angular, observa de pronto un espeso bosquecillo cárdeno en lo más hondo de dos colinas verdes con motitas rojas y amarillas que se ha pintado la misma Talamantes en los muslos.

—Ha de ser así, a lo largo de la historia. Podríamos comprobar si la gente ha sido siempre tan mediocre y gregaria como hoy. ¿Qué es la pasión sino un elemento literario, cinematográfico? ¿Tú ves

grandeza a tu alrededor? Sólo en el cine. Personajes creados, ficticios. La mayoría de los tipos importantes son modelos de ambigüedad. Y la gente corriente, imitadores, autómatas. Nuestros actos son meros reflejos de modelos establecidos por los *mass media*. Por mí, por ejemplo.

—¿Tú eres un *mass media*? Pues eres un *mass media* con unas tetas preciosas.

Talamantes se ha situado bocarriba. Sus pechos arden con llamas adheridas, recortes de un incendio forestal, como flanes recién volcados. Churretes de caramelo se han solidificado camino del ombligo.

—Averiguaríamos si lo que nos cuenta la historia de los hombres es una novela o tiene algo de cierto. Esos españoles que conquistaron América, audaces, violentos, enérgicos, capitanes de tropas en harapos que derrumbaban imperios; o esos cabecillas rebeldes, ácratas, iluminados que pusieron Europa patas arriba en la misma época, ¿eran como nosotros, o estaban hechos de otra pasta?

—¿Tú que crees, pitonisa?

Talamantes se echa a reír, le hace gracia el tono de Orlando, y sus pechos trepidan, avivando las llamas que los ilustran.

—Yo sospecho que la historia es una

falsificación. Pero también creo que hay épocas que producen hombres de envergadura, y épocas que producen enanos brillantes. —Se pasa un dedo por encima de los campos de flores, y hace espirales que terminan enredándose en su vello púbico—. Quizá la época burguesa sea de las más anodinas. No lo sé. Pero también es la más cómoda. Un paseo hasta el cuarto de baño, una ducha, y limpia la piel de sudor y de reflejos—. Hace ademán de incorporarse.

—¿Por qué? Me gustas un montón así —la retiene Orlando.

—Porque no puedo dormir embadurnada.

—¡Qué pena! Me pasaría la noche mirándote a la luz de la vela.

—¿Tú no estás cansado, después de toda... la movida? —se inclina con dulzura sobre él y le pasa la mano por el pelo.

—No tengo sueño. Pero, además, tú crees que se puede dormir con ese escandalazo de la calle. Si parece una manifestación.

—Pchs. Estos fenómenos de masas me dejan fría. Pregúntaselo a Ariel, y de paso le echas un polvo. —Se troncha de risa, y los valles, los círculos, el caramelo, las preguntas y los flanes ardientes se conmueven en su piel.

—No sé cómo— y se señala con discreción los fuelles replegados de su orgullo.

—¿Sabes lo que me parecen las mingas de los tíos en su estado natural? Cementerios de automóviles. No me preguntes por qué. Es una imagen inexplicable, se me vino un día así, chas, de repente: montañas de chatarra, coches de todas las marcas, oxidados, deformes, unos encima de otros, a la intemperie.

XIII

La grúa se ríe a carcajadas, da bandazos y hace sonar los cables contra las barras como un carillón. La oscuridad es absoluta. Pero es necesario pasar, adelantar al monstruo retrógrado que ocupa la carretera. Y no puede pasar, Orlando no puede adelantar. Mientras, a su lado, se consume Talamantes, ardiendo toda su piel, campos floridos de la Arcadia. Y si no se da prisa, Orlando no llegará a tiempo de aprovechar esa provocadora calentura. Hay que adelantar a la grúa amarilla y fosforescente, aunque se juegue la vida en el túnel en el que retumban percusiones espasmódicas y un rumor de multitud frenética. Talamantes empieza a retorcerse en el asiento de al lado, se consume, pasa del rojo vivo al rojo blanco, y en mitad de las llamas que despide todavía sólo destaca la mancha cárdena de su monte de Venus diciendo adiós, adiós, me voy con los

mass media a recorrer la historia, me muero, pero resucitaré, en otra época, y no me verás más. Hay que adelantar al pulpo de cartón tras el que Ariel se desabrocha la camisa y exhibe su pecho sin relieve. Todavía puede recuperar a Talamantes. ¡Qué pena! Me gustas un montón. Pero no soy más que una montaña de chatarra de coches de todas las marcas, de todos los colores. No puedo ir ya detrás de mi verga, como el tajamar de un galeón que hiende el océano con su sirena de senos adiposos. Ese no soy yo, me doy asco. ¿Por qué, si nunca he ido de putas? Todo ha sido técnica y oficio, encarnación de modestos personajes que ni las chicas se creen, pero que necesitan para entregarse. La mentira, la grúa, el pulpo de cartón.

XIV

Cuando Orlando abre los ojos, entra la primera claridad del alba por el balcón abierto. En la baranda pintada de minio hay un oscuro pulpo seco despatarrado que pescó hace semanas el padre de Ariel, el dueño de la finca.

Orlando nota la trempera moderada y suspira con alivio.

A su lado, profundamente, duerme Talamantes, con los brazos abiertos y despatarrada como el pulpo, pero blanquísima, con un mechón de pelo negro

tapándole la frente.

Se incorpora el varón y da unos pasos hacia el hueco. Pasa algo raro. Se acerca a la baranda, se asoma y no ve a nadie. La multitud vociferante ha desaparecido. De pronto, al levantar la vista, descubre en el balcón de enfrente a un tipo empalmado que le mira. Antes de retirarse se da cuenta de que es él.

Yo.

Se mete en el apartamento, busca el cuarto de baño y mea. Se mira en el espejo. Es él, Orlando. Orlando en otra casa. Tirante, despiadada, igual que una nao que ignora su derrota, su verga gigantesca le guía hacia el cuarto donde descansa Talamantes. Es una crueldad despertarla. Exige la verga. Orlando se la coge y la manda callar a base de meneos.

La pasión destruye. La razón ordena.

Orlando empieza a disolverse, en ósmosis universal, y a desparramarse por el cuerpo. Entonces el cuerpo de Talamantes se remueve, Orlando se sobresalta. Aterrorizado, retrocede hacia el pasillo, y a la mitad tropieza con alguien con pelos teñidos de fuego y braguitas blancas. Orlando escucha un aviso eléctrico en alguna parte de su columna vertebral que le endereza todavía más el palo: quizás acechaba. La saluda y hace que no la ve, pero siente en su mano el roce de la de Ariel.

—¿No habéis salido?

Orlando, sin volverse,

—No.

—¿Y qué habéis hecho?

—¿Y tú?

—De marcha.

—¿Mucho cubata?

—Sólo cerveza. Ven.

Ariel le coge de la mano. Orlando se retira un paso, alejando de la zona su verga poderosa.

—¿Quieres tomar algo?

La chica no le suelta.

—Zumo de fruta. ¿Tienes? —Orlando no entiende qué hace parado en medio de un pasillo, con el mástil a tope, atrapado por una tía cursi con el pelo rojo.

XV

Orlando está sentado en el borde de la cama de Ariel, y ella, con las piernas recogidas, en el suelo.

—¿No te gusta la marcha? —dice Ariel.

—No esa marcha. Cuando yo salgo sé dónde voy y a lo que voy, no a hacer el gilipollas —y estira

la mano hacia el silencio de la calle que hace un rato era pura bullanga.

—¿Por qué?

—Ya me dirás qué hacen todos esos *bollicaos*. No hablan, no ligan, no beben.

—¡Cómo que no!

—¿Hablar con ese ruido? ¿Beber? Si bebieran estarían borrachos a las tres de la mañana y se caerían todos redondos.

—¿Y ligar? —termina Ariel el interrogatorio.

—Ni siquiera tienen ganas.

—Yo, sí —y le mira con un ciego desafío.

—La pasión destruye. La razón ordena —le calma Orlando.

—Por eso. Fríamente. Bueno, no. Encendidos como hogueras. Sólo por un ratito. Sólo por un ratito. —El cuerpo hermafrodita de Ariel se enrosca sobre las baldosas.

—¿Por qué?

—¿Y tú me lo preguntas?

Orlando, como un Adán atrapado en las escamas legamosas de la serpiente piensa: Es que yo selecciono. Eso es lo que tú te crees. Así es el miedo,

una sacudida que revuelve las vísceras. El miedo es una pasión como cualquier otra, peligrosa si dejas que se adueñe de ti, pero hay que ser fuerte, hay que usar la razón, la razón ordena. ¿Qué haces ahí, Orlando, desnudo y sin careta? ¿Quién es esta tía? A lo mejor es un súcubo. ¿Y eso qué coño es? Un demonio encarnado en una mujer hermosa. Mi verga es un super cañón. A mí me cabe todo, *australopithecus robustus*. ¿Por dónde nos hemos metido? Por un agujero negro, a darle la vuelta al tiempo.

Ariel es una boca abierta, que devora.

Orlando es una nao que ignora su derrota, abriéndose un pasillo en el caos demográfico, etc.

XVII

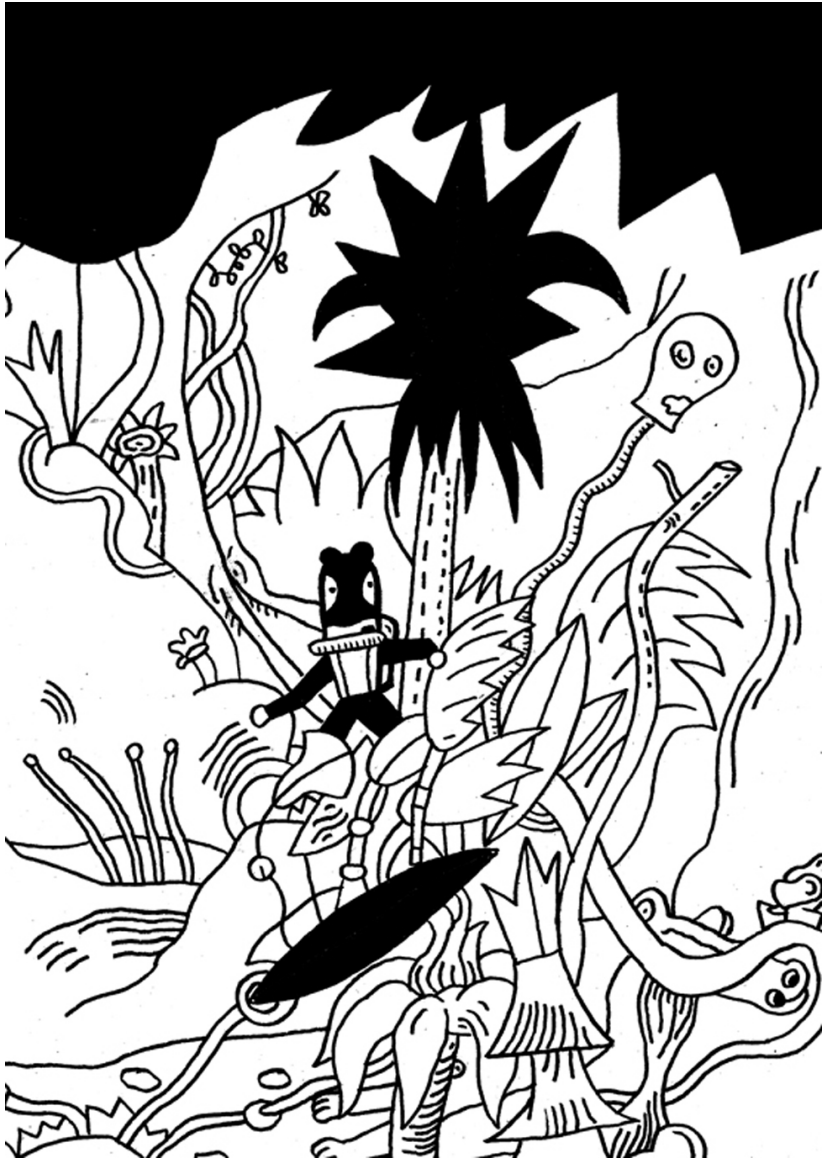
Dice la tía cursi, asomada al balcón, con su pelo de rescoldo de hoguera, inclinada sobre el pulpo acartonado:

—Puede que la vida tenga sentido. Puede que no. La verdad es que el dilema tiene poca importancia para la propia vida.

El vehículo de Orlando huye. Enhiesto su palo mayor, con la radio a tope, cruza el fatigoso barrio, tuerce en una esquina, y desaparece.

Recita el poeta, poniendo voz campanuda:

*Todo lo que era sólido
se desvanece en el aire,
las campanas macizas
que hacía sonar Jauja
se han fundido en una noche
siglo y medio después
de ser pronosticado.
en los años de hierro.*



Un saco de millones en el jardín

Segismundo Bombardier

La voz de Isabel sonaba muy cerca de mí, con un timbre real, pero mi pesadilla era tan sofocante que no me permitía advertir la diferencia.

—¡Hermes! ¡Hermes! —luego dijo— ¿En qué sueñas? Estás llorando.

Yo no lloraba. Gemía, aullaba, resistiéndome al secuestro. Se lo expliqué.

—Me he sobresaltado —murmuró Isabel en mi oído—. Pensaba que era el Chiqui.

Encendió la luz de la mesilla. Miramos a la cunita. El bebé dormía profundamente. Su expresión de indiferencia parecía burlarse de nuestras inquietudes.

—¿Es lo de siempre? —me preguntó Isabel.

—Sí. Pero cada vez me arrastra más lejos del barrio.

—Nos acabarán expropiando. No lo dudes.

En el tono de Isabel no había resignación ni desdén, sino calma y fatalismo.

—No pueden —susurré.

—Quiero decir que nos dejarán en el jardín un saco de millones, y no podremos rechazarlos sin sentirnos unos idiotas. ¿Por qué no me traes un vaso de agua, porfa?

Me levanté, pisándome los bajos del pijama. Estos pijamas me venían grandes, pero me gustaba llevarlos. Sentía más mi pertenencia al hogar. Isabel se rió de mi facha. Cuando volví con el agua, me dijo:

—¿Por qué no te lo quitas?

Al incorporarse fuera de las sábanas entendí la sugerencia. Se había desnudado.

Después de calmar su sed, hizo un movimiento ambiguo ofreciéndome sus pechos prodigiosos. Mi boca acudió a ellos ávida, movida por otra sed. Me desprendí del pijama y me deslicé a su lado, acariciándola. Enseguida fui preso de sus brazos y me revolqué en su cuerpo, como un niño juguetero.

Los últimos espasmos de la carne coincidieron con el aullar de un perro. Era el mastín de un vecino que acababa de mudarse. El animal, quizá perdido en su nuevo domicilio, se asomaba al balcón y

manifestaba su desconcierto en la oscuridad. Era grande, feo, baboso, pero inofensivo.

Dormimos de un tirón hasta las seis y media. El reloj emitió su timbre seco. Detuve la alarma para que no despertara al niño, y volví a quedarme dormido.

—Venga, que se te hace tarde —me zarandeó Isabel.

Eran casi las siete. Una débil claridad empezaba a imponerse a la luz de las farolas. Antes de alejarme tiré un pellizco a uno de sus pezones jugosos, que no tardarían en amamantar al Chiqui.

Desde la ventana del cuarto de baño se veía el jardín llenándose de claridad, con los dos olmos, la morera y el abedul, y el pilón de piedra en medio, casi oculto bajo las madreselvas y la hojarasca. Eché algunos vistazos hacia el exterior mientras me afeitaba. Mis ojos se desviaban automáticamente hacia el hotelito de al lado, abandonado y al borde de la ruina, con los huecos de puertas y ventanas tapiados para evitar su ocupación. De él emanaba una suerte de pesar, de angustia, que a mí me provocaba una reacción de pánico sordo.

Por la calle pasó un coche con la radio alta y escuché una ráfaga de información deportiva. Gruñí. Se me escapó el gruñido. No quería salir del Paraíso, y lo único que podía hacer era gruñir o aullar como

aquel mastín en la noche, porque había fuerzas mucho más potentes que yo que me acabarían echando.

Me sentía tan a gusto en aquel cuarto de baño decrepito, ancho y de techo elevadísimo, con bañera, bidé y lavabo, todos desconchados o rajados, porque eran de la época en la que la casa se había construido, los años veinte del siglo anterior. Con el suelo de tablero de ajedrez y las paredes cubiertas de azulejo sólo hasta la mitad. Con ese aroma a podrido que salía de los sumideros y de la taza del váter, la única renovación, pero que a pesar de ello se tambaleaba al reposar en ella el cuerpo.

En la cocina me preparé un café. Me lo estaba tomando, de pie, revisando a la luz del nuevo día, junto a la ventana, el cuaderno de anillas en el que anoto ideas para mis guiones, cuando sonó la puerta del jardín. No era un golpe propinado por un transeúnte madrugador. No era un chirrido accidental. Alguien estaba entrando.

Pablo entró en la casa por la puerta de la cocina, con sus andares de oso, su media sonrisa y su mirada insomne de burlona indiferencia.

—¡Buenos días!

—¡Qué tal, Pablo!

—Hemos acabado antes de lo previsto. Los

buitres se han quedado sin carroña y han levantado el vuelo.

Los buitres eran los periodistas, los productores y los cámaras de las cadenas de televisión. Pablo trabajaba en las unidades móviles de Retevisión, que daban soporte a transmisiones en directo vía satélite. Pasaba mucho tiempo fuera de Madrid, cubriendo eventos de variada índole.

Dejó sobre la mesa una bolsa de papel con de lamparones aceitosos, que contenía porras.

—Están todavía calientes. Prueba una.

Llené de nuevo la taza de café con leche, mientras Pablo se preparaba un té.

—Me ha vuelto a preguntar por ti uno de Precisa —dijo.

—¡Qué pesados! Yo no necesito presumir de intelectual. El prestigio me importa un *güevo*. Sólo quiero que me dejen tranquilo.

—Lo saben. Pero creen que pueden colocarte bajo las narices un cheque imposible de rechazar.

—¿Y han decidido ya la cantidad? Pero si cualquier becario con imaginación y ambición es capaz de hacer lo que nosotros, por cuatro duros...

Pablo se metió una porra chorreando té con

leche por la boca.

—¿Cómo está el Chiqui?

—Ayer tuvo decimillas. Pero no ha dado guerra por la noche.

—Estoy hecho polvo... Voy a pegarme una ducha.

Mientras terminaba su desayuno, subí a la habitación de invitados, dispuesta para mí, y abrí la ventana de par en par. Era un artificio innecesario, pero me hacía sentir más a gusto. Y creo que a Pablo, también.

Tanto Isabel como yo teníamos la seguridad: Pablo era consciente de que su mujer y yo dormíamos juntos durante sus ausencias.

Pablo y yo éramos amigos desde la infancia. Habíamos hecho el bachillerato en el mismo colegio, de donde él salió antes que yo para estudiar Formación Profesional. Hicimos la mili juntos, por pura casualidad; él como soldado, yo como alférez de milicias universitarias. Después habíamos entrado en TVE; él como técnico, yo como guionista. A ambos nos había ido razonablemente bien.

Yo me casé con su hermana Helena. Él, años después, se casó con Isabel, una chavala preciosa,

bastante más joven, a quien conoció gracias a mí, pues había sido alumna mía en la Facultad, donde yo creía servir al intelecto con más mérito que en TVE. La hermana de Pablo y yo habíamos tenido dos hijos, ya adolescentes con barba cuando Isabel se quedó embarazada por primera vez. Pablito iba a cumplir cuatro años, cuando nació el Chiqui.

Unos meses antes, a mi mujer la venció un cáncer. Luego, mis hijos se marcharon a estudiar al extranjero. Durante un tiempo estuve acogido en casa de Pablo e Isabel. Luego, volví a la mía.

La atención afectuosa de Pablo e Isabel conmigo no era un tributo a la fallecida, sino una consideración hacia mí. Mi matrimonio con la hermana de Pablo había sido un infierno. Su muerte, una liberación. Todo el mundo lo sabía. Su enfermedad me dejó exangüe, porque ya no era libre de despreciarla.

Una vez recuperado del duelo y de la culpa terrible, volví a instalarme en mi casa. No obstante, en las ausencias largas de Pablo, yo pasaba la noche en el hotelito, porque Isabel había tenido un parto prematuro con Pablito, podía dar a luz en cualquier momento, y le habían impuesto reposo casi absoluto. No era conveniente dejarla sola, y no podía contar con su familia: era hija única, y sus padres estaban internados en una residencia geriátrica, en Córdoba.

Una noche, Isabel se dio un porrazo en la rodilla con el grifo al salir del baño, y se sentó en el suelo, sin fuerzas. Me llamó. Me pidió disculpas por recibirme con el pelo desgredado y chorreando agua. Antes de cogerla, me puse a buscar su albornoz o una toalla, porque estaba desnuda.

—No seas tonto, Hermes. Levántame y ayúdame a sentarme en la taza del váter. Luego me cubriré... Debo de estar horrible... Y con esta panza... No sé si podrás conmigo.

La verdad es que pesaba y, además, su piel enjabonada se me escurría. Yo intentaba cogerla por detrás, evitando el contacto con sus pechos. De esa forma era difícil, si no imposible, ponerla sobre sus pies.

—Mira, Hermes. Cógeme por delante, así no me escurriré.

La obedecí, con las mismas precauciones.

—Coño, Hermes. Olvídate de que soy una mujer y de que estoy desnuda, por favor. O lárgate a esperar que se me pase el atontamiento. Ya me pondré yo de pie.

La dejé que se abrazara a mí. Yo también me abracé y tiré de ella. A medida que se incorporaba, y yo tenía que hacer el esfuerzo de mantenerla pegada a

mí para que no me venciera el peso inerte de su cuerpo, notaba la presión de su abultada barriga.

—¡Ay, ay! —Isabel se puso a reír—. Me está dando pataditas. ¿No lo notas?

—No.

Y entonces Isabel se pegó a mí.

—Mira, mira. ¿Lo notas ahora?

—Sí.

Nos movimos hacia la taza del váter en un baile patoso. Luego fui a buscar el albornoz, que colgaba de un gancho en la puerta.

Cuando regresé, Isabel estaba secándose los pechos con una toalla.

—Muchas gracias, cariño. Eres un sol... ¿No te parezco una vaca?

—Una ballena... Pero puede que yo sea uno de esos pervertidos a los que ponen cachondos las embarazadas... Me voy, para no quedarme en evidencia.

Sentía en la nuca que me estaba mirando. Su voz me alcanzó como un dardo.

—¿Estás pensando en mí?

Yo dije que sí con la cabeza, sin darme la vuelta.

—¿Por qué no te quedas y te das un baño, tontito?

Después del sexo, ya en la alcoba, mientras Isabel se untaba con multitud de cremas y yo me vestía, me volvió a llamar tonto y a decir que no era necesario que me fuera a dormir al cuarto de invitados. Yo dudé. Estaba abrumado, con los nervios a punto de tumbarme en una crisis. ¿Era sólo un canalla o en verdad un pervertido? ¿Con qué cara iba yo a mirar a Pablo?

—¿Piensas en Pablo?

—Sería un cerdo si no lo hiciera.

—¿Te parece más cerdada dormir en su cama que hacer el amor con su mujer? Bueno, si a lo que hemos hecho tu y yo se le puede llamar hacer el amor... con este bombo. ¿Temes que se presente sin avisar?

—No es eso. Es... la cabronada... Quiero desaparecer. Volver a ser un niño sólo con el pecado original.

En su mirada había una pizca de sorna.

—Te estoy hablando en serio —le dije con un timbre exageradamente desasosegado—. Siento sobre mis hombros toneladas y toneladas de culpa y de miseria.

Se puso el camisón.

—¿Sabes una cosa? Pablo sospecha que tú y yo estamos enrollados desde hace tiempo.

—No es posible... Lo habría manifestado de algún modo. Yo me habría dado cuenta de sus celos. Eso se disimula muy mal. Se acaba notando.

—Puede que no necesite disimular nada. Hace años...

—¿Cree que estamos enrollados desde hace años?

—No tanto. Desde que murió tu mujer. Pero hace años, hace años ya, ¿eh?, me dijo que le dolía mucho el fracaso de tu matrimonio, que no podía entender que no te hubieras dado cuenta de cómo era su hermana antes de casarte, y que le sorprendía que no os hubierais divorciado. Después de la muerte de Helena, me dijo ¿por qué no le buscas novia a Hermenegildo?

—Eso —la interrumpí yo, incapaz de contener mis nervios—. ¿Por qué no me la buscaste?

—Porque eres muy mayor para tener suerte. ¿Tú no sabes que encontrar una pareja adecuada es una lotería? No seas idiota, Hermes. Me gustaría que me quisieras.

—Si lo he hecho siempre. Desde que apareciste

por la facultad. Pero es un sueño. Dos hombres y una mujer...

—¿Quién lo ha dicho? ¿La Santa Madre Iglesia? ¿Martín Lutero? ¿El señor Freud?

—Esto es demasiado. Me siento... me siento... sepultado por la culpa en un foso, ahogándome allí al fondo en una ciénaga.

En las pupilas verdes de Isabel brilló una chispa de decepción. Mi conciencia imbécil pensó, “Necesito decepcionarla.”

Aquella mujer me había vuelto loco desde que se presentó en mi despacho del Departamento, en la facultad. Pero entonces yo estaba casado y a Helena le acababan de descubrir el cáncer que la mató años después. El único consuelo fue que se casara con mi mejor amigo y le hiciera feliz. ¿Sería posible que yo pudiera ser también feliz con ella sin herir a Pablo?

La chispa de decepción se había extinguido. Ahora me miraba con una seriedad expectante, conteniendo la manifestación de su belleza, como si intentara velarla en beneficio de algo inmaterial, de su afecto. Y el caso es que su hermosura tenía algo de vulgar, de agreste. Tan sólo su pelo leonado, abundante y cayendo en ondas sobre sus hombros era esplendoroso. Entonces dije:

—Me da miedo algo.

—¿Desear que Pablo desaparezca?... Tú no eres así. No lo serás nunca, Hermenegildo.

Después del nacimiento del Chiqui, alguien tenía que cuidar a Isabel. Así que me mudé provisionalmente al hotelito, donde trabajaba en mis guiones de programas basura para la televisión, que enviaba por Internet. A veces tenía que acudir al estudio o reunirme con productores y presentadores. Era divertido. Era una locura. Nos lo pasábamos bien, como cochinitos inocentes gruñendo en el corral. Pero la mayoría del tiempo estaba muy cerca de Isabel. ¡Cómo iba a desear que Pablo se esfumase, si estaba fuera de casa la mayoría del tiempo!

Bajé a la cocina pensando en la reunión que me esperaba a las nueve. Tenía la vaga intuición de que iban a cargarse el programa.

En el único descansillo de la escalera se abría una ventana en dirección al hotelito de dos pisos. Incluso sin mirar podía percibir su emanación asfixiante. Se apoderó de mí el sordo pesar.

Me llegó a la nariz una fragancia de *aftershave*. Detrás de ella bajaba Pablo, recién duchado, vestido

con un chándal.

—¿No ibas a dormir?

—Me ha entrado hambre. Voy a hacerme un bocata y a arreglar un poco el museo.

Se refería a una colección de cámaras rusas y de la antigua Alemania Oriental, que conservaba en varias vitrinas. Poseía unas “Leikas” fabricadas antes de la Guerra Mundial. Y algunas “Leningrad” compactas y feas, pero de precisión bolchevique. Pablo disfrutaba revisándolas, limpiándolas, y se pasaba las horas muertas en Internet en busca de oportunidades. En eso y en su hijo mayor empleaba todo su tiempo libre. Pablo poseía una virtud inapreciable: era disciplinado, y se exigía a sí mismo la perfección, pero no esperaba lo propio de sus subordinados, a quienes sólo pedía la responsabilidad imprescindible, derivada del sueldo base y de los complementos específicos.

—Tienes cara de haber visto un fantasma, tío.

—Es que me han vuelto las pesadillas. —Señalé vagamente hacia el exterior—. ¿Quién vive en la casa?

—Nadie, que yo sepa, desde que Helena y tú os mudasteis a Las Rozas.

—Pues juraría que he visto luces encendidas.

Habíamos llegado a la cocina. Pablo empezó a cortar lonchas de una paletilla colgada de un gancho, con un cuchillo jamonero.

—Se te está acumulando la basura en el trastero. —Enarboló el cuchillo, señalando hacia mi frente—. Dame detalles de tu pesadilla, tío.

—Es alguien que dice que soy yo. No mi “alter ego”. Yo mismo, yo de verdad. Pero es un canalla, un amoral, un ruin. Y no es libre. Depende de mí.

—¿Depende de ti?

—Sí. Para ser él mismo necesita apoderarse de mí. Se burla de mi resistencia. Dice que si él quisiera me dejaría en paz, que tiene su vida propia en otro lado, no sé, otra dimensión o eso que cuentan los médiums. Y cuando yo le invito a que se marche a su sitio, cuando intento espantarlo, se tira encima de mí y me arrastra fuera del Paraíso.

—¿Qué Paraíso?

—Aquí, Pablo. Aquí está el Paraíso. Y si no fuera porque a las nueve tengo una reunión en la productora para diseñar un programa nuevo —me estaba adelantando a los acontecimientos, pero estaba seguro de que eso es lo que sucedería—, me quedaría en esa casa. No saldría jamás de ella.

—No me hablas en serio, Hermes... ¿Quieres

que te explique tu sueño?

—¿Sabes hacerlo?

Estaba agotado. Deseaba que alguien me librara de la pesadilla.

—Bueno. Es una cosa de lógica.

—Que, no. Pablo. Que los sueños no son lógicos.

—Pero la única forma de interpretarlos es ateniéndose a alguna lógica, aunque sea inventada.

Me pareció un buen argumento, filosóficamente irreprochable.

—Retrocede cinco o seis años. —Hizo una pausa, buscando en su memoria—. ¿Cuándo dejaste la cátedra?

—Sí, hace seis años y medio. Fue una excedencia.

—Sin límite porque era para ejercer un cargo político.

—Director general.

—Pero a los tres meses...

—A los cinco meses.

—Se descubrió aquel pastel que te salpicó...

—Que me llenó de mierda.

—Dinero.

—Sexo— lo dije casi a gritos, con un timbre de histerismo.

—De sexo, nada. Y menos todavía de violencia —se burló Pablo, fingiendo amenazarme con el cuchillo jamonero—. Pero tu nombre quedó finalmente limpio. Tan limpio que quisieron hacerte ministro.

La hoja del cuchillo se había cubierto de grasa. Verla me produjo una mezcla de repugnancia y miedo.

—No. Mi nombre sonó para ministro, que no es lo mismo.

—Bueno. Pues ese otro yo tuyo que intenta secuestrarte es una reminiscencia del ministro que no llegaste a ser. Te lo reprocha... Te podías haber hecho rico, o haber adquirido fama internacional. Podías haber escrito una novela negro-pornográfica disfrazada de ensayo filosófico, y habrías vendido libros hasta en Afganistán. O haber huido a Tailandia con la caja del ministerio. Ese otro yo tuyo está cabreadísimo. No me extraña que quiera tu perdición.

—Te equivocas, Pablo. Ese otro yo es un cobarde. Odia en silencio. Pero no se atreve más que a

aullar como un perro en una jaula.

Para coger el autobús tenía que pasar por delante del hotelito siniestro. Di la vuelta a la manzana para evitarlo. Me sentía débil, agotado por un agobio indefinido. Era estrés, pero no tenía fuerzas para indagar su causa. Mi extenuación era tan grande que ni siquiera podía razonar.

Para mi sorpresa, al llegar a la productora me sentí fresco y despejado, como si hubiera entrado en otro mundo. El colmo de la paradoja fue encontrarme a todo el equipo taciturno. Al programa le quedaba una semana de vida. Se lo habían cargado. Por un instante pensé si mi pesadilla no era una premonición, si no significaba que tendría que volver a la universidad, o sea a la selva, o incluso al paro. Intenté poner la nota de optimismo.

—No os preocupéis, chicos barra chicas. Os lo he dicho miles de veces, el secreto de un programa basura es cambiar de caras y de decorado. A los guionistas, a los reporteros y a los técnicos no nos pueden sustituir... Somos intocables.

—¡Y un jamón de bellota! Esto viene de arriba. El tío del bigote ha declarado que está harto de la telebasura. Los chusqueros de todas las cadenas se han cuadrado y han empezado a dar órdenes —

aseguró la productora, una licenciada en Historia del Arte, cuya carita ovalada evocaba una estampa de la Virgen de Lourdes.

—El público exige basura... —gimió la directora del programa, una mujer alta y de belleza contundente, que vestía como una hippy trasnochada —. ¿Quién se la dará?

—Es una fiebre transitoria. Acabará olvidándose la consigna —sugerí yo.

—El tío del bigote vigila como un centinela insomne. Pero, ¿por qué quiere jodernos?

—Pasará. Todo pasará —insistía yo, echando a escobazos el canguelo.

La tensión se acabó disipando por las válvulas de escape naturales.

—El más perjudicado será Hermes —sentenció uno de los redactores, un gay que fingía estar pasado de rosca, pero cuya vida privada era un modelo de dignidad.

Todo el mundo se calló, a la espera de la chusca explicación que se anunciaba.

—Tendrá que romperse la mano a pajas, sin presupuesto para putas de lujo...

—A lo mejor me cambio de acera y te pido que me presentes a alguien —dije yo.

—Venga, Hermenegildo —dijo una de las reporteras más veteranas—. Si es que eres un misterio de hombre... Aquí todos nos conocemos los rollos. Vamos a ser sinceros. —Y dirigiéndose al grupo—: A ver, vamos a confesar que el secreto que más nos ha intrigado en toda la temporada es con quién coño folla el Profesor. Porque lo que es con nosotras... ¡Y que no me entere yo de que alguna se lo ha llevado al huerto sin mi permiso! ¿Vale?

Entonces se asomó la recepcionista.

—¿Habéis acabado?

Nadie respondió, porque era obvio que sí.

—Pues encended los móviles, que no paran de llamarme preguntando por vosotros... A ti, Hermes, te busca desesperadamente un tío de Precisa, un tal Modesto. Que le llames.

—¡Que vuelva a llamar él, coño! —dije en un tono panfletario.

—No te hagas el tonto, Hermes —dijo la productora, endureciendo su carita de *Nôtre Dame*—. Lo sabías. Te has arreglado la salida. Te piras con Precisa. ¿Qué te han encargado? ¿Una “Operación Triunfo” de artistas contra la guerra? ¿Un “Gran

Hermano” políticamente correcto?

—No. Van a hacerme subdirector de la sección de Deportes. ¿Y quién será mi jefe?

El clamor debió llegar a la Moncloa. Fue un grito unánime, seguido de una carcajada estentórea, u “ostentórea”, no lo sé muy bien.

—¡¡¡Jorgito Valdano!!!

En ese instante sonó mi móvil. Salí de la habitación, porque allí no me iban a dejar hablar.

—¡Hola! Soy tu otro yo... El que te molesta en tus sueños...

No era la voz de Pablo. Me asusté de veras. Llegué a temer que me estaban llamando de otra dimensión.

—Expílicate o te cuelgo —advertí con voz de susto.

—Soy Modesto, hombre... ¿Qué? ¿Estáis echando el cierre?

Este tipo lo sabía casi todo. Le habría estrangulado.

—Nos vamos todos a Hollywood. No te preocupes por nosotros. ¿Qué coño quieres?

—A ti. Soy Mefistófeles. ¿No te acuerdas? Te puedo devolver “el impulso sin medida, la dicha

dolorosa en lo profundo, la fuerza del odio y el poder del amor.”

—¿Me puedes devolver mi juventud? No me interesas. Cometería las mismas gilipolleces.

—Quiero tu firma, para el Manifiesto.

—Tú no eres Mefistófeles. Tú eres el Diablo Cojuelo de la Antiglobalización.

—Yo no importo nada, soy un granito de arena. Pero tu firma es valiosa. La firma de un sabio.

—Mira, te lo voy a decir con palabras de un colega: “Cien individuos que, por separado, pueden formar un conjunto distributivo de cien sabios, cuando se reúnen para hacer un manifiesto como el que comentamos, constituyen un conjunto atributivo formado por un único idiota.” ¿Te vale?

—Piénsatelo, Hermenegildo. Y cuando quieras, vienes a verme.

Comí con el grupo. Teníamos la sensación de que era una despedida auténtica, que nos tendríamos que buscar la vida por separado. Me sentía igual que si Isabel me hubiera dicho que teníamos que dejarlo. Peor todavía, como si Pablo se hubiera presentado de improviso una noche en el dormitorio y hubiese dicho, “Lo siento, pero ya está bien. Os lo habéis pasado de

puta madre durante unos meses, pero lo bueno no puede durar. Ahueca el ala, Hermenegildo, que ésta es mi cama. ¿Verdad que sí, Cielito?” E Isabel se hubiera encogido de hombros, haciéndome un puchero.

Después de la comida del grupo me entró un sopor escandaloso. Mientras todos tomaban sus cafés y sus chupitos, yo bostezaba como un niño. Pedí disculpas y subí a la redacción. Había un saloncito de espera en una habitación retirada y oscura que daba a un patio interior. Me encerré, con la consigna de que no se me molestara, y de inmediato que quedé frito.

Durante horas bogueé a la deriva, como un naufrago, en un océano de sueños. Recorrí mi vida entera. Se me presentó mi difunto padre. Y mi mujer, a los veinte años, en una circunstancia feliz, cierto viaje a Tübingen, donde hicimos el amor tres veces seguidas en una pensión de cuento de los hermanos Grimm. Mis hijos, aprendiendo a montar en bicicleta... Y al final, el Vampiro, con las fauces abiertas, sobrevolando los hotelitos en mitad de la noche, y arrojándose sobre Isabel, acostada a mi lado. Yo la tapaba con mi cuerpo, y sentía los comillos del bicho en mi nuca. Me hicieron daño. Era el estallido de una de mis neuralgias.

Me despertó la urgencia inaplazable de ir al

baño. Pero aún con la conciencia enredada en un sueño obsesivo: una mezcla de ángeles y demonios; no, una lucha entre santos y criminales; tampoco, una confusión entre el Bien y el Mal... Una mano invisible escribió “Maurits Cornelis Escher” en mi mente. Luego se puso a dibujar uno de esos grabados en los que un ser se transforma en otro a lo largo del papel, sin que a primera vista se perciba el cambio. Entonces sonó mi móvil.

—¿Ya te has despertado? ¿Estás bien?

—¿Yo?... Sí —mentí—. ¿Por qué?

—Te has agarrado un pedo de campeonato.

—Lo sé. Lo necesitaba.

—Eres un hombre débil, Hermenegildo.
¿Quieres que me acerque?

Habría querido decirle todo lo que la despreciaba, pero una vez más me faltó valor. Le di las gracias, y le aseguré que no hacía falta, que estaba sólo un poco atontado.

Me asomé a la ventana del cuarto de baño. La luz de las farolas, invisibles tras los árboles, distribuía un resplandor irregular sobre los jardines y los hotelitos. El de al lado tenía algunas ventanas iluminadas.

La casa de Isabel. La casa de Isabel y de Pablo.

¿Quién fue el idiota que los había presentado? ¡Yo! ¡Yo mismo! El mayor desprecio no debía dirigirlo hacia mi mujer, Helena, sino hacia mi estupidez.

Isabel había sido alumna mía en la facultad. Y ese chisme de que yo había intentado ligármela era verdad. Yo hacía oídos sordos porque no lo había conseguido. La chica buscaba orientación. Y me había ofrecido a dársela. La había enseñado a expresarse como una académica. Decía “imaginario colectivo”, y había aprendido a desdeñar el poder sin apartarse de él. Por un tiempo, yo había soñado que aspiraría a una ayudantía en el Departamento. Pero, no. Se enamoró de Pablo, el hermano de mi mujer, Helena, y se casó con él, que le sacaba más de diez años. Esto me consumió. Había estado a punto de llevármela a la cama. Si no hubiera sido tan pacato, lo habría conseguido. Aunque lo cierto es que me dio miedo de que alguien se enterara y lo utilizara en mi contra en el departamento. No soy un valiente. No se puede ser valiente y director de un Departamento en la Universidad.

Me busqué una poltrona política para ahogar mi miseria, sin calcular que me metía en otra mayor. Advirtiendo mi ingenuidad, me montaron un pufõ de sexo, dinero y soterrada violencia. Me faltaron argumentos para denunciar a los prevaricadores, gente barriobajera que no querían desaprovechar la

oportunidad de hacerse ricos, y volví a la facultad con una mancha de oprobio en la solapa. Para mi sorpresa, me acogieron como el paradigma de la honradez. Decidieron que los prevaricadores eran agentes de la oposición. Nadie lo creyó, pero sirvió para cerrar el expediente.

Un día no pude más y me presenté en casa de Isabel, en una de las ausencias de Pablo. Supliqué. Me puse de rodillas ante ella. Sacrifiqué mi prestigio y mi vergüenza. Le dije que si Pablo no hubiera sido un amigo de colegio, una parte de mi biografía no académica, no me habría atrevido a sincerarme con ella; pero que esperaba que la mujer de mi mejor amigo entendiera mi pasión, que dos hombres compartiendo a una mujer no era sólo una película o un sueño.

Al principio, Isabel me había dirigido una mirada de desconcierto. Luego, sus pupilas adquirieron una extraña inteligencia. Por fin, desprendieron un brillo de conmiseración. Me sentí un gusano, una rata. Comprendí que Isabel era mucho más sagaz, mucho más brillante y profunda que yo. Brotó de mí un odio ingobernable.

Volvió a sonar mi móvil. Me lo puse en la oreja

sin dejar de mirar las ventanitas iluminadas del hotelito de Pablo e Isabel. Era otra vez Helena.

—¿Estás mejor? ¿De verdad que no quieres que vaya?

—¡Que, no! ¡Que no hace falta!

—Te lo agradezco. Estoy a punto de cerrar el trato. Quiere que cenemos juntos. Le he avisado que tú no puedes.

¿Por qué no se lo decía? ¿Por qué no le escupía mi auténtico pensamiento? Al fin y al cabo, los hotelitos eran de ella y de su hermano. ¡A mí qué me importaba! ¡Que cenara Helena con hienas y con especuladores! ¡Me daba igual!

—Entiéndete con él, Helena. Yo no puedo articular más de diez palabras coherentes. ¿Lo sabe Pablo?

—¿Mi hermano? —No había sido una pregunta retórica, sino una lamentación—. Le voy a dejar en el jardín un saco de millones...

—¿E Isabel?

—Es Isabel quien va a convencer a Pablo.

—¿Por qué?

—Hermenegildo... ¿estás todavía borracho? Esa mujer te desprecia. Sabe que la mejor forma de

que la dejes en paz es mudándose al otro extremo de Madrid.

—Helena— dije con voz cavernosa.

—¿Qué?

—Métete en tu inmenso culo tus hotelitos y tu saco de millones.

—Sí. Estás borracho... Tómate un Optalidón y vuelve a acostarte. No tardaré.

Aturdido, me dejé caer en la tapa de la taza del váter. Deposité el teléfono en una repisa, y de pronto se puso a reírse de mí, desplazándose como una cucaracha coja por la superficie de mármol. Atrapé al bicho.

—Soy Modesto. ¿Te ha llegado el manifiesto por email?

—No he abierto el correo. Pero, no te preocupes, lo firmaré.

—Tienes voz de cazallero, Hermenegildo.

—Estoy resfriado. Tengo la cabeza como si me fuera a estallar.

—Pues cuídate, chaval, mente preclara.

—Lo soy. Lo voy a demostrar.

—¿Qué dices? —preguntó Modesto despistado.

—Que lo voy a demostrar.

—Ah. Vale... Te veo mañana en el despacho.

No me tomé la molestia de desconectar el móvil. Levanté la tapa del váter y lo dejé caer. Tiré de la cadena, pero el aparato se mantuvo en el sifón. Lo cogí con la mano, abrí la ventana del baño y lo arrojé hacia el hotelito de Pablo e Isabel.

Me duché, me afeité, me vestí la toga y el birrete de las grandes celebraciones. Cogí un cuchillo jamonero sucio de grasa al pasar por la cocina, y me lo intenté guardar, pero no cabía en ningún bolsillo. En la calle, delante de la verja, blandí el cuchillo, nada seguro de lo que sería capaz. Lo cogí como un florete, y empecé a asestar estocadas en el aire. Con mi toga y mi birrete de ocasiones académicas descollantes me imaginaba un mosquetero vengador. Hasta que, súbitamente, desfallecí.

Me sentí ridículo. ¡Jamás lo haría! ¡Jamás clavaría aquella hoja en la carne odiada y deseada!

No percibí la llegada del animal. Sus zarpas acolchadas no emitieron ningún ruido. Saltó sobre mí, como solía hacer con los transeúntes descuidados, babeando cariño. Se llamaba Sultán. Pertenecía a un vecino que acababa de mudarse.

Protegiéndome de un modo instintivo, levanté la mano con el largo cuchillo. Noté el empujón del morro en mi muñeca, pero no advertí el corte de la

hoja. Caí al suelo empujado por el peso del mastín. Y advertí sus fauces húmedas delante de mi cara.

—¡Qué haces! ¡Sultán! ¡Aquí! ¡Quieto!

En unos segundos se plantó ante mí el sujeto que gritaba, y agarró el collar del monstruo.

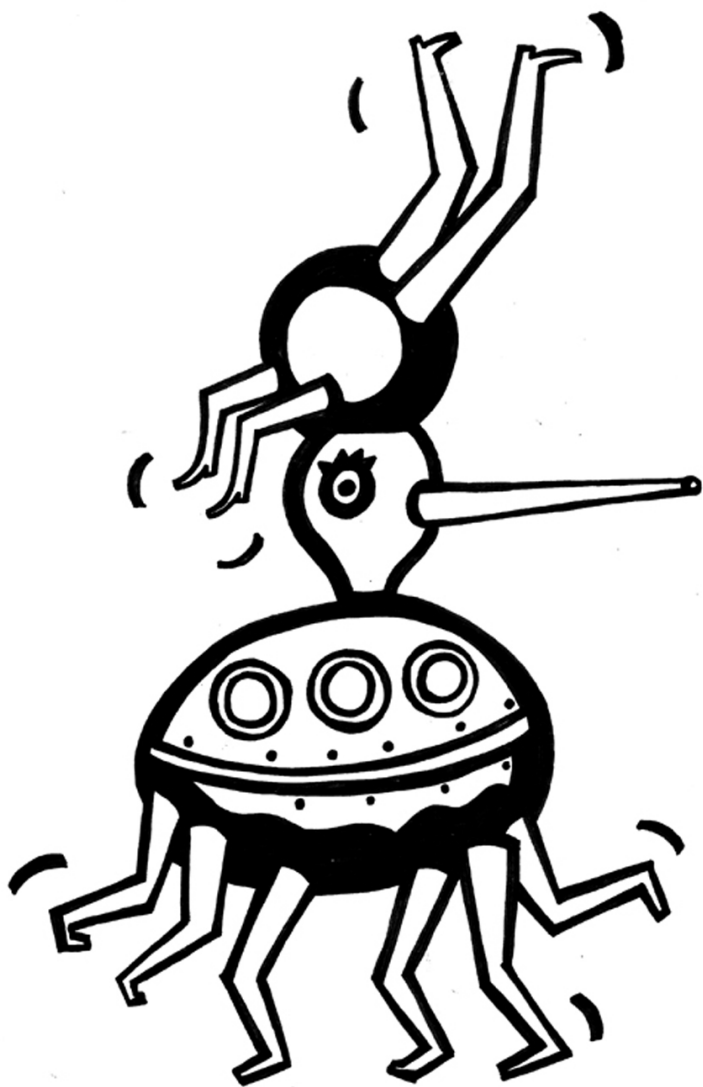
—¿Le ha hecho algo? ¡Estaba jugando! ¡Es incapaz de morder! ¿A que no le ha mordido?

Intenté ponerme en pié y me enredé en la toga. Algo viscoso ensuciaba mi garganta. No era la baba del mastín.

—¿Pero, qué has hecho, Sultán? ¡Hijo de puta! —Gritó el sujeto, sacudiendo varios golpes al perro—. No se mueva, señor. No se mueva. Voy a buscar una ambulancia.

Me incorporé de lado, y lo primero que vi fue el cuchillo carnicero, manchado de un líquido oscuro que salía de mi yugular. Intenté taponarla, pero no servía de nada.

Entonces supe que sólo podía hacer una cosa. Cerrar los ojos, concentrarme en el dibujo de Maurits Cornelis Escher, y esperar que la mano invisible volviera a dibujar, en sentido inverso, el grabado de la metamorfosis imperceptible, antes de ahogarme en mi sucia cobardía.



Simulacro de realidad

Waltraud García

En tromba entró Mr Godeye en Recepción. Sin avisar. Como un okupa perseguido por los antidisturbios.

“¡Soy Mr Godeye, y quiero hablar con Sabine Poehlmann!”

Retumbaba su voz con ecos míticos, aunque tenía cara de vendedor de aspiradoras, y venía envuelto en una capa con esclavina.

“¿Quién dice usted que es, señor?”, trinó una maniquí de poca monta. Mas antes de acabar sintió un tironcito en el borde de la falda y supo que no debía haber hablado.

Por un instante interminable la escena se congeló como un anuncio de automóviles. Figurines con atuendos oscuros, porteros de librea minimalista, servicio de seguridad con tahalíes de diseño, la escenografía zen del escaparate receptivo, todo estaba vuelto hacia la mítica voz. Pero en unos segundos

perdieron interés, y regresaron a su rol publicitario, convencidos de que el visitante no era digno de su tiempo. La inconstancia de lo efímero.

“¡Soy Mr Godeye, y...!”

“Señor Godeye”, le interrumpió una voz que arañaba igual que la punta de un cuchillo en un espejo. “La señorita Poehlmann está de vacaciones.”

Era Hembra Impecable. Había saltado desde unas bambalinas de pórvido rosado, y con ojos de hielo miraba al energúmeno del capote.

“Sé que está de vacaciones. Suelo saberlo todo. Pero necesito dejarle un mensaje. Una transmisión física, no una teofanía”

“Entréguemelo a mí. Se lo daré en cuanto aparezca. Soy su supervisora.”

La gélida elegante dio un paso hacia el sabelotodo con un bloc de notas imposible y un bolígrafo tan postmoderno en las manos que podía haber sido hurtado del mismísimo despacho de Martin Heidegger. El membrete del cuaderno rezaba IOPEDET. No era ni una broma ni un enigma, sino el Instituto Oficial de Promoción Empresarial y Desarrollo Tecnológico, la realidad gris tras el zaguán fulgente.

“Este es el mensaje. Apunte.” Y Mr Godeye se

abrió el capote al hablar, pero no apareció nada. Sólo un hueco, un vacío, un más allá. Con su voz de trueno cavernoso dictaba lentamente: “Siempre te observo. Ojos en secreto te observo. Ojos conspirativos. Ojos vigilantes. Ojos de la Ley. Ojos de guarda con tahalí de cuero, chapa de bronce y linterna de pila ancha, colilla apagada entre los labios... ¿Te acuerdas? Los ojos del firmamento te observo despiadado, vengativo halcón, sin asomo de misericordia. Te observo Ojos de la Ley que has quebrantado. La Ley no hay otra vida dice que clavada en el corazón. Llevar.”

“¿Qué?”, soltó Hembra Impecable sin levantar la vista del cuaderno, perdido el rumbo de sus anotaciones.

“¿Qué?”, repitió Mr Godeye.

“¿Es eso todo?”

“Esto sólo es el principio.” Había un tono de sarcasmo o quizá de amenaza. “¿Ha tomado buena nota?”

Cerró sobre la nada su capa, se dio media vuelta (entonces fue cuando pudo verse la esclavina) y abandonó como un relámpago la aséptica sede del IOPEDET.

Durante unos minutos fue como si Mr Godeye no hubiera estado nunca. Al final, uno de los

maniqués con el torso cruzado por tirantes descolgó el pescuezo por encima del hombro de la gélida elegante. Mas no pudo leer nada, pues nada había escrito en el cuaderno.

“¿Qué decía ese pavo de Sabine?”

“Creo que le ha lanzado una maldición.”

“Olía raro.”

“A vagabundo. A sin techo. A refugio de pobres.”

“¿Una maldición, dices?”

“¿No lo crees?”, dijo Hembra Impecable apartándose del tronco colgante de Cabeza Curiosa, dirigiéndole una mirada destructora como un acorazado de bolsillo.

Una marea oleaginosa inundaba periódicamente de fatiga a Sabine. Crecía en su interior, anunciando que al retirarse dejaría las vísceras pringadas de alquitrán (más diluido que el asfalto, pero alquitrán).

Remontaba el hastío cada una de sus vértebras. Y al llegar a la garganta superaba todas las marcas previas de desdicha. Con el paso de las horas, la desdicha se convertía en fatiga. Luego, la fatiga se transformaba en vergüenza. Y finalmente, de nuevo

en abatimiento.

Mas ahora ya no era igual. Ahora él no estaba. Se lo había llevado el sol de mediodía, a él y a una descacharrada bicicleta. Una fuerza misteriosa había borrado su existencia al filo de las doce, entre campos de cereal y girasoles. Una Fuerza Imperceptible.

Sabine no creía en las fuerzas ocultas, pero no podía encontrar otra explicación mejor. Se había evaporado casi delante de sus ojos.

Había hecho dragar el río. Partidas de agricultores ávidos de morbo, gendarmes con kepis de charol, braceros negros y tuaregs sin turbante habían peinado el término municipal, corrales, caseríos, bosques, cunetas, descampados, sin encontrar ni rastro. Nada.

Nada anormal había ocurrido aquel día sofocante, ni antes ni después de que los campanarios de las viejas iglesias desgranaran el Ángelus. Pasó el día entero y ni siquiera llovió. Se puso el sol entre los nubarrones, y Daniel Poehlmann, el esposo de Sabine, no apareció. Jamás volvió del secretísimo lugar en el que se había precipitado: ¿El légamo del río, engullido por un monstruo burlón de lo moderno?, ¿el nítido interior de una nave industrial extraterrestre?, ¿el Limbo de los Santos Inocentes? ¿Otra dimensión, otra vida desde la que seguir emitiendo sobre ella su

consistente proyección espacio-temporal?

“El otro lado del espejo”, se dijo Sabine. “Me está observando desde el otro lado del espejo.”

En su vida anterior hubo un hecho destacable. Un amante. Hecho que le parecía más extraordinario que su doble maternidad. Por coincidencia o por una confusa relación causa-efecto, la aventura comenzó poco después de haber leído “La educación sentimental”, de Gustavo Flaubert. Los amantes apenas se veían, pero hablaban mucho por teléfono. Él no decía “Te echo de menos”, o “Echo de menos tu olor”, o “Echo de menos tus caricias y tus besos”. Él decía “Tengo mono de tu gruta manante o de tus volcanes pálidos”, o “Cuando te vea te voy a poner la mano encima del universo y la voy a dejar allí hasta que se convierta en un fósil”. Y Sabine acercaba los labios al auricular y le provocaba con voz ardiente: “¿Me comerás? Mmm. ¿Qué?” “Toda. Empezaré por la selva negra”. Esto le daba celos, porque Sabine era rubia; tenía la convicción de que la confundía con otra. Mas todo era artificio. Como cuando le decía de espaldas a él, sentada al borde de la cama, “¿Cuántas amantes tienes, mi rey?” “Ninguna”. “¿Y yo?” “Tú eres mi mujer objeto”.

También era mentira, porque después de todo, no era una amante excepcional, aunque ella aparentase creerlo. Los actos sexuales (clamorosos,

sincrónicos) eran tan sensatos, tan cuerdos, que de haber sido más frecuentes no habrían tardado en volverse una rutina. Sin embargo, con su amante Sabine había conocido la pasión, la exaltación, las turbulencias del amor y del sexo. Pero sobre todo había experimentado una relación sin asechanzas, sin angustia, sin pensamientos ocultos, sin falsas esperanzas, sin decepciones. Se habían amado tan intensa como armoniosamente. Sabine, que siempre se había tenido por una mujer maldita por la suerte, se reconcilió con su horóscopo, y comprendió que la mejor fantasía es la que se alcanza con las manos y viene servida por el capricho del destino.

(“¡Vaya! ¡Vaya!” diría Mr Godeye sin levantar su voz mitológica, un poco meditabundo.)

Ya no necesitaba un hombre fascinante, poderoso, muy rico, atrevido, insaciable. Sólo le bastaba esto: sentirse deseada, sin dudas, sin reproches; que estuviera dispuesto, siempre, hasta a mentir por ella, a no tener vergüenza, a besarla a escondidas, a hacer cosas vulgares, a reírle las gracias por sosas que fueran, a despedirse con una carantoña sentimentaloides, a llamarla por teléfono en horas inoportunas, a no hablarle nunca de lo hundido que estaba, a comprarle picardías y lápices de labios de colores circenses, a decirle “Te quiero, pero no te lo creas, que te puedes dar una hostia”. No, esto último

no le gustaba.

Al final se la había dado. Él a ella. Con otra. Pasa casi todos los días. Sale en las películas, en las novelas y en las series de televisión. Sobre todo en primavera y en otoño, cuando cambia la estación y llueve los fines de semana; el cielo encapotado parece llevar años así, y no hay signos en el horizonte, como si alguien hubiera detenido el tiempo cronológico y atmosférico a las cuatro y cuarto de la tarde.

“Nos vemos mañana en la salida del Metro de Opera”. O “Espérame en el jardín que hay al lado de la iglesia de San Sulpicio, te leeré unos versos”.

Durante algunos años había sido así. Luego, dejó de serlo.

Ahora, constatada la desaparición de su marido, le sorprendió reconocer que ni siquiera la plomiza tensión del ocaso había hecho renacer la nostalgia de su amante. Durante tanto tiempo, una herida sin cerrar. Y de pronto, una cicatriz a punto de convertirse en un surco más acumulado sobre su piel.

Pensó, me gustaría llamarle y decirle “Daniel se ha ido, no sé dónde ha ido, pero ya no está, se ha perdido con su bicicleta por las llanuras de Borgoña. Iba delante de mí, como a un kilómetro, y al llegar a un cambio de rasante quizá debió de tirar por otro camino, el caso es que no sé nada de él desde

entonces, hace ya... ¿Te parece absurdo? A mí también. Y a la policía. ¿Tú qué haces? ¿Nos vemos a la salida del metro?”

Era una fantasía.

Sabine también se acordó de Gustavo Flaubert, de quien ya había leído “Madame Bovary” y “Salambó”. Le habían fascinado tanto ambas protagonistas, que cuando la inercia matrimonial se le hacía insoportable, descarrilaba de ella y pasaba ratos alternativamente en Yonville y en Cartago. La desaparición de Daniel le trajo a la memoria aquellas evasiones literarias, con leves efectos emocionales, como si fueran estaciones desiertas durante un viaje nocturno en un tren correo.

Carlota Warden había pasado muchas horas identificando fantasmas. Gran parte de su tiempo libre lo había dedicado a los fantasmas. Cuando era niña, se privaba de jugar con sus amiguitas en una calle por la que entonces apenas pasaban coches, para reflexionar sobre los fantasmas. No los de las películas o los de cuentos de miedo, sino los que descubría en su familia, en el colegio y en las visitas que hacía con sus padres a los parientes o a las amistades; visitas protocolarias, visitas rituales, cargadas de esperanza, ambición, buenas intenciones, angustia y

desesperación. Era increíble la cantidad de falsedad e hipocresía que fabricaban los adultos, cosas que llegaban a adquirir tanto crédito, que se convertían en verdades, en realidades húmedas y oleaginosas. Todo el mundo se comportaba como si aquella sarta de mentiras fueran hechos ciertos, probados. De adolescente, las fantasías y apariciones a cuyo análisis Carlota Warden dedicó grandes esfuerzos, fueron las de sus compañeras y compañeros. Tardó, sin embargo, en reconocer los duendazos de tamaño de hipopótamo. Le costó comprender que ella y los demás no podían ser tan dispares: ella tan insegura, tan acobardada, tan acomplejada, y los demás tan campantes, tan guapos, tan atrevidos. Al adquirir la certeza de que no eran más que fantasmas, se originó en su interior un desprecio a sus coetáneos en forma de sarcasmo. Esto le valió la enemistad de casi todos, en especial de los jóvenes varones, a quienes exasperaba que les cogieran en las trampas. Estuvo a punto de arrepentirse de su pasión desenmascaradora, pero antes que aceptar la impostura, optó por consagrarse a la Verdad y se metió a monja. Lo hizo movida por el pánico. Durante su última juventud, Carlota Warden se enfrentó por primera vez a los fantasmas, derrotada, y sintió por fin un gran miedo, ya no desprecio. Lo que más temía era quedarse sola, sobre todo de noche. Pero la vida conventual construyó en ella disciplinas, y consiguió dominar el

pánico. Después de agradecerle a la orden su generosa ayuda, colgó los hábitos y se volvió a matricular en cuarto de Economía y Derecho. Al terminar la carrera, gracias a la influencia de los hábitos, se colocó en una empresa mixta. Luego en el IOPEDET, donde hizo amistad con Sabine Poehlmann, una mujer vulgar cuya mayor angustia era sentirse abandonada por la suerte y haber carecido de maestras.

Ahora, Carlota estaba en casa de Sabine, un chalecito con un jardín tan lustroso que parecía de charol: arriates de flores, césped fino, rocalla cubierta en parte de líquenes, y diminuto huerto dentro de invernadero.

Tomaban café en el salón de estar, en unas sillas rústicas de estilo alemán, frente a un gran espejo de marco metálico repujado, de espaldas al hueco de comunicación con la cocina.

El ambiente era hogareño, cálido, quizá a causa de la luz de una lámpara de mesa de tulipa geométrica, y porque fuera, una tormenta estival precipitaba un falso ocaso.

“Tienes razón. Yo no sé amar. No puedo amar.”

“Perdona, Carlota.”

“No te disculpes, Sabine. A mí no me ofende nada. No tengo sentimientos, sólo reflejos

emocionales: lealtad, resistencia, responsabilidad. Parece que siento, pero no me inmuto ni un pelo.”

“Entonces, ¿estás a mi lado sólo porque debes estar? ¿Sólo por eso?”

“No lo sé. Perdona. ¿Quieres que me vaya?”

“¿No, por favor? Aunque pretendas ser de hielo.”

“¿Sabes que me llaman Hembra Impecable y Ojos de Hielo? Merezco que me llamen así, ¿no te parece?”

Sabine Poehlmann y Carlota Warden bebían café. Habían vaciado ya una jarrita. Sabine se marchó a la cocina a preparar más. En el mostrador separador se encontraba la Melita automática. Retiró el cucurucho lleno de posos mojados y lo sustituyó por otro. Mientras lo hacía, se vio en el espejo sin reconocerse, es decir, sin darse cuenta de que allí había un espejo, y por tanto admitiendo que en el salón podía haber una tercera persona. Al descubrirlo tuvo un sobresalto: ¿He cambiado yo o ha cambiado mi cabeza? Echó varias cucharadas de café molido en el nuevo filtro, rellenó el depósito de la cafetera, y la puso en marcha. Entonces, dijo en voz alta:

“No quiero más café. Me voy a poner como una moto.”

Calló, dejando una mano en el mostrador. Al volver a hablar, se dirigió a la mujer del espejo.

“Es la única prueba de que soy adulta. Los niños no toman café. Y de todos modos, no puedo dormir... Me paso la noche dando vueltas en la cama, dejándome asaltar por las sensaciones. Son como olas: me inundan, se retiran, me inundan, se retiran. Todas las sensaciones de la adolescencia. ¿Te imaginas? Una detrás de otra. Contradictorias, absurdas... De pronto, me siento muy a gusto, protegida, como cuando jugaba a ser mamá a los cinco años, y ponía la mesa igual que mamá, y subía a la terraza detrás de ella con las pinzas, y la veía planchar las camisas de mi padre, y aparecía mi padre y me daba un beso, y yo creía que ese era el mejor de los mundos, que era seguro, que era eterno. Eterno... Aunque mi padre y mi madre no podían pasar veinticuatro horas sin pelearse...”

“¿Pero tú no eras una niña cuando se separaron?”

Sabine regresó al salón de estar con la jarrita rellena de café humeante.

“Sí. Siete años. Por eso. ¿No? ¿De dónde saco yo esas sensaciones de tranquilidad espiritual, precisamente lo que menos había en mi casa...? Y luego, me viene el miedo.”

“¿Pesadillas?”

“¡Si no duermo! El miedo, la angustia, la soledad. Pienso en mis hijos y creo que soy ellos, y siento lo mismo que cuando se marchó mi padre.”

“¿Os dejó?”

“No. Fue una separación sin escándalo, sin números. Mi madre se comportó como si se hubiera marchado de viaje. Pero yo sí que la sentí. Yo sí... Y me digo, ¿qué sentirán mis hijos, ahora, sin su padre? Y en unos segundos la ola se va, y viene otra ola. El hastío de las fiestas, el aburrimiento de los domingos lluviosos. La misma sensación de culpa por no hacer nada, por no tener nada que hacer, y por no querer hacer nada. Yo creía haberla dominado, olvidado, esa sensación de culpa. Pero no, aquí está... El caso es que los primeros días después de la desaparición de Daniel estaba eufórica. ¡Se había esfumado! Él solo, sin que ni yo ni nadie hubiera intervenido. ¡Me había dejado en paz! Se había marchado. Me había abandonado. Me había dejado libre. Ahora podía conocer la felicidad... Está en la Constitución americana: todos tienen derecho a la felicidad. Pero al cabo de los días, la culpa regresó con su sigilo acostumbrado. Y fue como si Daniel no hubiera desaparecido. Fue como si se hubiera escondido y estuviera esperando el momento oportuno para reaparecer... en mi vida.”

“¿Conoces a un tal Mr Godeye?”, preguntó

Carlota Warden, echándose azúcar en la taza rellena de café.

“No me suena ese nombre. ¿Quién es?”

“Me pareció un mago, o un prestidigitador. Va vestido con una capa de tela de gabardina, y habla como si fuera un profeta sin patria.”

“Te pareció...” Sabine sacudió su cuerpo como si hubiera sufrido un calambrazo.

“Se presentó el otro día en IOPEDET y preguntó por ti.”

“¿Qué quería?” La voz de Sabine era un susurro.

“Transmitirte un mensaje.”

“¿Qué mensaje?”, ahora su tono fue defensivo, violento.

“Era un mensaje cifrado. Lo soltó y se largó corriendo. Bueno, casi se evaporó antes de salir de Recepción.”

“¿Un mensaje cifrado? ¿Qué quieres decir?”, preguntó conteniendo un temblor.

“Es una tontería mía. Soltó una sarta de sandeces. Procuré no darle importancia, porque imaginé que sería un asunto privado tuyo.”

“No te entiendo.”

“Un amante despechado”, terminó admitiendo Carlota Warden.

“¿Mr Godeye?” Sabine meditó un segundo. “Traducido significa Ojo de Dios.”

“Sigo creyendo que era un prestidigitador. ¿Seguro que no has tenido una aventura con un prestidigitador?”

“Ojo de Dios. Ojo de Dios. ¿Cuándo apareció ese tipo en IOPEDET?”

“El día de la desaparición de tu marido.”

“¿A qué hora?”

“A las doce.”

Fue en el pequeño supermercado del barrio, a última hora. Estaban cerrando. Mientras Sabine sacaba el dinero para pagar, la cajera le soltó a bocajarro, con ese tono de inocencia que gastan los perversos:

“Señora, ¿es verdad que su marido ha desaparecido de repente junto a un río..., con su bicicleta?... Lo he leído en un periódico.”

Sabine levantó la cabeza hacia ella. Muda, aterrada. Se quedó con el monedero a medio abrir. Sintió que su marido estaba esperando turno al final de la cola.

“Es que sabe usted, señora... La prensa dice tantas mentiras.”

La cajera debió de sentir en la cola algún signo de desaprobación a su impertinencia, o algún signo de impaciencia, y cobró a Sabine sin más comentarios.

Sabine salió del local, pero se quedó en la acera, pegada a la jamba de la puerta. Los clientes pasaron uno a uno por la caja hasta que el pequeño supermercado de barrio se vació. Entonces apareció Mr Godeye por detrás de una estantería con productos de limpieza. Llevaba en un carrito vituallas y artículos suficientes para sobrevivir un mes en el fondo de un pozo con cuarto de baño y cocina.

La cajera fue pasándolos por el identificador de barras codificadas, y luego tendió el recibo a Mr Godeye, declamando el precio a pagar.

Sabine observaba la escena como una liebre oculta a la vista de un perro cazador, pero no a su olfato, congelada de terror, consciente pero incapaz de salir corriendo antes de que el perdiguero perciba su presencia en la punta de su morro húmedo.

“¿Cree usted en los políticos y en los periodistas?”, preguntó Mr Godeye a la cajera, tendiéndole un billete que había sacado por arte de birlibirloque de la nada que tapaba su capote.

“¿En los políticos?”, emitió la cajera, hipnotizada por su cliente. Y al decirlo, vio que se había olvidado de los periodistas. No conviene olvidarse de los periodistas, son muy peligrosos cuando hay algún micrófono abierto.

“Medite usted sobre el siguiente mensaje. Abro comillas, dos puntos: ‘Los periodistas y los políticos se parecen en dos cosas, su desprecio hacia los ciudadanos, y su esmero en producir simulacros de la realidad. Este simulacro es mucho más peligroso que la realidad misma, porque la gente se acostumbra a él y deja que oriente su destino.’ Fin de la cita, fin de las comillas. Punto final. Créame señorita. Todo lo que nos rodea es simulación.”

El principio de la cita fue señalado por Mr Godeye con una de sus manos en alto, encogiendo y estirando los dedos. El final, con la otra mano, haciendo lo mismo. A Sabine Poehlmann le pareció un gesto ridículo, se imaginó a Mr Godeye tocando unas castañuelas en mitad de la Asamblea Nacional, subido al pupitre de los taquígrafos, mirando desafiante a la tribuna de la Prensa. Y se echó a reír en el preciso instante en que Mr Godeye desapareció de golpe. En realidad había cogido un racimo de bolsas de plástico y había salido a la calle. Al pasar por delante de Sabine, el reflejo de un rayo de sol en un cristal la deslumbró, y al recuperar la claridad de

visión, Mr Godeye se había marchado con su capa y sus bolsas de la compra a su hogar gaseoso, que quizá estuviera en la nada tapada por su inmenso capote con esclavina, encerrado en el interior, vuelto del revés, devorado por sí mismo.

“Me gustaría saber”, se intrigaba Sabine de madrugada, “cómo conciben mis hijos la desaparición de su padre. ¡Qué lástima no poder convertirme en aire, flotar hasta su habitación y entrar en sus pulmones, recorrer sus venas hasta sus cerebritos en crecimiento, y buscar en ellos su conciencia! La conciencia tierna de mis hijos. Lugar inaprehensible, indesiguable. Pensamientos que circulan como ráfagas por la bóveda craneal, y salen disparados de allí para comprobar que no estaban en ningún sitio, que habían salido de la inexistencia y se habían fijado en la fina red de un gran colador cóncavo de cocina, como un chorro de caldo de cocido espeso de grasa y menudillos...¡Qué pena no ser un espejo y que mis hijos no sean de cristal! ¿Sentirán dolor, desesperación? ¿Sentirán tristeza? ¿Sentirán resentimiento? ¿Qué explicación darán a sus compañeros de escuela? ¿Que su padre está de viaje? ¿Que les ha abandonado? ¿Que se lo ha tragado la tierra? ¿Que se ha convertido en un fantasma con horario nocturno variable disfrazado de mil cosas?... ¡Ah! Me gustaría tanto ser aire y llegar hasta las

neuronas de los cerebros de mis hijos (¿o hasta su corazón?), para coger a su padre en una pesadilla y decirle lo imbécil que es, lo inhumano que es, lo despreciable que merece que yo le desprecie que tenía que haberme ido yo antes con mis hijos, dejándole ahí despreciado en medio del sueño, flotando en el revés de la conciencia, desprecio es lo que siento y estoy sola y no sé qué voy a hacer, qué estoy haciendo, por qué lloro, merezco mi desprecio. ¿No?”

Semanas después, pasaba Sabine con los niños una mañana de fiesta, en su cuarto-leonera. Sin apenas percibirlo, se fue saliendo de los juegos o quizá es que sus hijos (ambos párvulos, niño y niña) fueron prescindiendo de la adulta poco a poco. Por fin, se quedó del todo fuera. Sentada en la esquina de la litera baja, inclinada hacia delante, encogida sobre las rodillas para no dar con la cabeza en el travesaño de la litera superior, les observaba.

La postura de Sabine forzaba una respiración difícil. De pronto se estiró hacia arriba, y se dio un golpe doloroso en la nuca. Cerró los ojos y sintió que la arrebatava un torbellino de tiempo; es decir, que el tiempo se transformaba en un ciclón concentrado sobre ella, que la absorbía, que la llevaba girando por siglos, épocas, edades y civilizaciones, para devolverla finalmente, escupida fuera del huracán, a la acogedora habitación de sus hijos. Durante esos

segundos en que los que el tiempo fue un caos, Sabine pudo ver que había un hombre jugando con los párvulos. Pero no era su padre, el de ellos, ni siquiera el padre fugado de Sabine. Era su bisabuelo, un tipo venerable que murió poco después del divorcio de los padres de Sabine. Lo supo por la conversación que mantenía con ellos: empleaba oraciones largas, se explicaba a base de metáforas caducas, pronunciaba con precisión y claridad, y parecía contarles a los niños historias de una lejana guerra en la que todavía no había cámaras de cine. Al volver a la realidad presente, Sabine vio que el niño y la niña estaban solos, y que seguían jugando ajenos a la cronología y a la historia.

De súbito se puso melancólica, y pensó “Nada ha cambiado salvo los personajes; ahora no estoy yo tirada en la moqueta, manipulando un Mecano, ahora estoy aquí, mirando cómo construyen ellos cosas absurdas con piezas de plástico de colores”. Y tuvo ganas de volver de un salto a la casa en la que vivió con su familia mientras fue familia, y buscar en el armario de los trastos el Mecano a medio hacer, estudiarlo atentamente y encontrar algo de sentido en él, indicios, premoniciones, una ayuda.

Luego de otra sucesión de semanas, entrado el otoño, también una mañana de fiesta, escuchó una serie de timbrazos. No era la puerta de la calle. Eran

chisporroteos afónicos de bicicleta. Su corazón dio un vuelco, y se quedó paralizada. Los timbrazos volvieron a llamarla. Con lentitud de gata renuente se dirigió al recibidor y se quedó plantada ante la puerta, que tenía paneles de vidrio cubiertos por visillos. Más timbrazos. Sabine se atrevió a correr una de las telas y mirar al exterior. Estaba tan segura de que sería Daniel regresando del légamo del río en el que se había ahogado meses atrás, que le extrañó encontrárselo radiante, más joven, muy serio, como era él, y en actitud solemne, junto a la bicicleta, de la que había desmontado, estirado con aire atlético frente a la puerta del jardín, hecha de tablas verticales terminadas en punta.

Abatida, pero incapaz de oponer resistencia al Destino, abrió. Y en ese instante pensó lo absurdo que era que Daniel no hubiera entrado por su cuenta en la casa, en su casa, puesto que tenía llave, si no la había perdido en su misteriosa égira.

Y la verdad se impuso. La Verdad. La Realidad. En realidad no era Daniel sino un cartero.

“Buenos días, señor.”

“Buenos días, señora. Soy Mr Godwings, y vengo de parte de Mr Godeye. Traigo un mensaje suyo urgente.”

El ciclista no portaba cartera ni mochila. Pero

Sabine se quedó ante él, esperando que sacara un sobre o un telegrama de algún bolsillo.

“¿Tiene usted papel y lápiz? Es un mensaje oral.”

“Puede recitarlo. Tengo buena memoria.”

“En la verde pradera emerge el cachalote, con su cara de pena, su pijama y su hueco, que no troncha ni dobla los dientes de león.” Calló el mensajero unos segundos. “¿Tiene algo que decir?”

Sabine se estiró y sonriendo, dijo.

“Por supuesto. Tengo dos preguntas: ¿Puede una puesta de sol ser gris macizo? Y ¿puede un tren en marcha detenerse una fracción de segundo en la pupila del transeúnte?”

Por un instante la vida quedó en suspenso. Luego siguió su curso inexorable.



La sombra de una mirada

Gaspar Oliver

**Se ve el protagonista entre libros y explica
que le parece raro**

Es fuerza que hable de mí mismo. Quizá me sirva para aceptar mejor mi forzado destino literario. Y esto es lo más chocante. Apenas he leído. Me aburre leer. Pocas veces he aguantado otra cosa que no sea la plana de un diario de crónicas deportivas. Libros, los de mi oficio, y en su tiempo y medida. Soy un español normal, de esos que dicen las gentes que no quieren saber nada. Soy una persona del montón. Aprendí a serlo, y de esta guisa me encuentro muy a gusto. Sé muy pocas cosas de lucimiento, y entre ellas, ninguna de las que me obligaron a estudiar. Sé lo que he aprendido por vía de la experiencia. Nunca me ha hecho falta más.

La vida me ha ganado, como yo la he ganado a ella, sin extravagancias, por lo llano, que es mi elemento. Más de media la he pasado de viaje a lo

largo siempre del mismo recorrido, y sin salirme de él: Madrid-Alicante.

Empecé a viajar siendo aún muy niño: Alicante - Madrid, y vuelta hacia Alicante.

Mi padre era pasante en la notaría de un tío suyo, en Madrid. Mi madre, mujer de poca salud, por no perderla toda hubo de quedarse en la costa. De este modo, él bajaba una vez al mes al Postiguet, y ella y yo subíamos otra a la Ribera de Curtidores. Así anduvimos cruzando la Meseta una porción de años. Hasta que mi padre, un día, se mató de un trastazo en Membrilla a poco de comprarse una motocicleta con *sidecar*. Membrilla está a cosa de una legua de la localidad de Manzanares, en mitad de la provincia de Ciudad Real; por tanto, fuera del itinerario doméstico de mi padre. Con tapado escándalo vino a conocerse dentro de la familia que el hombre viajaba mucho más de lo sabido, y por todas las carreteras de la Mancha. La razón de tan variado circuito es que mi padre era un trapisondista, es decir, un punto dado a la contienda, al alboroto y al enredo, sobre todo el enredo de faldas, que entonces se llevaban dobles, sin contar la enagua, en esos anchos pueblos de Castilla la Nueva.

Quedarse viuda y sanar, vino de golpe. Mi madre pidió prestado a mi abuelo y se mudó conmigo a la Corte. Compró un piso en las afueras, cerca de la

carretera de Aragón, pasadas las Ventas, en la otra orilla del arroyo Abroñigal, que entonces era patio de Monipodio, y ahora es autopista con nombre matemático.

Mi madre era joven y de gran lozanía, pero no quiso saber nada de aventuras sentimentales ni de segundas nupcias. Se dedicó a mí y a administrar la magra pensión y el seguro de vida de mi padre, que siempre fue individuo prevenido.

Así es como crecí en la capital, sin viajar tanto como antes al Mediterráneo, y un poco añorante de él. De la playa guardé durante mucho tiempo en la memoria el olor picante de la orilla, y la humedad nocturna pegada a la madera áspera de las mesas y las sillas plegables de los kioskos donde solíamos cenar la feliz familia del trapisondista oculto, es decir, mi padre, su enfermiza mujer y yo, una tortilla de patatas que sacaba mi madre de una reluciente fiambreira de aluminio.

También guardo recuerdos fragmentados de aquellos viajes primitivos en tren. Son como chispas que saltan a mi conciencia en haces inesperados. Con lucidez conmovedora me siento a mí mismo, muy menudo, abrigado en una manta de viaje, despertar en la oscura madrugada. Despego las costillas de la madera del banco, levanto la cabeza, y veo correr muy cerca lucecitas mortecinas, bultos, casas de

guardagujas, pasos a nivel, muros blancos iluminados por una bombilla sujeta a una pantalla metálica en forma de sombrero, y clavada por un gancho a la pared. A veces, enroscada a unos palos y a unos alambres tendidos, hay una parra de pámpanos jugosos. Todo queda atrás en un instante. En las noches de luna, brillan unas ringleras de humedad entre los caballones que pasan al compás del traqueteo. Al fondo, el perfil serpenteante de las colinas parece separar la madrugada de un fulgor remoto. Cruzan por la ventanilla los postes del telégrafo, y sus dos hilos hacen ante mis ojos combas y alabeos interminables. Disminuye su velocidad el convoy. Se para en una estación desconocida. Golpean los mozos las ruedas macizas de los coches. Se oye una voz. Pega un resoplido la locomotora. Hace sonar su silbido el factor. Arranca el convoy. El silencio de la parada en un lugar de la Mancha que a casi nadie importa vuelve a llenarse de “tristrases”, choques sordos de los topes y quejidos metálicos de las ballestas. La oscilación me vuelve a amodorrar. Y me despierto, a la hora del alba, en Villena, para ver pasar el parquécito de la estación vacío y a media luz; y esto me produce una sensación de tristeza sin fondo. Me arrebujó en mi madre y me duermo otra vez, la caricia de su mano en mi pelo cortado casi al cero.

Pasé la juventud en la capital. Me crié entre mi

barrio y un colegio de frailes. donde no llegué a hacerme bachiller por falta de afición y de entusiasmo hacia la letra impresa. La vida sedentaria me producía un gran desasosiego. Delante de los libros, ponía a dormir mi conciencia y no sacaba mucho de provecho.

Así fue como entré de botones en un despacho de arquitectos, gracias a la mediación del tío de mi padre, el notario. Esperaban que me aficionara al tablero de dibujo por cierta inclinación mía hacia la plástica, que creían haber descubierto mis parientes. Pero yo me pasaba el tiempo sin hacer nada que no fueran recados. Era diligente en ellos, porque me enervaba observar al equipo de delineantes, individuos de edad indefinida, con bigote, gafas, pantalón de percal y camisa blanca arremangada; me agotaba verlos al cabo de las horas inclinados sobre los tableros copiando líneas y poniendo sombras.

Por fin, mi abuelo el de Alicante dio en el clavo que remediaría mi indolencia. Me hizo comisionista. Empecé a viajar en compañía de un tipo bajito y regordete que representaba una porción de ramos de la industria alicantina. De él me quedó la afición a los vegueros y un buen oído para distinguir a los de Alcoy sobre los de cualquier pueblo de Valencia, por su endemoniado acento al hablar en castellano. Aquel hombre de Alcoy fumaba habanos en cantidad, como siempre lo han hecho los tratantes, sin quitarse el

cigarro de la boca como no sea para saludar a las señoras. El tipo era obstinado, gris, ceniciento, como las cañadas profundas de la ciudad alicantina, llenas de fábricas laboriosas con música de telares.

Aconsejado por él me hice perito mercantil (él decía “périto”, con una “e” muy abierta). Los textos sobre contabilidad y derecho son los únicos libros que he leído en toda mi vida. Lo demás han sido crónicas deportivas los lunes y del corazón en la consulta del dentista.

Al cabo tuve que vérmelas yo solo. Por partida doble. Mi abuelo falleció casi centenario, mi madre volvió a enfermar, y hubo de largarse de nuevo hacia las tierras cálidas del Mediterráneo.

Representé a fabricantes de hilo y capas de mesa camilla de Alcoy, a jugueteros de Ibi, a industriales de la manta de Onteniente y Albaida, a zapateros de Novelda y de Elche, a turroneiros de Jijona. Los representé a todos en la Corte. Mi mercado era Madrid, mis proveedores, Alicante y sus ciudades industriales. Del centro a la periferia, cruzando la árida meseta, fueron pasando para mí los años.

De pronto, cayó sobre Europa la crisis económica. Estragos causó en las plurales tierras de España y Portugal. A mí, en concreto, me hizo fosfatina.

Descubre el protagonista, estupefacto, que aman los humanos a sabor y conveniencia

Empecé a viajar poco. Y a lo mejor por eso me vino la oportunidad de echarme novia. Se trataba de la dependienta de una tienda de tejidos para hábitos de la calle de las Postas, cuyo dueño era cliente mío. No sé si me enamoré de aquella chica, pero me gustaba. Tener mis ocios ocupados con ella, de paseo o en el cine, me producía una gran tranquilidad, me hacía sentirme uno más de aquellos madrileños de edad pareja a la mía que preparaban un cambio a su vida. Yo confieso que no preparaba nada de propósito, simplemente hacía lo que los demás, porque es un buen consejo no distinguirse demasiado de la gente.

Mi novia tenía el rostro ovalado, de piel suave y cetrina; el pelo liso, negro, de un brillo aceitunado, que a veces se recogía en un moño, y unos ojos verdes algo rasgados de aire gatuno, ensombrecidos por unas gafas con graduación de culo de vaso.

A mí, lo que más me gustaba era pasear. Iba a buscar a mi novia por la tarde, poco antes de que echara el cierre al negocio. Caminábamos calle Mayor abajo y recorríamos una sucesión de siglos sin enterarnos. En Bailén, dábamos la espalda al Viaducto y nos íbamos hacia Palacio. Nos entreteníamos largo rato en el balcón que da a los jardines del Campo del Moro, a un lado de la plaza de la Armería. Allí, a

aquellas horas, desierta la plaza de Oriente y sus alrededores de marmotas, de niños y de *chorchis* o soldados, podía uno sentirse un poco dueño de la ciudad, sobre la que caía lentamente el ocaso.

Abajo y a lo lejos, contemplábamos un paisaje al que el crepúsculo dotaba de solemnidad. El Manzanares, encajonado en sillares de granito, pasaba bajo los viejos puentes del Rey y de Segovia. Más allá, remontando la cañada, la avenida de Portugal y el paseo de Extremadura vaciaban la Corte de tráfico motorizado hacia los altos de Aluche y Carabanchel. Frente a nuestro balcón, la Casa de Campo, una mancha verde oscura, se extendía en dirección al norte, y se confundía con las dehesas de Pozuelo, Majadahonda y Las Rozas. Al fondo, un telón de cendales ardía largo rato en tonos cárdenos y carmesíes sobre el Guadarrama.

Me satisfacía grandemente tener novia, porque podía compartir con ella la caída del sol, de espaldas a la ciudad bullidora, pero dentro de ella. No me gustaba salir, no, en busca de la excelencia de aquella larga y luminosa cordillera Central que a tantos atraía. Prefería quedarme y mirarla a lo lejos, quieta y serena.

Sin embargo, desconocía yo entonces la diferencia entre el deseo soñado y la realidad mostrenca. La visión imponente del Guadarrama en el crepúsculo me indujo a desearla. Un domingo me fui

allí, dispuesto a realizar el sueño con mi novia. Nos metimos en un tren de cercanías, lleno hasta los topes de una turba bullanguera, y nos apeamos (vale más decir que nos apearon) en Cercedilla. El tumulto duró hasta lo más alto de Navacerrada, donde había tantos coches como gentío. Yo estaba atónito, porque había viajado, pero jamás como turista. Mi novia se puso melancólica. Por huir de la aglomeración, nos tiramos a andar por el monte de Cotos, pero no podíamos apartarnos de la multitud desparramada. Por primera vez tuve una idea de lo que significa una ciudad millonaria, algo en lo que nunca había reparado, porque vivía en el interior del hormiguero y nunca había visto a una masa fuera de su continente urbano, sin calles y edificios.

Escondidos tras unos lentiscos, a la sombra de pinos formidables, empezamos mi novia y yo a achucharnos. Pero los dos nos dimos cuenta a la vez de que actuábamos por falta de otro entretenimiento, por matar el rato y por la ansiedad que nos había causado aquel viaje al tumultuoso paraíso.

Nunca más volví a ir al campo. El campo fue para mí una gran mentira. El verdadero goce, el bucolismo, está en mirar al campo sin poner los pies en él, desde el balcón de la plaza de la Armería o desde un vehículo en marcha.

En mis viajes a Alicante, la Mancha de Toledo,

de Cuenca y de Albacete, era un paisaje monótono de matices variables, algunas veces bellos. Tapices verdes en primavera, con las motas pardas de las cepas o las motas verdinegras de los olivos. Tapices cenicientos en otoño y en invierno, tan desolados que transmiten el frío. Calcinados en verano, como arrasados por una lava invisible, de vibraciones engañosas con apariencia acuática. Pero todo ello, visto desde el tren o el autocar, observado, no experimentado.

Mi máximo interés en las tierras que yo cruzaba cada poco era mirar el recorrido en el mapa. Los nombres de los pueblos y villas me sonaban a rústico, me daban una sensación de tosquedad y horterismo: Bonete, La Gineta, El Provencio, Villarrobledo, Casillas de Marín de Abajo. No quería yo saber nada de aquello.

Mi novia era de un pueblo de pasado ilustre, Cadalso de los Vidrios. Pero para mí el pasado era algo inexistente. Nunca visité Cadalso. De hecho, desde la excursión al Guadarrama ya no volvimos a asomarnos al balcón de la plaza de la Armería. Inventamos un recorrido por la Cava hasta la Puerta Cerrada; luego nos metíamos por la calle del Nuncio, bajábamos a la plaza de San Andrés por la costanilla de San Pedro, y subíamos a la Plaza Mayor por travesías y escalinatas de nombre rotundo, entre viejos

palacios de piedra y sólidas casas de ladrillo con austeros forjados en las ventanas. A nosotros todo aquello nos era indiferente porque el barrio nos pertenecía y no necesitábamos justificar la propiedad con la historia.

No siempre hacíamos este paseo. También íbamos al cine y a tomar café en los que había entonces en la calle del Arenal, o a cenar bocadillos de calamares y raciones de boquerones y de patatas bravas en las tascas con fregadero de acero, siempre rebosante de agua, de la calle de Tetuán; o a comprar un pastelito a la plaza del Celenque.

Luego, acompañaba a mi novia a su casa en la calle de Bordadoras por el pasadizo de San Ginés. En el pasadizo había un puesto de libros de lance. Yo alguna vez me paraba y miraba. A mi novia le compré dos o tres novelas de amor, en ediciones de los años veinte, con las páginas sin desbarbar y con damas estilizadas y caballeros vestidos de *esport* en la portada.

¡Ah! También recuerdo haber llevado a mi novia al baile del domingo del Centro Asturiano. En otra ocasión la llevé a los toros, en las Ventas. Era la primera vez. Para mí al menos, y fue terrible, los ojos ahítos de sangre y de violencia, descabellos, lances temerarios, banderillas, puyazos y revolcones. Yo jamás había ido a los toros, pero me pareció indicado

invitar a mi novia. Muchos lo hacían. Nunca volví a ir.

Otra tarde la llevé al teatro, al Eslava, en función de noche. No recuerdo lo que ponían, ni quién interpretaba. También era la primera vez que me metía en aquel espectáculo. Me impresionaron las luces, el decorado, la gesticulación y las voces exageradas de los actores, los palcos polvorientos de platea, y las alturas sonoras del gallinero, desde donde contemplábamos la función. Al salir, mi novia me invitó a su casa, porque su familia se había ido a Cadalso a un entierro o a un bautizo. La memoria que tengo de aquellas veladas es de un tono fantástico, como si no me hubieran ocurrido a mí, como si fueran una representación de la que acabo de salir.

Otros ratos ardientes pasamos juntos mi novia y yo. Pero ya no los asocio, como esos primeros, al arte taurino y al dramático. Fueron ratos de un sabor más vulgar, comunes.

Mi novia era una mujer de fiebre alta, pero yo no lo sabía, quizá porque tenía pocos términos de comparación. Además, ella poseía una visión flamenca (eso pensaba yo) de la vida. Solía decir que quería ser libre, que no se plegaría nunca a nadie. Lo decía con estas palabras. Yo interpreté que me advertía ante una proposición de matrimonio, y me guardé de hacérsela. Esto para mí no era ninguna

pesadumbre. No me veía yo casado. No me hacía idea de lo que sería estar casado, sin duda porque apenas lo había experimentado en mi familia. De una manera inconsciente, reinaba en mí la esperanza de que todo siguiera así, ni bien ni mal, un curso mediocre, con excesos esporádicos pero calculados. Esperaba que nada cambiara, que mi vida fuera así eternamente, vulgar, indiferente.

Veía a los amigos de mi barrio caer a mi alrededor como moscas, pero ni las bodas ajenas conseguían sacarme de mi letargo. Sin embargo, el cambio de las cosas acechaba sin que yo me diera cuenta ni lo deseara.

Cierto mes de noviembre, se me estropeó un viaje a Almansa, y decidí levantarme tarde. Al salir a la calle tuve una sensación extraña, de hueco, de catástrofe. Pero hacía tanto frío que me dio por pensar que era el fatal aburrimiento de una mañana vacía.

A pie, Alcalá arriba, me llegué a la Puerta del Sol, sin propósito ni destino calculado. A medida que me metía en el centro el ambiente era más fúnebre y la atmósfera más plomiza. En la esquina de Montera, decidí, por las buenas, ir a buscar a mi novia. Nada más enfilar Postas la vi por un momento echando el pestillo a la tienda. Pensé, qué tarde es. El reloj de Gobernación acababa de dar la media de la una. Me fui al portal, a esperarla. Pero no salía.

Me asomé al cuchitril de la portera, por ver si la había visto abandonar la pañería por el patio interior al portal contiguo, pero no había nadie, sólo ese aire de conclusión, de epílogo, que se respiraba en la calle.

Entré en el patio, un pozo húmedo empedrado de adoquines, con una fuente de hierro colado en una esquina. Me metí hacia la escalera de detrás, pero la puerta de la tienda también estaba cerrada. De dentro salía un gran escándalo radiofónico. Levanté el brazo para llamar, y me quedé con la mano inerte, arriba, como saludando a un ausente. La voz atiplada de un locutor decía algo de un triste suceso. De este modo me enteré de que Franco había muerto.

El locutor siguió hablando del Caudillo, de su vida, enfermedad y muerte. De pronto me entró pánico. Quise estar junto a mi novia. Necesitaba alguna seguridad de alguien. El locutor calló, y empezó a sonar música fúnebre o clásica, para mí era lo mismo.

Entonces noté, como si lo estuviera viendo, que los pelos de la nuca se me ponían de punta. El miedo se me transformó en angustia. Por encima de los violines, las trompetas y los timbales que celebraban la muerte del Generalísimo, escuché lo que ocurría allí dentro.

Agudos, desgarrados, escuchaba yo los gritos de mi novia. Los mismos que solía dar cuando gozaba

conmigo. Exactamente iguales.

Le dicen que ha errado el siglo, y el protagonista se lo toma a mal

Durante algunos meses los amigos del barrio me hicieron piadosa compañía. Entre todos querían hacerme ver que nada había cambiado, pero la ficción no resultaba. Todo estaba a punto de echar a correr en dirección al infinito.

La mayoría de mis amigos seguían viviendo por Ventas o en Quintana o, como muy lejos, en la Cruz de los Caídos. Algunos se habían casado. Me llevaban al cine, y luego completábamos la velada en un café moderno de aire inglés o en casa de alguno de ellos. Las novias y las mujeres de mis camaradas solían traer amigas a las fiestas, cosa que me pesaba más que distraerme, porque me debía forzar a ser amable e ingenioso. Yo entonces no me daba cuenta, pero eso mismo era el primer síntoma del cambio que se operaba en todas partes, también en mí, a pesar mío, y a hurtadillas.

A veces tenía que disputar con la gente sobre la calidad moral de mi ex-novia. Después del incidente no había vuelto a verla. Ella me llamó, por completo ajena a que la había descubierto. Yo no supe decírselo, y le di evasivas. No habría soportado verla.

Debió de percatarse de que yo sabía algo. Quizá imaginó que alguien me lo había dicho, o le dio noticia de que el día que murió Franco yo andaba cerca de la tienda. Después de unas cuantas veces, no volvió a telefonar. Así me quitó toda oportunidad de regresar con ella a la vida tópica del noviazgo. Con dolorosa claridad me di cuenta de que ella no perdía nada olvidándome. Yo sí que perdí, gran parte de la estima que tenía de mí mismo. Pero me libré de un matrimonio desgraciado. Con esta idea, que me prestó alguien, me animé pronto.

Lo malo es que, además de la novia, me había quedado casi sin trabajo. Era el cambio de los tiempos, que yo no percibía. Lo más que alcanzaba a ver era un futuro turbio. El mío, porque el de los demás me traía al fresco. Y no por egoísmo. Para gente como yo, vulgar, sin ambiciones, el destino propio es el destino del pueblo. Yo veía a mi alrededor a la gente compartir mis estrecheces. Todo lo demás, la calle, los periódicos, era jaleo, verborrea, paños calientes y, al final, desencanto. Conmigo no iba nada de eso.

Me hablaron de un trabajo. No estaba mejor pagado que el mío ni era más cómodo. Pero parecía estable. Me presenté en una oficina limpia, luminosa, de muebles lineales, paredes con cuadros indescifrables y administrativas con aire de duquesas.

Me hicieron una prueba. La prueba consistía en contestar preguntas muy breves. Una de ellas era, si se viera usted obligado a matar a su padre o a su madre, a cual de los dos sacrificaría. La leí más de diez veces. Al final la dejé sin contestar.

Al cabo de los días me enviaron una carta en la que lamentaban comunicarme que no había sido seleccionado.

Cosa de año y medio después se enderezó mi situación, que era la de la mayoría. A lo mejor es que ya no había crisis. Nunca he comprendido cuándo hay crisis y cuándo lo parece, cuándo están avisando de ella y cuándo la dan por pasada. *Crisis*. El diccionario decía: *f. Mutación considerable de una enfermedad./ Por ext. Momento decisivo de un negocio y de consecuencias importantes*. Era el diccionario de un sobrino segundo mío que hacía el bachiller. Por una vez que me molestaba en consultar un libro, no me sacaba de dudas.

Tiempo después de aquella prueba absurda, tuve de compañero de viaje en el tren Madrid-Alicante al individuo que me entregó los papeles llenos de disparates con los que querían saber si yo valía o no valía. Él no me reconoció. Estaba incómodo y malhumorado. Había tenido que usar el ferrocarril por falta de aviones. España era un desastre sin solución. La incuria española hacía perder tiempo y

dinero, cosas valiosísimas, a gente como él. ¿Sabe usted a lo que yo me dedico?, me dijo campanudo. A ahorrar tiempo, dije yo con cierto retintín. El tipo me miró muy sorprendido, y antes de darle oportunidad de hablar, seguí: Yo me paso casi un cuarto de mi vida viajando, y estoy hecho a todo. Últimamente, he mejorado un rato. ¿Se refiere usted a la Renfe?, preguntó. No, a mí mismo; tengo un trabajo mejor que el de antes; en este país se empieza a respirar, dije por llevarle la contraria, puesto que jamás había tenido opiniones serias sobre el país. ¡Ah, sí! Yo soy ejecutivo de una multinacional, no entiendo de política, dijo. Tuve la sensación de que hablaba con un extranjero. Se lo dije, ¿Es usted extranjero? ¿Yo?, y me miró con cierto aire despectivo bajo el que se descubría una inmensa satisfacción, la de parecer extranjero, Bueno, yo me he educado en el extranjero; y, ¿sabe usted la impresión que tuve al volver? Que volvía al siglo XIX. ¿Sabe usted cuándo ha empezado el siglo XX en España? No me molesté en responderle, no lo sabía, pero él tampoco esperó a que yo dijera nada. El siglo XX empezó en España hacia 1960, después del Plan de Estabilización de Alberto Ullastres. ¿Qué le parece a usted?, dijo desafiante. Y yo: No sé quién es Alberto Ullastres.

Días duró el eco de esta conversación en mi cabeza. Así que en eso consistía el cambio que pasaba

sobre mí, el cambio que yo ignoraba. El siglo se había renovado furtivamente, y me había dejado a mí atrás. Aquel individuo, que quería saber si mataría yo a mi padre antes que a mi madre o al revés, me había echado en cara un error de siglo.

¿Me había equivocado yo de siglo? ¿Habían venido él y sus colegas, educados en América, a meternos a los españoles, en concreto a mí, un evidente anacronismo, a pescozones en el siglo XX?

Pasa el tiempo, prospera nuestro hombre y ahora no se admira

Corrieron los años. Yo, al principio, detrás de ellos y con la lengua fuera. La prosperidad, por fin, vino a esta tierra. ¿De Europa o de Nueva York?, me preguntaba desconcertado. Había visto cambiar tanto las ciudades que había representado y donde había representado como viajante, que me parecía que yo y toda la recua de mis anónimos compatriotas habíamos, sí, dado un salto de siglos en un decenio. Además, esta tesis la sostenían voces eminentes.

Había cambiado España, fuerza es reconocerlo. Y los españoles, bueno, algunos españoles, se habían hecho ricos. Yo no alcancé tanto, pero tuve hasta un coche con teléfono. Ahora diré cómo llegué a este punto.

De mis amigos del barrio hubo tres especies: los que se hicieron funcionarios del Estado, los que entraron en negocios, y los que no se atrevieron a cambiar el paso y siguieron como estaban: yo, el más vivo ejemplo.

Soltero. Tardes de cine. Aventurillas preparadas con chicas que saben lo que uno quiere. Viajes a Alicante en *Intercity*. Arroz a banda los domingos que pasaba en casa de mi madre. La Mancha, inmensa, ignorada, florida, cenicienta. A veces, me pasaba que al cruzar Toledo o Albacete no reconocía un paisaje, un recodo me parecía nuevo, original. Era un engaño de la imaginación, una trampa de la memoria.

Veía crecer las ciudades, los pueblos, construirse naves, factorías, puentes voladizos sobre pasos a nivel y carreteras que veinte años atrás eran una cinta estrecha de gravilla y alquitrán. Veía cambiar los cultivos en los campos, arrancar cepas, sembrar maíz irrigado a base de ruedas inmensas con cañerías móviles. Veía desaparecer lomas, levantarse caseríos de aire forastero, salir gasolineras como hongos, cambiar los tablones de las vías por viguetas de cemento, poner tendido eléctrico de Madrid a Albacete, de Albacete a La Encina, de La Encina a Alicante.

Era consciente de los cambios. No me perdía uno, estaba atento a ellos. Tenía que hacerlo para no

quedarme atrás, para no volver al siglo XIX. Y de pronto, en una curva, un allozo, un almendro silvestre, o una tanda de olivos, me parecían otros. Yo sabía que eran los mismos que al ir o al volver la última vez. Pero tenía la impresión de verlos con ojos diferentes. ¿Era España o yo el que cambiaba?

Mucho y bueno habíamos cambiado.

Me había puesto al servicio de un antiguo compañero de colegio. Era empresario. Tenía una fábrica de vigas y elementos de construcción en Arganda de Rey, y vendía mucho en la costa de Alicante. Ahora había invertido la dirección de mis negocios, de la Meseta al litoral.

Este hombre rico había entrado en negocios con otro viejo discípulo del colegio de frailes. Un tipo que era un alto cargo en varios ministerios. Probablemente era alto cargo en uno solo, pero su actividad frenética hacía ver que valía por cuatro o cinco altos cargos.

Entre los dos, y alguno más que nunca tuve interés en conocer, montaron un tinglado formidable. Varios tinglados. De uno de ellos, yo era testaferro. Me hice incluso del partido, porque el tinglado en cuestión era un instrumento financiero de la organización política del que, tangencial y privadamente, se beneficiaban otros.

Las razones de mi afiliación me las puso mi amigo muy a las claras. Mira chaval, hasta ahora, hacer negocio era una exclusiva de las derechas. Los caciques, los industriales y los banqueros se han repartido hasta ahora la tajada. ¿Y sabes de dónde procedían todos? Del pueblo, y de los pueblos. Desde que Mendizábal expropió a los curas, en este país se ha ido haciendo rica mucha gente rústica y hortera, pero despabilada. El dinero y el tiempo les han hecho dignos. Pero el tiempo está ahora de nuestra parte, chaval. El tiempo, ahora, es nuestro, de la segunda oleada de hijos de rústicos, la clase media educada en colegios de pago. Hemos llegado. Nos toca renovar la sociedad. Es la ley de la vida, estamos mejor adaptados a la economía de mercado. ¿Te das cuenta?

Yo no me daba mucha cuenta. Yo no sabía quién era ese Mendizábal, un amigo de Alberto Ullastres, sin duda, un tipo formidable que había sacado a España del siglo XIX gracias a un fabuloso Plan de Estabilización en los años sesenta, cuando en mi casa se comía media manzana de postre porque había que ahorrar.

**Se enamora nuestro hombre en momento
inoportuno,
según dicen que suele suceder**

Digo pues que el cambio fabuloso me bastó y aún me quedó sobrado. ¿Quién me iba a mí a decir que, a edad de cuarenta años, iba yo a tener un automóvil de inmensa cilindrada con aire acondicionado y teléfono? ¿Quién me habría vaticinado que compraría un piso en Ciudad Lineal?

Se espaciaron mis viajes, pero no variaron el recorrido. La incomodidad mayor era salir de la gran ciudad. Dejar Madrid era librar una batalla en una ciénaga, ir desprendiéndose de un légamo con adherencias de gases tóxicos, de mentiras y de sueños. Dejaba atrás suburbios hacinados y con aspecto de haber sido víctimas de un ataque nuclear, factorías ruinosas, inmensos almacenes de chatarra, barrios cubistas con acacias raquílicas en alcorques destripados, alineaciones de torva frustración y aburrimiento. Decenas de kilómetros duraba el despegue de la mugre urbana. Los efectos de Madrid se dejaban notar en el paisaje como si por allí hubiera pasado un enjambre de forajidos.

Estos efectos alcanzaban más allá de Villatobas. En Corral de Almaguer empezaba la limpia y ondulada llanura. Después, la monotonía de los

eriales, los cotos, los barbechos, y las anchas hojas de campo sembrado de trigo o de cebada.

De uno de estos viajes guardo un recuerdo extravagante. Fue en un bar de carretera o de estación de servicio, entre Mota del Cuervo, Las Pedroñeras o El Provencio. En tierras de Cuenca, en todo caso.

Entré a tomar un refresco, y me topé con el ejecutivo inquieto que me había enviado años atrás al siglo XIX. Estaba solo en una mesa, vestido con la misma elegancia forastera. Sobre la mesa había un bolso de mujer, y un abrigo de piel doblado en el respaldo de una silla. Yo pensé, es de la amante. No me cupo ninguna duda, ni me avergonzó ser temerario. No era intuición, era un hecho, lo estaba presenciando. Me acerqué a él, me planté delante de la mesa y me quedé allí, derecho, sin decir nada, esperando que él levantara la vista y me mirara. Quería que me reconociera. Pero cuando me descubrió, vi que sus pupilas sólo mostraban un brillo sordo de recelo por la presencia de un desconocido que le retaba en silencio. Por fin, después de un largo suspenso, le dije, ¿qué, ha matado usted a su padre o a su madre? ¿Por quién se ha decidido? En ese momento apareció la querida, una mujer a la que hacían muy alta los tacones. Pero lo más estupendo es que era mi antigua novia, la que me engañaba con el amo de la pañería de las Postas. Ella sí que se dio

cuenta de que yo era yo sin ser el mismo, y tuve la impresión de que quería huir. Mas se contuvo con un esfuerzo notorio, se puso a mi lado, me cogió del brazo sonriendo, y me besó en la mejilla con naturalidad, como si se hubiera citado conmigo el día anterior. Estuve a punto de sentarme con ellos un rato.

Pero enseguida comprendí que no podría hacerlo porque yo había forjado aquella escena en mi adormilada cabeza.

Me desperecé con inquietud, pagué la consumición al mozo, y regresé a mi automóvil para seguir mi camino uniforme. Nada más entrar en el vehículo volví a sentirme seguro, dueño de mi amor propio. Había alcanzado a ser otro, un tipo afortunado, moderno, de su época. Había dejado atrás siglos de anacronismos.

Esa mudanza, que se advertía a todas luces en el coche de inmensa cilindrada y el estudio-apartamento de veinte kilos, también había hecho mella en mi carácter y en mi suerte.

La esposa de mi amigo el empresario era una mujer joven, aun no había cumplido los treinta años. Era una chica desenvuelta, y sin preocupaciones para ganarse la vida. Como era persona activa y no quería sentirse una muñeca, se dedicaba al arte, quiero decir que recorría España visitando exposiciones y

conociendo a artistas. Compraba muchos cuadros, y cuando hubo llenado las paredes de sus casas y un par de trasteros, tuvo la ocurrencia de hacerse marchante.

En esta idea estaba ella un día que yo tenía de asueto en Alicante. Me hizo acompañarla al salón espacioso de una caja de ahorros y me instruyó en pintura. Lo que colgaba de los muros me resultaba indiferente, eran cosas que yo daba por buenas merced al entusiasmo de mi cicerona, pero en las que veía poco mérito, que es lo que la mayoría busca en las obras de los hombres. Y sin embargo, estaba entusiasmado. Me sorprendía de mí mismo. Quizá lo culto es lo fingido, pensaba yo; muestras acuerdo con media docena de berzas en la excelencia de algo, y empiezas a ser un iniciado.

Pero ni la mujer de mi amigo era una berzas ni yo fingía nada. Toda mi excitación estaba en sentir la compañía de la hembra, de aquella hembra. La conocía desde antes de casarse, y me costó admitir que, en secreto, incluso para mí mismo, la había deseado muchas veces.

¿Qué fue lo que hizo brotar en mi conciencia el querer oculto? No puedo saberlo. Sólo me percataba de que era otro, de que había cambiado. El mundo era ya otro. Y en este nuevo mundo todo era posible si uno se sabía procurar la astucia o la temeridad necesaria.

¿No hay sujetos que pasan más de un año dando vueltas a la tierra colgados de los cielos? ¿No hay gente que cruza el Polo Sur en trineos caninos por deporte? ¿No hay quien se aventura solo en el desierto, en la taiga, en el océano por ver si es posible llegar o por llegar primero? ¿No hay próceres millonarios que han salido de la nada? ¿No se desmoronan los sueños seculares de igualdad comunista en un plazo de meses? ¿No hay ancianos que rejuvenecen? ¿No hay mujeres imbatidas por la edad? ¿No hay sexo, dinero y poder a porrillo, al alcance de cualquiera? De cualquiera como yo.

Al abandonar la exposición, la mujer de mi amigo se colgó de mi brazo y, como dos novios, anduvimos por paseos y explanadas de magnolios y palmeras, a la vera del mar Mediterráneo, desde Benalúa hasta la estación del ferrocarril de la Marina.

Un mes después, tuve a aquella mujer de pasajera en el coche.

Durante largo rato no nos dijimos nada. Salíamos de Madrid como quien se va de un funeral. Mudos los dos, encerrado cada uno en sí mismo. Mi único pensamiento era qué podría hacer para seducirla. Esto, en otras circunstancias, lejos de ella, como propósito aplazable, me habría provocado risa o pena. Nunca llegué a tenerme por un badulaque en cosa de mujeres, pero mi experiencia siempre fue más

bien corriente, y mis éxitos, encarrilados por las fórmulas y las situaciones previstas. Encima, jamás se me había ocurrido pretender a la mujer de un amigo. Mientras quedaban atrás los últimos eriales sembrados de papeles y de bolsas de plástico, reconocía que mi habilidad para el requiebro no daba para mucho.

Y sin embargo, una seguridad desconocida me lanzaba a empujones a seducir a aquella mujer. Tenía casi cuatrocientos kilómetros por delante para conseguirlo. Conducía tranquilo, casi con frialdad. Pero a la vez sentía la sucesión de mojones metálicos con miedo, los kilómetros se sumaban poco a poco y podría entrar en la desolación del suburbio alicantino sin haber hecho el intento.

Así que paré en una fonda para darme un respiro, y tomamos un desayuno.

Empezamos a hablar. Yo, con elocuencia apasionada, impropia, ajena. ¿De quién? Ella, con la desenvoltura cotidiana, con optimismo, con ingenuidad. Recuerdo que le dije, me gustaría haber tenido la suerte que tú has tenido. ¿Qué suerte?, me dijo ella. No parece que tú estés en la miseria, ni tuerto ni lisiado. Yo contesté, me refiero a tu juventud, a tu belleza, y a un futuro de prosperidad ilimitado. Pero yo en realidad quería decir, me faltas tú.

Volvimos al camino. Y en medio de un campo seco, con parches de hierbajos y unas encinas gruesas dispersas aquí y allá, me acometió una súbita melancolía. Como si todo el cielo, de un zarco limpísimo, atravesado de cendales deshilachados, se me hubiera caído en el pecho como un turbión. La opresión fue tan violenta, que levanté de golpe el pié del pedal. El coche reaccionó como si le hubieran pisado el freno.

La mujer de mi amigo se volvió hacia mí con cierta alarma. Enseguida intuyó, estoy seguro, lo que pasaba por mí. También estoy seguro de que me dio a entender algo sin despegar los labios, porque de otro modo yo no le habría hablado de aquella manera atropellada pero intuitivamente astuta. Fue esto lo que hablé: te voy a decir lo que yo envidio; echo en falta haber conocido una mujer como tú, en otro momento... Eso es lo que echo en falta, una mujer como tú. Pero, no me hagas caso. Y aceleré, restablecido, recuperado el optimismo, descargado el fardo de mi melancolía. Tan vital me sentí que di unas palmaditas cariñosas en la pierna de la mujer. Lo hice involuntariamente, sin tener para nada en cuenta lo que puede transmitirse con un gesto.

Me estremeció notar que su mano se ponía sobre la mía y la sujetaba. Giré el rostro, volví a desacelerar, esta vez pisando el freno, y la oí decir, ¿Y

qué importa el momento? El caso es que me conoces. Tanto lo deseaba que me pareció que se dirigía a otra persona, no a mí, un pánfilo con suerte.

Aparece Llano de la Contemplación y habla de cosas ambiguas

Aquella mujer me hizo descubrir que yo nunca había estado enamorado. Mi relación con mi novia había sido biológica y social. Yo había actuado de acuerdo con mis inclinaciones y con el común consejo de las gentes. Pero no había estado enamorado de ella. Me había comportado con mi novia de un modo maquinal, obedeciendo a impulsos hormonales y copiando esquemas de conducta. El poso negativo de aquella experiencia me ahorró nuevos posibles chascos y los quebraderos de cabeza del matrimonio inerte. Mis sentimientos amorosos permanecían incólumes en el fondo del vulgar lago de mi vida personal.

Por eso caló hondo aquella mujer en mí, me enamoré hasta honduras jamás sospechadas, porque nadie había bajado allí a removerlas. Me vitalizó, me sacó de mi inercia. Al tomar conciencia de estas cosas me sentía yo aún más a tono con la época. Todavía joven, cultivador del cuerpo y sus recursos, aprendí a vestir y sacar hondo provecho a los ratos de pasión.

Buscaba escenarios y tramaba historias de corte novelesco para alejar las sospechas del marido, mi amigo. Sólo ella superaba mi imaginación y mi desvergüenza.

Hubo momentos en que me atreví a aventurar, por deducirlo del osado desparpajo con el que mentía a su esposo, que me quería. Pero no me duraba mucho la ilusión. También me convertí en un tipo realista, al menos creía serlo. Tan seguro estaba de amarla sin freno, como de lo efímero de aquel amor. Posiblemente la aguda conciencia de esto último desataba los arrebatos de mi atrevimiento.

Un buen día, empezó a preocuparme mi amigo. Me pregunté, con frialdad, si le estaba haciendo daño. También se lo pregunté a ella y me contestó que no, en tanto no se enterara. Luego, sentí celos de él, envidia, rabia, porque él la tenía siempre y yo a ratos furtivos. Me di cuenta de un hecho irónico: aquel rodeo dialéctico que empleé para seducir a la mujer de mi amigo, aquella confesión sustitutoria en la que yo eché en falta la juventud y la hermosura, no fueron ninguna celada sentimental para provocar su instinto protector. Eran verdades como puños.

Tan identificado llegué a estar en ciertos instantes con mi nuevo papel de hombre moderno, que pensé que quizá podía convencer a aquella mujer para que se quedara conmigo.

Y esta idea me llevó, por necesidades lógicas, a plantearme mi propia actitud ante los negocios. Hasta ese momento yo era un testafarro, un tipo sin poder ni voluntad. Para estar en condiciones de atraer a la mujer debía adquirir ambas cualidades. En los instantes de más exaltación de mi razonamiento, me veía como un héroe moderno. ¿No era ése el espíritu del tiempo? Triunfar, enriquecerse, poseer.

Sin embargo, a la embriaguez seguía una resaca lúcida. Me daba cuenta de que el sentido común era mi medio y mi salvaguarda, y que fuera de él, naufragaría. Así, de inmediato me apesaba la ira, ¿qué habría de hacer?, ¿renunciar a ella?

Entonces forjé el único plan sensato: atraerla al único terreno que pisaba yo con solidez, ofrecerle nada más lo que yo podía darle, lo que yo era de verdad, poca cosa, un tipo con frecuencia pusilánime. En el plan encontré argumentos de esperanza: para ella, abandonar a su marido y venir conmigo significaba una penitencia, un camino de renunciaciones. Si aceptaba, demostraría ser de una calidad digna del mayor amor, hasta de la locura y el disparate. En otras palabras, su aceptación me redimiría, me renovarían, me daría alientos para llegar a cualquier parte, ya sin engaño, sin ocultarme detrás de ningún hombre fuerte o institución magnánima, sin doblez, sin inmoralidad. Ella me haría puro y fuerte. Sólo ella podía hacerlo.

También encontré en el plan una razón para el consuelo: si no lo aceptaba, mostraba la mezquindad de su alma.

Largas semanas de amarga incertidumbre me costó decidirme. Y cuando lo hice, exangüe, sin ser ni dueño de mis sentidos ni consciente de mis actos (sé que conducía mi coche de gama alta, pero no recuerdo por dónde), ella me dio una respuesta inesperada. Me sonrió en silencio. Luego me preguntó si lo tenía claro. Y al yo reafirmarme dijo que mi propuesta era algo tan serio que merecía un plazo de maduración.

Durante unos minutos de atontamiento y gloria pensé que quizá se terminara viniendo conmigo. Pero enseguida el orden natural de las cosas se impuso y comprendí que este aplazamiento de ella era una artimaña para no defraudarme mirándome a la cara.

No me quedó más remedio que admitir lo que no se atrevía a decirme.

Se me vació el aliento. Me quedé sin vida. Pensé que morir era el mejor remedio. Imaginé: le dejaré una carta, para que sienta mi muerte. Quería hacerle daño.

Así fue como me desvié, por vez primera y última, de mi camino secular y fui a parar a mi actual destino.

Una mañana de invierno, en Albacete, me equivoqué de salida en la autovía, y no me molesté en rectificar. Dejé que el coche se dirigiera solo. Atravesé llanuras que me parecían interminables, pasé por poblaciones de nombre sonoro, que hasta ese momento sólo había visto en el mapa: Barrax, Munera, Lezuza, El Ballestero. Los panoramas a veces se hacían tumultuosos, me metía en vaguadas, en barrancos secos. Veía a los lados de la carretera densos bosques de encinas, olivares profundos, filas de álamos deshojados, tremendos, como esqueletos oscilantes plantados a la orilla de riachuelos. Veía caseríos blanquísimos, montoncitos puntiagudos de piedras, que se llaman majanos, en mitad de hazas rayadas por surcos infinitos. Pero no veía a nadie. Sólo yo y el paisaje desnudo, intemporal. Me habría creído en otra época de no ser por la cinta de la carretera, asfaltada con irregularidad y salpicada de baches. En una estación de servicio, se me acercó una muchacha y me pidió que la llevara a no sé qué lugar. La dejé subir. Me dijo su nombre: Llano de la Contemplación.

Si tuviera necesidad de describir a la muchacha aquella, me vería en un brete. No puedo recordar nada de su apariencia, como tampoco sabéis vosotros nada de la mía. Pero sus palabras sí que puedo oírlas aún, como si las conservara en el rodillo metálico de un

viejo gramófono.

Me contó que se sentía una sombra, que recorría el mundo como una sombra saltando a través de épocas y lugares sin parar en ninguno de ellos. Dijo que era su forma de vida y que le hacía encontrarse muy a gusto, porque de tanto vagar iba perdiendo los rasgos personales de su conciencia, y que no siendo nada, uno lo es todo, no se padece y se aproxima uno a la verdad. Yo le dije que también a mí me gustaría hacer lo mismo, y ella se burló, porque esas ideas las confiesan todos los seres humanos, pues saben que no las llevarán a cabo nunca porque son inconvenientes. Dijo, con este coche no llegarías muy lejos vagabundeando. Yo repliqué que me parecía lo contrario, siempre que el depósito llevara carburante. Ella me dijo, no, solo y desnudo se va por muchos más caminos.

Esta conversación llena de ambigüedades, distraía mi dolor, y así continuamos hablando largo rato. Le pregunté a dónde tenía que llevarla y me dijo que le bastaba acompañarme, que no me preocupara, que ya se saldría del cuento. Esto último no lo entendí. Quiso saber quién era yo, y le conté que un hombre moderno de un país de la Comunidad Económica Europea, antes Mercado Común, medianamente situado, nada culto e interesado en vivir lo mejor posible. Pensaba que estaba haciendo

mi retrato. Me preguntó si también era demócrata, le dije que sí, pero no entusiasta de la acción política, más bien observador. ¿Por qué me lo preguntas?, dije. Es por algo que me intriga, no sé qué es la democracia; y si la democracia es la raíz de los tiempos modernos, mientras no la comprenda, no entenderé los tiempos. Fíjate en los hombres, le indiqué disfrutando de aquellos momentos de exaltada lucidez, no en sus quimeras; es el hombre el que hace al dios, no el dios al hombre; bueno, eso es lo que yo creo, vacilé, porque no estaba seguro de haber expresado bien esta idea prestada. Pero es que los hombres, me dijo, han sido siempre iguales, y no tienen traza de cambiar; lo que no entiendo es por qué tienen en tan gran lugar a la democracia, si no es más que un mito del presente. Quizá no dure mucho. Quizá, dijo la chica; se inventará otra cosa.

Sin darme casi cuenta había ido entrando en una nube baja que poco a poco se fue espesando. Durante un corto trecho callamos los dos. Luego quise volver a hablar, pero no encontré nada valioso que decir y opté por no romper aquel grato silencio.

A medida que me iba metiendo en la niebla, notaba que perdía mi asidero de las cosas. En lugar de conducir mi coche de decenas de caballos, parecía que me arrastraba un aire muy liviano, pero de fuerza ineluctable. Pronto dejé de ver cosa que no fuera una

blancura impenetrable. Ni mis manos alcanzaba a distinguir con los ojos y tampoco las sentía. Me percibía yo, entero, pero avanzando hacia lugares imposibles. Tampoco veía a Llano de la Contemplación. Había dejado de preocuparme la humana compañía. En esto noté unos golpes bajo mis posaderas, como si el vehículo hubiera perdido los amortiguadores, como si viajara en un carro. La niebla desapareció de golpe.

Frente a mí, vi a un tipo estrafalario subido en un caballo viejo. Venía armado de armas desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete de cuero, y una burda celada por montera. Parado en su jaco famélico, dijo el espectro:

—¿Adónde vais, hermanos? ¿Qué carro es éste, qué lleváis en él y qué banderas son aquéstras?

En efecto, vi que yo iba subido a un carro tirado por mulas, que transportaba un gran cajón de madera muy basta. De carrero iba un hombre que explicó a la aparición que llevaba dos bravos leones del general de Orán para su majestad el rey. Y el sujeto de la lanza y la adarga volvió a hablar, sonriéndose un poco:

—¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos y a tales horas?

Y el tipo, inflado de un valor demente, instó a que se le soltaran los leones, que él daría cuenta de

ellos por no sé qué caballerescas razones y en favor de cierta hermosa dama suya que habitaba en El Toboso.

Pasada esta aventura, dicha de los leones, y que yo encajé del mejor grado, aunque no exento de una perplejidad muy suave, se me tornó a borrar el escenario y los actores, y no volví a distinguir algo sino al cabo de un rato. Mientras llegaba ese momento de la claridad, escuché decir a un hombre sensato, todo vestido de camuza verde, (cosa que sabía, pero no podía percibir):

—Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos a comer hoy, si Dios fuere servido. Soy más que medianamente rico y es mi nombre don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mis dos hijos, y con mis amigos.

Se entretuvo en detallar sus aficiones, y terminó diciendo:

—Ni gusto murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas ni soy lince de los hechos de los otros; oigo misa cada día, reparto mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de buenas obras por no dar entrada en mi corazón la hipocresía y la vanagloria.

Todavía dijo algunas cosas más el caballero del Verde Gabán. Pero con eso me bastó para saber que

por fin había mudado de época. Y según pronto supe, atrapado entre libros viejos, que después se han dado en llamar clásicos.

Por eso empecé esta historia advirtiendo que mi destino ha sido sobremanera chocante. Un tipo casi analfabeto, como yo, he acabado saltando de una fábula a otra como la sombra de una mirada, como Llano de la Contemplación. Me veo unos días entre rimas de Garcilaso, otros en la prosa castiza de Hernando de Rojas, o me voy mucho más atrás en los siglos y paseo por la sierra de Guadarrama en compañía del Arcipreste y una moza garrida. En fin, voy donde me lleve esta biblioteca sin estantes que es la imaginación y el pensamiento, de la cual todos los seres humanos sacan gusto y provecho. Sé que nunca viviré de nuevo dentro de mi piel y alrededor de mis vísceras. Pero no me preocupa. Creo que jamás nadie tuvo mucha consideración por mí, cosa que tampoco me importó. Porque, ¿quién no se transforma en pura ficción al cabo de los siglos, si logra sobrevivir a la memoria de su tiempo? Todo es impresión, nada es certeza.



Encuentros fortuitos en el jardín

Segismundo Bombardier

Verónica Deriba

Una tibia madrugada de este invierno Verónica Deriba paró un taxi.

El auto desvió su solitaria carrera hacia el bordillo, y se detuvo runroneando a la altura de la noctámbula.

Sentada junto al chófer iba una mujer con cara de maleta, posiblemente su señora.

Pero Verónica no reparó en ningún detalle, sumida en la humillación, el desengaño y la compasión hacia sí misma.

—Lléveme a —Verónica dio una vaga dirección de las afueras.

Al aproximarse al suburbio y tener que ampliar detalles, hizo como que había olvidado algo y pidió al

taxista que volviera al lugar de partida.

Lléveme a casa, a Toulouse, al principio de los tiempos, al vientre de mi madre. Vuelva *usted* atrás, cuando vivía Franco, y yo creía que Franco era el gendarme de la puerta de al lado, que sacudía a su mujer y a sus hijos y les llamaba *salaud*.

Entonces se le encendió el deseo. Inoportuno, tardío, inútil. Ocurrió al buscar los cuartos para pagar el viaje, al apartarse el abrigo de conejo y hurgar en el bolsillo de la falda. Útil y oportuno habría sido una hora antes, en la "Explanada de los Condonos", atrapada en los brazos de Bernardo el Insistente.

Habían cenado juntos una selecta variedad de pinchos con cañas de cerveza en un salón castizo. Habían ido al cine, en versión original. Y al salir, Bernardo el Insistente la había invitado a su casa.

—¿Vamos a mi casa, Verónica?

—No.

Sin explicaciones, sin excusas. Aunque se muera de ganas, que no se muere, porque él sólo la desea, no la ama. Y ella no desea deseo sino amor.

—¿Te llevo a la tuya y me invitas a una copa?

—Simpático y atrevido.

—No —Sin más. Ya está.

—¿Por qué?

—Porque no bebo —La evasión más fácil

—Pero no seas inconsecuente una vez más, Verónica. ¿No me habías dicho que no estaban ni tu marido ni tu hija? —El Insistente carga su queja de un acento infantil, enfurruñado

—Sí. Están en la Sierra. En el chalé de mis suegros —con la mirada al frente, desde el otro lado de un muro espeso, aunque invisible, que sostiene Verónica entre los dos.

—Lo que tú quieras, Verónica —cede Bernardo con resignación.

Una sumisión atávica, quizá otra cosa, provoca el pánico en la hembra. Nota un súbito frío y se aprieta al sujeto, que no reacciona. Siente ella que el frío le baja de las raíces de su pelo de estopa, atraviesa el interior de la cara, que percibe vacía como una máscara, desciende por la espina dorsal, y se posa en sus vísceras. El frío se extiende por todos los rincones de su cuerpo suavecito volviéndolo de hielo, como un aviso de la muerte.

—Quiero hablar contigo, Bernardo —asomando la cabeza por encima del muro virtual que les separa y les une.

—Piensa en algún tema nuevo, que a mí se me han acabado —replica él, mohino.

—¿Qué quieres de mí? ¿Mi cuerpo? —Pregunta en un tono que fuerza demoledor, pero se queda en melodramático.

—Es lo más atractivo, desde luego.

“¿Por qué eres tan cínico? ¿Por qué sois tan cínicos?”, se calla.

—Sólo mi cuerpo —susurra Verónica en un tono de calculado desconsuelo.

Pasean en silencio, espaciando comentarios tan huecos y vacíos que quedan colgando de la luz de las farolas, dando vueltas por las calles de un barrio desahuciado.

Luego se dirigen a los suburbios ricos, por carreteras que parecen túneles entre plátanos de Indias alfombrados de hojarasca. Despacito.

Desembocan en un erial lleno de coches aparcados. Bernardo le informa del popular topónimo, "la Explanada de los Condoneos".

Deja pasar un rato, y al no encontrar protestas sino un turbio silencio, el tipo inicia el trabajo para el que ha hecho tantos preparativos.

Le saca Bernardo la blusa de la falda para colar

las manos. Se topa con una camiseta de franela, y se detiene perdido. Baja luego a las piernas y le aparta tela.

Verónica es un robot sin baterías, ni colabora ni ofrece resistencia. Esta vez es preciso dejar que suceda. ¿Por qué están allí, si no? El tipo se mueve cada vez con más torpeza, al borde del naufragio.

Finalmente ella le besa, sus labios en la carne, pero su mente en Babia o en Toulouse, donde nació y vivió hasta que murió Franco., y le ayuda en la última barrera: los panties y las bragas. Luego le quita a Bernardo el jersey y le desabotona la camisa.

Bernardo tira entonces de la ropa de la mujer hacia el cuello.

—Espera —Y ella misma se suelta el sostén. No busca el anticlímax, le sale solo.

Carne con carne. Caricias. Labios. Lenguas. Y toca que él entre y es difícil, sin apenas flujo vaginal.

Siento indiferencia. Siento indiferencia. Pero he de dejarle hacer, aunque no quiera. Yo no quiero, y él no lo quiere demasiado. Quizá nada. No hay amor. Sólo condones. Pero hay que terminarlo, ¿por qué estamos aquí si no?

De vuelta a casa, Verónica se apeó a dos manzanas de su portal, para andar un poco a la

intemperie, para darse tiempo a sentir la melancolía de la madrugada. De pronto, quiso huir, y paró el taxi.

Y así volvemos al comienzo.

Al tocarse el muslo, la mano en el bolsillo buscando una moneda de quinientas pesetas, fue cuando sintió el fuego del deseo. Miró por un segundo el cogote de la momia que acompañaba al taxista, y ni siquiera así controló la inoportuna ebullición erótica.

Subiendo en el viejo ascensor dejó caer al suelo el bolso y el abrigo y se buscó a sí misma con las manos ante el espejo de *art-déco*. Su cara ardía, sin rastro apenas de edad ni sufrimiento. Olvidaba, se asomaba al otro mundo. Se encontró en sus pupilas, que hacía brillar el desvarío.

Y así se estuvo, sin percatarse de que el ascensor había parado en su rellano, inclinándose hacia el espejo, hasta dar con la frente en él los topetazos de la expansión final.

Cerró los ojos, y al recobrar la conciencia de lo rutinario, se encontró con una cara que abominó reconocer. Había frente a ella una mujer echada contra un espejo, doblada por la cintura, con una mano en el vientre, como si acabara de recibir un golpe bajo.

Al entrar en el piso Quinto C del edificio

modernista, fue derecha hacia el cuarto de su hija. Quería encontrarla, dormidita en su cama, al lado del pupitre, con un peluche sobre la alfombra, todavía con cinco años, sonriendo, sin salir del sueño, en respuesta al beso de mamá. Verónica Deriba no quería saber que su hija tenía ya quince, y que no dormía esa noche en casa. Interrumpió todo movimiento al sentir en su mano el pomo de la puerta, redondo y dorado. Y en ese instante percibió físicamente que estaba a punto de atravesar, sin posibilidad de vuelta, el umbral de los cuarenta. Giró la mano, empujó la puerta, y entró en un bello jardín iluminado por la luz mortecina del amanecer.

Rosario Péndol

"La Felicidad existe. Persiguela."

Parece un mandamiento, pensó Rosario Péndol, y soltó por la boca una serie de nerviosos chorritos de humo.

Una vez, Rosario Péndol se descubrió en un espejo tirando el humo. ¡Qué sorpresa! Lo hacía por la comisura izquierda de sus finos labios, con una involuntaria mueca de demencia. Es natural, soy joven, estoy loca.

Así sería Rosario: unos veinticinco años, pelo negro

ondulado, mirada de gata callejera añorante de pedigrí, y carne de almendra sin tostar. Más bien bajita. Encerrada en su cascarón.

"La Felicidad existe. Persiguela."

Rosario levantó una lámina transparente sobre su cabeza, se puso de espaldas a la ventana del zaquizamí en el que tenía su estudio, y la contempló. Representaba la satisfacción, el orgullo profesional. Y, disimuladamente, la nostalgia. Pronto sería la máquina, no sus manos, quien conseguiría artes finales mucho más perfectos que los del ingenio vivo.

He aquí otros enunciados de la lámina transparente: *"Catálogo del perfecto imbécil"*. *"Atajos para llevarlo al huerto"*. *"Moda íntima: oscuro objeto del deseo"*.

Rosario salió del estudio y por un estrecho pasillo se dirigió a otro cuartito soleado. Junto a la ventana, que se asomaba a un barrio de tejados centenarios y a la torre enrojecida de una iglesia neo mudéjar, estaba la máquina prodigiosa: el cajoncito sobre un escabel, la pantalla sobre dos guías viejas de teléfono, y el teclado sobre una mesa de comedor enorme que había pertenecido a sus abuelos. Infinitas porciones de información binaria y versátil, capaz de transformarse en números, en letras, en operaciones matemáticas, en fichero contable, en geómetra, en

escribano, en tipógrafo, linotipista, cajista, montador, estampador, y dentro de nada, en rotativa de ocho cuerpos. Diseño por ordenador. La última palabra.

Se plantó la muchacha delante del instrumento prodigioso, lo conectó, escuchó su runruneo mecánico, y cuando en la pantalla se detuvo la sucesión de avisos y quedó con sus iconos fijos, de un azul fosforescente, Rosario alzó la lámina en un gesto consagradorio, se la enseñó a MacKintosh, y le dijo en tono de advertencia, "Esto lo he hecho yo, ¡que lo sepas! Con mis manos y la ayuda de la Repromáster, que no tiene chips ni leches raras, calculando los tiempos a ojo. Tú lo harás mejor, vale, pero cuando yo lo diga, y como me dé a mí la gana". Apagó el cerebro electrónico, se dio media vuelta y retornó al estudio.

En el camino se desvió a una espelunca no mayor que un armario ancho, que contenía un retrete sin taza. Colocó en el suelo, frente a ella, la transparencia, puso los pies en las plantillas de loza, se bajó los pantalones, se agachó y se puso a mear. Y de esta guisa hizo el descubrimiento, a la luz mortecina del ventanuco abierto en lo alto, por encima de la cisterna siseante. La felicidad existía, pero había que perseguirla con mayor tino. Había compuesto "*Persiguela*", sin acento. Le pareció oír la risa de MacKintosh, el Autocorrector, en el cuartito de al lado.

De pronto, toda la convicción de aquel cartel, para publicitar una revista mensual en los quioscos, se vino abajo. Era como si, presas de una súbita flojera, las rotundas sentencias se hubieran escurrido hasta el suelo del retrete y se estuvieran dirigiendo hacia el agujero de los excrementos.

Rosario imaginó a la chica que acompañaba la sarta de rótulos, grabada en otra plancha. Su ademán se comerse el mundo de una carcajada, perfilado al lado de las frases, se había evaporado, se le había helado la risa. Rosario Péndol sintió el frío en sus nalgas.

En esto, sonó el teléfono.

Rosario se apresuró a componerse los pantalones y salió zumbando del retrete. La transparencia se quedó en él, como abandonada en un hospicio.

—¡Hola, Rosi! —Era la voz cantarina de Manuel, uno de los compañeros de piso de la diseñadora —Acaba de llegar un telegrama para ti. ¿Vas a venir a comer?

—No puedo, cielo. ¿Por qué no me lo lees?

—Por eso te llamaba. Por si es un encargo.

Manuel hacía vida de pareja con Ludolfo. Para la diseñadora Péndol constituían el triángulo ideal:

dos hombres a lo suyo y en otra alcoba una mujer independiente, sin interferencias eróticas. Rosario se dedicaba por entero a su profesión.

Manuel tardó en volver a hablar.

—No es ningún encargo —Nuevo silencio, como si se hubiera cortado la línea.

—¿Pero qué dice, tío, que me tienes en vilo?

—Es personal. Lo siento.

—Mi vida no tiene secretos. Venga.

—Haces mal, Rosi. ¿Por qué no lo cierro, hago como que no lo he leído, y te lo dejo en tu alcoba?

—¡Una mala noticia!

—Más que mala, impertinente. Es de tu novio.

—Yo no tengo novio, Manuel.

—Bueno, del último ligue, un tal Cándido.

—Que le den por saco.

—¡Qué bestia eres!

—¿Me lo lees o qué?

—Es un poco largo —Manuel se resistía—. ¿Te lo leo?

—¡Que sí!

—“Te ciega el resplandor de cada fogonazo de

tu desalmada Repromáster. Llegarás a creerte las mentiras que reproduces. Pensé que podrías ser mi Reprovenus, altiva Atenea. ¿Sólo te interesa tu propia intimidad? ¿Y los demás, qué tenemos, el corazón de piedra? Si alguna vez te olvidas un poco de tus falacias, búscame. Te sigo amando. Cándido.” Lo siento.

—¿Dice "lo siento"?

—No, lo he dicho yo. No quería leerte esto, Rosi. Sé que no eres así. Pero le has debido de hacer daño al chico.

—¿Que le he hecho daño yo? ¿Y él a mí? — Rosario tragó aire—. Vale, es verdad, soy inconstante con los tíos. Llegan a creer que estoy loca por ellos. Pero no finjo, te lo juro. Es que soy como un castillo de fuegos artificiales, duro lo que tardo en encenderme. Enseguida me aburro. Después de un par de semanas, me empiezo a sentir mi madre o mi tía o mi hermana la que está casada con el militar de Ceuta. Yo soy yo enterita, no un veinte o un treinta por ciento. ¿Me entiendes?

Rosario Péndol contuvo un sollozo.

—¿Por qué no te vienes a comer, Rosi?

—¿Qué hay?

—Guisado de pollo con alcachofas.

—Vale —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. A las dos y media.

Buscó un acento Rosario, desesperadamente, como si no hubiera acentos en el mundo, como si las cosas fueran romas y las palabra átonas. A su alrededor, en el estudio del viejo barrio capitalino, en lugar de aire sentía Rosario una presión inerte, como de globos invisibles. Notaba el abrazo de una elasticidad infinita, un verdadero acoso, el peso muerto de la depresión.

Tenía que buscar un acento si quería escapar de la parálisis, del impulso de encogerse sobre sí misma y dejarse envolver por una cáscara sin poros, de aluminio y acero, y quedarse dormida sobre el suave oleaje de una placenta.

Halló el acento, porque en su estudio había una inflación de acentos, de letraset, de mecanorma, de recortes, de desechos, y el propio MacKintosh desbordaba de acentos de todas las familias imaginables, de todos los cuerpos, hasta de los cuerpos que no existen.

Recuperó del retrete-hospicio la plancha desechada. Puso la tilde sobre la “i” de "persíguela", depositó la cartulina sobre la Repromáster, y obtuvo una nueva y flamante transparencia.

Recuperados todos los acentos, y cada uno en

su sitio, Rosario se olvidó de que existía un mundo fuera de su estudio. De apetito escaso, no sintió las punzadas del hambre, y por puro despiste no acudió a la cita con el estofado de pollo y las alcachofas.

Más de las tres serían cuando llamó Manuel, por si las moscas.

—¡Ahora mismo voy! Y me comeré el pollo aunque parezca goma.

Rosario quería reconciliarse con el afecto, porque su corazón no era de piedra. Había algo dentro de ella, un agujero de la conciencia abierto a un escenario de contrición y culpa, que le hacía ver a la vida en pareja como una rutina insoportable. Y si era capaz de convivir con Manuel y con Ludolfo era precisamente por su condición de homosexuales. La convencionalidad contradictoria, el afecto sin frutos, la paradoja estéril, novedades absorbidas por la esponja de la sociedad urbana.

Según su costumbre meticulosa, Rosario ordenó la mesa, puso en su sitio cartulinas, lápices, reglas, rotuladores, cuchillas y espráis adhesivos, apagó la Repromáster, desconectó todos los aparatos y dejó los radiadores eléctricos en posición de mantenimiento.

Se peinó en el espejo de la entrada, se arregló los tirantes del sujetador, se metió en un tres cuartos azul marino, y salió a la escalera encendiendo un

cigarrillo.

Pero hubo de detenerse a medio camino hacia el piso de abajo. El rellano del tercero estaba libre, pero en el tramo de escalera que empezaba a descender de él había un atasco.

Tres empleados de funeraria cargaban un ataúd e intentaban transportarlo hasta la calle. Había una puerta abierta de par en par, la de la única vivienda, porque las otras eran oficinas. En el hueco había una viejecita encogida y abrazada a una mujer joven, quizá su nieta.

Era obvio, le pareció a Rosario, que en el ataúd iba el cadáver del hermano mellizo de la viejecita. En los ojos de la anciana más que desolación había pavor. Y la causa de este profundo miedo parecía ser un tipo con anacrónico sombrero de fieltro oscuro y abrigo de lo mismo, que intentaba hacerse hueco para franquear el atasco, al otro lado del ataúd y sus porteadores, y subir hasta la puerta de la vivienda marcada por la muerte.

El silencio era total. Hasta los esfuerzos de los funerarios eran mudos. Y a pesar de eso, y de que nadie hacía gestos, se percibía el brazo de la anciana levantado hacia el tipo de negro, con la mano extendida haciéndole alto, y al ave rapaz estirando las alas y las garras en dirección a la viejecita.

Rosario, mirándolo todo desde el semirrellano, creía estar viendo un cuadro de la escuela realista francesa, de Daumier o de Courbet. Tiró el cigarro al suelo y lo pisó con saña.

En esto, los que cargaban al muerto, decidieron retroceder hasta el rellano para intentar otra fórmula. Y cuando el siniestro tipo del sombrero se disponía a plantarse ante la puerta del piso, la muchacha se soltó de la abuelita, avanzó hacia el monstruo y conversó con él unos instantes en voz baja. El ave rapaz dio media vuelta y se perdió escaleras abajo.

—¿Qué ha pasado, señora Paca? —preguntó Rosario al llegar al rellano.

—Que me ha dejado Hipólito. Sola —gimió la pobrecita.

Rosario, que había heredado el estudio de su abuelo y recordaba desde siempre a la pareja, sintió una pena honda. Ya de niña, había tenido la impresión de que eran dos gorriones pequeñitos y gordezuelos, con las piernas cortitas y los brazos recogidos. Él fue dependiente de un comercio de artículos religiosos hasta su jubilación, ella, insignificante ama de casa conforme con su destino de cuidar a un hermano en lugar de a un marido.

Rosario la abrazó, mirando de reojo a la muchacha, porque ahora caía en la cuenta de que los

ancianitos no tenían familia.

—Soy asistente social del Ayuntamiento — aclaró la joven—. Aquel individuo —señalando con la barbilla hacia donde había escapado el ave rapaz— es el dueño del piso. La señora Paca teme que pueda echarla a la calle. Ya ve. No quiere ni ir al entierro, por si el tío ese no le deja entrar a la vuelta.

—No se preocupe, mujer. La ley la protege — confirmó Rosario cariñosamente.

—Sí, ¿pero quién es la ley, hija? Ya no tengo a nadie que me defienda —y se quedó mirando al ataúd que, atado por una correa, por fin descendía sobre los hombros de los funerarios, formando un peligroso ángulo con la horizontal.

A Rosario se le ocurrió que debía ayudar a doña Paca.

—¿Quiere ir usted al cementerio?

—Sí. Pero me da miedo dejar la casa sola.

—Me quedo yo —dijo Rosario—. Vaya usted con esta señorita. Y cuando vuelva, yo estaré aquí. ¿Tiene usted teléfono?

—No. ¿Para qué queríamos un teléfono?

—Espere.

Rosario subió a su estudio, llamó a Manuel, y

volvió a bajar.

La señora Paca se marchó aliviada de su aprensión, cogida a la asistente social del Ayuntamiento, como un gorrioncillo viejo, vestida de luto, y un velo sobre su moño blanco.

—Gracias, hija. Ahora las jóvenes no dependen tanto de los hombres, ¿verdad? — había dicho.

Rosario Péndol se introdujo en la vivienda de los abuelitos. Olía a rancio, a antiguo, a decadencia. Los muebles, el oscuro aparador, los marcos de los espejos, las vitrinas cargadas de cachivaches de museo, las sillas y la mesa del comedor, sin lacar desde los años cuarenta, con una pátina de pringue, provocaron en Rosario un despiste emocional, como si hubiera entrado en otro mundo o en otra época.

Se sentó en una butaquita del estrecho costurero, y al cabo le entró modorra. Buscó sus cigarrillos y encendió uno. Despabilada de golpe, impulsada por un muelle roto, se puso en pié y empezó a curiosear, tirando chorritos de humo por la comisura izquierda de los labios. Abría las alacenas y los armarios, y se complacía en los vasos tallados, en los picheles, en las bandejas de antiquísima loza con imprimación polícroma de flores, y en las ropas de los abuelitos, ordenadas como el ajuar de dos recién casados.

Mas al llegar a una puerta del pasillo, a todas luces la del armario de la plancha, se quedó parada ante ella, la mano en el pomo, sintiendo una atracción distinta a la curiosidad, fuerte y extraña, como si alguien desde el otro lado la invitase a entrar.

La abrió y se encontró frente a un jardín. Durante un instante, tuvo la sensación de que una persona invisible, quizá un fantasma, pasaba a través de ella desde el jardín a la vivienda de la señora Paca.

Un tipo grotesco

¡ZZZZAS! ¡PLOP! Se clava un obús en la espesura. Viene disparado desde la retaguardia. Aterrizza igual que un globo perforado, igual que un paracaidista primerizo. Llega del caos étnico, acomplexado y triste, con arrugas de miedo en el entrecejo. Lleva un hombre encerrado en su cascarón de acero, una crisálida a punto de cuajar, todavía con la guerra en los talones, de batalla en batalla, como un Atila derrotado y perseguido a lo ancho de la estepa. Huyendo de sí mismo. Con soniquete balcánico canta su canción.

Vengo de la Iliria,
borracho de sangre.

Vengo de la Iliria,
de pasar mucha hambre.

Salió un tipo de la cáscara del obús y se arregló la indumentaria, que consistía en un uniforme de campaña hecho de harapos de variados colores, y cuatro mochilas a reventar, sujetas a la espalda, al pecho y los costados. Se las quitó para apañarse el traje, y parecía un murciélago con napias, canijo y flaco. Tornó a cargarse de los sacos y echó a andar por una senda del jardín. Le hacía gracia el ruido de sus botas al pisar la grava. Tiró por una cuestecilla y llegó a un estanque. Había juncos en las orillas, y flotaban nenúfares. En la parte más sombría, enroscados a los troncos de un sauce y de un fresno, trepaban sarmientos de hiedra. De la espesura venían las voces del jilguero, la calandria y el zorzal.

Sacó de algún sitio una flauta de barro, y al soplarla sonó un eco tropical.

—¿De dónde sale usted, buen hombre?

La voz procedía de un tosco puentecillo de madera.

—¿Quizá de una ópera? —volvió a decir el curioso.

Era un tipo rubio, muy alto, con una guedeja

que parecía una boina cruzándole la frente. Tenía delante un caballete, y sobre él una tabla, en la que trabajaba.

—¿Se llama usted acaso Papageno? —insistió el pintor.

—Me llaman Dunau —dijo el tipo grotesco, aproximándose al puentecillo.

—Tanto gusto. Yo soy Reixac, Pintor Vocacional.

—Sería usted tan amable de informarme dónde estoy. Acabo de llegar, y no he visto ningún cartel.

—Esto es..., déjeme usted explicarle... Se encuentra usted en un lugar privilegiado al que conducen todos los caminos. Aquí por lo general, acude todo el mundo, se marchan y vuelven. Pero pocos se quedan. Para quedarse hay que estar, cómo le diría yo... —El tal Reixac se atornilló la sien con un dedo—. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Pero, ¿cómo se llama?

El pintor fingió preparar, con el brazo en el aire y la mirada en suspenso, una pincelada maestra.

—Creo..., me temo que no tiene nombre.

—¡Ya! Sabía que acabaría en un lugar así. Espero que se pueda salir de él—El tipo se puso la

flauta en la boca y volvió a hacer el trino tropical —
¿Y lleva usted mucho tiempo aquí?

—Un montón. Se está muy a gusto. Mire, ahora estoy pintando un retrato de mi novia.

Dunau se colocó delante del caballete. Sobre la tabla había un trabajo a medias, una muchacha desnuda, en el ademán de una Venus naciente, rodeada de rostros todavía esbozados, pero que parecían máscaras. Lo que más llamaba la atención de la tabla era su confuso estilo, algo que parecía deliberado: la mujer, de un naturalismo fotográfico, las caras y el paisaje, una montaña umbría con un castillo en lo alto, de un delirante expresionismo flamenco, escuela de James Ensor.

—¿Qué le parece?

—¿Es esta su novia?

—Ahá.

—¿Y vive aquí?

—Oculta como un fantasma. A veces, yo mismo creo que sea un fantasma. Se llama Viljoen, y debe de ser surafricana. Es una chica preciosa, tiene la figura de una virgen de Murillo. Lástima que no se deje ver. Pero es tan triste. A veces cuenta que de niña la violó un mulato. Pero yo he averiguado que es mentira. Es una excusa para rechazar a los hombres de

cualquier color. A mí, en particular. En realidad sólo le gustan los negros —El pintor Reixac, acompañaba sus explicaciones con movimientos del pincel sobre la tabla, como si en ella se manifestaran aquellos detalles—. Le revelaré una secreta averiguación que hice hace poco, y que explica sus manías. Lo que le pasó siendo niña es que se enteró, y quizá hasta presencié, una relación carnal de su padre, un granjero puritano de Graaf Reinet, con una sirvienta *xhosa*. Y, ¿sabe usted lo que le produjo mayor trastorno? La hipocresía del padre, dirá usted. Efectivamente. Pero también que la negra parecía regocijarse. Se sintió culpable desde entonces. Y yo no puedo ni tocarla. Esto le hace sentirse más culpable todavía. Además, la mayor parte del tiempo la pasa sin ropa, zascandileando por ahí, provocándome a mí y a los transeúntes. Es increíble. Supongo que esto me pasa porque soy un artista. Aunque lo que ve usted aquí no es más que una falacia, pura falsificación. Lo mío es otra cosa. Ahora estoy preparando...

—¿Por aquí pasa mucha gente? —le interrumpió Dunau, el de los andrajos.

—Sssí, sí. Pero no se quedan, ya le digo. Es un jardín, dese usted cuenta.

—Ya, ya.

—¿Había estado antes?

—No exactamente aquí. Allí lejos. O allí —dijo señalando a los lados—. Probablemente no me dio tiempo a recorrerlo.

—Sí. Esto es enorme. ¿De dónde viene ahora, señor Dunau?

—De Yugoslavia. Y estoy vivo por los pelos.

—No me extraña. Menuda guerra civil tienen allí desde que murió Tito. Parece que hay pueblos a los que les va la marcha, siempre con el palo encima, y si no, lo cogen y se muelen entre ellos.

—¿Dice usted que ha muerto el camarada Tito?

—Hombre, hace ya años. Pero nadie imaginaba que acabarían a tiros.

—¿Quiénes?

—Los cristianos ortodoxos, los cristianos católicos y los musulmanes.

—La verdad es que pocas veces... —empezó el enano andrajoso, aproximándose retóricamente a una verdad inaceptable. Pero en seguida se calló, porque Reixac había dejado de prestarle atención de un modo muy descortés. Se había vuelto a un lado, y escudriñaba entre los árboles.

—Perdóneme, señor Dunau. Me había parecido que era mi novia.

—Está usted colado por ella, ¿eh?

—Sí, sí. Es porque soy un artista.

—Y ella, qué, ¿una rica heredera?

—¡Qué va, hombre! Pero, siga usted, por favor. Hablábamos de los cristianos y de los musulmanes.

—Bueno. Era usted quien me informaba de algo que me deja perplejo. Nunca se han llevado bien serbios y croatas. Pero yo pensaba que el camarada Tito había dado con la solución. Él es, o era, Montenegrino. Ya veo que estaba equivocado.

—Pero, ¿cómo es posible que venga usted de Yugoslavia y no se haya enterado de la muerte de Tito?

—La última vez que le vi fue cuando anunció al estado mayor de los partisanos la formación de un gobierno provisional. El país entero era nuestro. Sólo las ciudades estaban en manos de los nazis y de los fascistas de Pavelic y de Mijáilovic.

—¿Me está usted hablando de la Guerra Mundial?

—Sí —Dunau dudó—. No sé. La guerra contra los nazis. Está toda Europa ocupada, menos las Islas Británicas.

—Han pasado ya cincuenta años de eso, ¿sabe?

—¡Demonios! He errado el tiro... Así que se siguen matando en Yugoslavia. ¿Y en el resto de Europa también? Menuda guerra. Cualquiera lo habría dicho de los alemanes...

—¿Por qué supone usted que si se matan en Yugoslavia también ha de haber guerra en Europa, señor Dunau?

—Es la misma guerra, ¿no?

—"Era" la misma guerra. Le digo que ha dado usted un salto de cincuenta años.

—Un fallo de cálculo. Soy aprendiz de artillero, he de reconocerlo. Pensaba que había apuntado bien, hacia Inglaterra, cerca de una base del ejército del aire. Estaba harto de la guerrilla. Quería unirme a un ejército regular. Quería un frente normal, permisos. Ya sabe. El trabajo del militar es muy perro, como para agravarlo todavía más con la vida partisana. Además, allí en Iliria hay muy poca disciplina, cada uno lucha por una causa. No me extraña que el camarada Tito haya fracasado.

—¿Es usted comunista?

—Sí, señor.

—Lo siento.

—¿Por qué lo siente? ¿Es usted un fascista?

—¿Yo? Soy un pequeño burgués. No creo en nada.

—Ahí está el origen del conflicto —señaló Dunau con voz de libro—. La indiferencia egoísta del individuo. La lucha de clases llevada al paroxismo desemboca siempre en la guerra. Los capitalistas y sus estados mayores movilizándolo a los pueblos desorganizados, desunidos, traicionados por el socialfascismo y enfrentándolos.

—¿Y eso puede evitarse?

—Con el gobierno científico. La dictadura del proletariado, señor Reixac.

—Mire, si puede usted, señor Dunau, dese una vuelta por la calle. Compre un par de periódicos y vea dos o tres informativos de la televisión.

—La televisión. ¿Eso qué es?

—Una tontería, un lujo inútil para seducir al pueblo.

—¿Y qué he de hacer para salir del jardín, para ir a la calle?

—Necesita usar una de las puertas particulares de la gente que viene aquí de paseo.

—¿Va a salir usted pronto, señor Reixac?

—No. No me interesa hasta que acabe mi

proyecto. Venga otro rato por aquí y se lo explicaré.

—¿Su proyecto es persuadir a su novia, la señorita Viljoen?

—Ni mucho menos, hombre. Un proyecto es una cosa seria.

El astroso Dunau se puso en marcha y paseó sin dirección por el jardín. Al cabo de un ratito vio de refilón que se abría en la nada una puerta y aparecía una muchacha morena fumando un cigarrillo. Se acercó al hueco de una carrera, y se coló al otro lado.

Verónica Deriba en el rondável

—Me han dicho que eres la novia de Reixac.

Verónica Deriba, la chica doliente de Toulouse, estaba en cueros, sentada en una mecedora de mimbre, en el exterior de uno de los “rondaveles” o chozas indígenas de aquella parte del jardín. El suelo era de tierra apisonada. Ni el hecho de estar descalza ni la falta de vestido le producía la menor molestia. Al contrario, sentía un gran alivio producido quizá por estar hablando con Karen Viljoen.

—Te lo habrá dicho él, supongo —concedió la surafricana.

—No exactamente, pero lo he oído de su boca.

—¿Le has conocido en el jardín o fuera?

—No estoy segura —Verónica frunció el entrecejo—. Se parece a alguien que me da mal rollo. No sé exactamente quién. —Se rascó nerviosamente debajo de un pecho—. Tengo un miedo horrible al cáncer de mama.

Karen Viljoen era una rubia *boer* de casi un metro ochenta, sin una sola arista en el cuerpo. De piel tostada, unos pechos bajos y pequeños se manifestaban por encima de una especie de peto o faja de canutitos coloreados, hecho de gruesas espinas recortadas y teñidas. Su cabeza era un óvalo maquillado y peinado a la perfección.

La chica afrikáner tendría alrededor de treinta años. Además de la faja de canutitos, llevaba una gasa de algodón enrollada a la cintura, sostenida por correas de conchitas y abalorios azules y rojos. Prendidas de un costado, un puñado de calabazas secas, y sobre sus muslos de modelo, una falda de hojas secas de palmito y esparto. En los brazos y en las pantorrillas, se adornaba con multitud de pulseras de piedra, de malaquita y de cuerdas teñidas. En resumen, el atavío de una muchacha zulú dispuesta para el baile.

Karen Viljoen estaba de pie, en un gesto de gracia erótica, de relajo y despreocupación, apoyada

en un largo *assegay* o azagaya terminada en una hoja temible.

—A mí quien me da miedo son los negros — dijo la *boer*.

—Algo he oído.

—Es mejor que te alejes de ese tipo —Karen se inclinó confidencialmente sobre Verónica.

—¿De quién, de Reixac? Pero si ni me ha visto. Estaba en el estanque, hablando con un enano con aspecto de espantapájaros. Yo acababa de entrar en el jardín, y fui a parar allí, pero ni siquiera se dieron cuenta de que les escuchaba. Me detuve a observar, porque me dio la impresión de conocer a tu novio. — La afrikáner hizo una mueca de desagrado— Bueno, lo que sea, el pintor ése.

Verónica descargó su peso en el respaldo de la mecedora, hizo fuerza con el pie en el suelo, y empezó a balancearse. Se miró el vientre, atravesado por los surcos de algunas arrugas. De pronto, descruzó las piernas y a punto estuvo de dar un salto.

—¡Ya está! ¿Sabes quién es ese tío, Reixac? El primer novio que tuve. —Se puso en pie, y echó a andar hacia una especie de plaza, entre los rondaveles de arcilla y paja del corral, y al pasar al lado de un arbusto, sintió un pinchazo en un costado.

—¡Cuidado, es un árbol espino! —dijo Karen.

—¡Sabía que le conocía! ¿Qué es lo que hará aquí?

—Lo mismo que tú.

—¡Ya! Tienes razón. —Verónica volvió a rascarse debajo del pecho, y se puso a hablar muy bajito, casi murmurando—. Así que ése es mi novio... Fue en Toulouse. Yo no tendría más de diecisiete años. Me enamoré de él. Me sacaba lo menos diez años. Era para mí una especie de caballero andante.

Se giró un poco para dar la espalda al sol, que se acercaba a lo más alto del cielo sobre la sabana llena de asperezas parduscas. La hoja de la azagaya que sujetaba Karen Viljoen envió a Verónica un reflejo que se enredó haciendo guiños en su monte de Venus.

—Era correo con el interior.

—¿Qué interior? —preguntó la *boer*.

—La España de Franco. Fue el primer tío con el que hice el amor. De pronto, al cabo de un par de años, cuando yo creía que éramos novios, me enteré de que tenía cantidad de líos con las tías. Descubrí que yo era una más. ¿Te das cuenta?

—Pero, ¿lo pasaste bien?

—No lo sé. Para mí lo primordial era estar enamorada, no el sexo. El sexo me trae sin cuidado.

Tengo una explicación psicoanalítica, si te interesa. — Verónica miró a Karen a los ojos, e interpretó que le interesaba—. Mi padre era un sinvergüenza, y lo descubrí siendo bien niña. Decía que se iba a reuniones del partido y a misiones...

—¿Al interior?

—No, no podía entrar en España, estaba fichado. En realidad iba en busca de otras mujeres. No sé si nos quería a mi madre y a sus hijos, quizá esto para él no tuviera importancia. Estaba obsesionado con las mujeres, con las de los demás, quiero decir. Era uno de esos hombres a quienes vuelven loco las faldas. Al final nos abandonó. Se fue a Alemania con una portuguesa.

La Viljoen dio unos pasos hacia ella. Sonaron unos crótalos que llevaba en las pantorrillas. Pasó a su lado y se metió en una de las chozas.

—Sigue, sigue, me interesa. Me voy a quitar este disfraz. No sé por qué lo llevo puesto todavía.

—Según Reixac, no es raro que vistas así — dijo Verónica, entrando también en el *rondável*.

—¿Qué te ha dicho de mí ese besugo?

—Personalmente, nada. Ya te lo he explicado. Estaba hablando con otro.

—Habrá contado una burrada de mi padre.

¿No? Confunde deliberadamente la geografía. Dice que soy de Graaf Reinet, que está en la provincia de El Cabo, pero nací en Natal, en una granja próxima al río Tuguela, al sur de Ladysmith, muy cerca de territorio Zulú. —Las cuentas de los abalorios y los canutitos de espinas que adornaban a la *boer* levantaban un murmullo de maracas, mientras se desprendía de sus chocantes atavíos y los colocaba en un armario—. Mis compañeros de juego eran niños zulús, de modo que aprendí su lengua. En cuanto a mi padre, era pastor de la *Nederduitse Gereformeerde Kerk*, la Iglesia Reformada Holandesa, y granjero también. Nunca le vi maltratar a un negro, y solía criticar públicamente a sus parroquianos cuando cometían algún atropello. Es verdad que creía que los cafres, los negros, eran inferiores, una especie intermedia entre el hombre y el bruto. Estaba convencido de ello. Pero los consideraba criaturas inocentes, a las que era un error tratar como enemigos. De modo que jamás se habría acostado con una nativa. Habría sido como mantener trato carnal con un impala, una aberración inaceptable.

—Entonces, ¿por qué dice Reixac que eres fría y cruel?

—Para que la gente se forme una mala opinión sobre mí. Es un mistificador profesional.

—Pero, ¿no te pretende?

—Le importo un pimiento. Es un retórico, un tipo vacío. Habla sin parar, compulsivamente, como un loro. Pero no transmite nada, mensajes de vanidad. Reventará un día de vanidad y de amor propio. Su interlocutor le importa un pito, es como si hablara con un espejo.

—Lo sé. Lo sé. Tengo la dolorosa experiencia —exclamó Verónica con voz evocadora—. ¿Y tú, qué relación tienes con él?

Karen Viljoen se había puesto una falda verde de piel y una camisa de seda de color mostaza, y era ahora una ciudadana anónima, aunque bella y elegante, del próspero occidente. Salió de la habitación, seguida de Verónica, a una parte del jardín llena de negros echados sobre el césped, la mayoría solos. Algunos leían el periódico, otros escuchaban emisoras nativas en transistores de radio, y muchos simplemente no hacían nada, sentados en los parches de hierba de Joubert Park, con la mirada perdida en los atrevidos rascacielos de una fachada urbana que parecía Johannesburgo.

—Cuando yo conocí a Reixac se hacía llamar Tengarrinha, portugués de Mozambique. Decía que era antropólogo, y daba clase en la universidad Rand, pero se sabía que asesoraba al Renamo, la guerrilla anticomunista. Yo estudiaba allí Derecho. Me licencié y le perdí de vista, pero volví a encontrarle en

Bloemfontein, cuando yo buscaba un empleo en la universidad para negros. Me ofreció un trabajo en una empresa de *consulting* para la formación profesional y académica de los zulúes. Luego resultó que era una tapadera del servicio de inteligencia militar para desviar con discreción dinero del presupuesto y emplearlo en entrenar asesinos. Los *impis*, que en zulú significa "guerrero", desgraciados delincuentes, que atentaban a indicación de los agentes en los *townships* de Transvaal y de Natal, para minar la influencia del Congreso Nacional Africano. Por eso he dicho antes que me dan miedo los negros. Si se enteraran en dónde he estado metida, me echarían un neumático rociado de gasolina al cuello y le pegarían fuego.

—¿Y qué hacías vestida de negra? —Verónica precisaba más datos, más razones

—¡Qué iba a hacer! Disimular.

—Es curioso, lo de Reixac. ¿Te acostaste con él? —Ahora sentía celos.

—Pss. Un amante vulgar.

—¿Conoces a alguno que no lo sea? —la reacción de Verónica fue fulminante.

—¿Tú estás casada, no? —preguntó Karen Viljoen.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Me interesa conocer tus razones.

A Verónica le cogió por sorpresa la curiosidad de la muchacha.

—Porque no se puede vivir aislada. Mira estos pobres negros. Están solos. No tienen trabajo. No saben qué hacer. Hasta hace poco, la soledad era un concepto desconocido para ellos. Vivían bajo la protección, la dirección y el estímulo del grupo, la familia, el clan. Ahora están ahí, desperdigados como los resortes de un carillón que se hubiera caído de la torre. —Verónica repetía ideas que había leído en algún artículo.

—¿Y tu marido, te es fiel?

Verónica se echó a reír. Luego se rascó de nuevo el pecho.

—Tengo un miedo horrible a morirme de cáncer. —Se sentó en un banco, cruzó las piernas y relajó su cuerpo—. En realidad me da miedo admitir que he de morir, saber que algún día moriré. No nos preparamos para morir, nadie nos prepara. Y sin embargo, gastamos cantidad de esfuerzos para superar pruebas, exámenes, entrevistas. Me da pavor morirme sin saber por qué muero, por qué he vivido, sin entender ni la vida ni la muerte. Además, todavía soy muy joven para morir, ¿no crees?

—Si te dieras una vuelta por los suburbios de África, te sentirías una mujer afortunada.

Verónica se puso en pié, observando los músculos de sus piernas y de su torso. Tiró del cuello hacia arriba y levantó las manos hacia la nuca. Por un segundo, esa postura, que en realidad había hecho con la única intención de enderezar la espalda, se transformó en un gesto de vago erotismo. Pero ella no lo advirtió. Sólo buscaba reconocer su belleza y su maduro atractivo. Karen Viljoen pareció entender esta inocente precisión de vanidad. Al menos, eso pensó Verónica Deriba, que encontró simpatía en su mirada.

—Mi marido es un tipo sin imaginación sexual. Por eso me casé con él. Aburrido como un barítono aficionado. Pero inteligente y ambicioso como un eunuco. Yo pensaba que era un calzonazos, un funcionario adocenado. Pero desde que el partido ganó las elecciones, se metió en política. Tiene una habilidad infernal. A mí me ha olvidado por completo.

—¿Y eso te molesta?

—Es que no me quiere. Y yo necesito que me quieran.

—¿Y antes? ¿Te quería?

Verónica Deriba no contestó. Le había llamado la atención un bicho grande entre unas ruinas. Era el

enano espantapájaros que encontrara hablando con el pintor Reixac. Pero ahora estaba envuelto en una luz mágica, hechizante. Echó a andar hacia él, hipnotizada.

Parecía Eva antes de sentir la obligación de taparse con un pámpano las vergüenzas, ascendiendo por la empinada vereda de abetos y cipreses que conducía a las ruinas. Pero al llegar a lo más alto, el ángel metamórfico se había evaporado.

Dunau se hace un lío

Volvía el señor Dunau del mundo exterior con su traje de remiendos de todos los ejércitos que en la historia han sido. Venía regocijado, haciéndose guiños a sí mismo, y pegando unos botes cortitos, como si tuviera hipo.

—Me parece usted al Enano Saltarín, el que quería robarle el principito a la reina por su ingratitud y mala memoria —le saludó el pintor Reixac, que seguía en el puente rústico con su caballete.

—¿Ha terminado usted el retrato?

—Casi. Es una pura falacia. Sólo para camelar a mi novia —dijo ahuecando la voz.

Dunau echó una ojeada a la tabla.

—Pensaba que iba a hacer usted que estas cabezas fueran de negros horribles.

—Podía haberlo hecho... Pero he aprovechado para experimentar. Estoy en busca de la Edad Media. Un retorno espiritual, o íntimo, lo que más le guste, paralelo a la vuelta que está pegando el mundo hacia la confusión pre-renacentista.

Reixac miró a Dunau buscando su aprobación, cosa que el enano hizo con espontánea complacencia.

—Esto es estilo gótico internacional. Una copia, casi una falsificación, si no fuera por el anacronismo de la Venus, de un artista anónimo que trabajaba en el Reino de Valencia en el siglo XV. Puro expresionismo. ¿De dónde sacarían aquellos artesanos esas caras? ¿No ve? Parece que se van a comer a mi novia, tan modosita ella, como Esther saliendo del baño. Pero no es lujuria lo que hay en sus miradas, ¡eh! Son todos los vicios mezclados. Ni siquiera son vejestorios estos personajes —iba señalando uno a uno los rostros torvos—. Representan todas las edades, todas las razas.

—Así que éste era su proyecto.

Al pintor le sorprendió que el extraño tipejo recordara el detalle de su anterior conversación.

—No, hombre. Es mucho más ambicioso. Lo

tengo en mi estudio, fuera del jardín. Es una exposición monumental que refleja al hombre, incapaz de enfrentarse a su propio mundo, que sustituye la realidad por su esperanza, y acaba viviendo de su propia esperanza. Al final, muere sin conocer su propio destino.

—Parece un resumen de novela en la solapa de un *best-seller*.

Era una de la multitud de cosas que Dunau había aprendido en su fugaz viaje al mundo moderno.

—Pues es puro grafismo, todo rayajos y chafarrinones, fíjese usted. Quiero representar el destino del ser humano en cualquier época, un destino traducido en elementos plásticos, una investigación de las posibilidades de supervivencia, un vértigo de estrategias agónicas para afrontar con dignidad la amenaza de la muerte. ¿Qué le parece?

—Dicho así, me parece un lío. No sé si me está tomando usted el pelo, señor Reixac. Apuesto que es usted un bromista.

—Le juro que no. Pero me complace que no entienda usted nada. A los críticos sólo les interesa lo que no entienden, lo complicado y lo oscuro. Aborrecen la claridad como los hidrófobos el agua. Supongo que usted sabrá que lo que domina la literatura y el arte es el comercio, pero quien gobierna

es una secta de iniciados. ¿No echa usted de menos las épocas académicas? Transparencia y orden.

Reixac detuvo su discurso y echó una ojeada a los alrededores. Parecía impaciente.

—¿Y usted, señor Dunau? ¿Qué me cuenta del final del siglo XX?

—Fantástico. Se han cumplido todos los pronósticos. Repartir la riqueza industrial, pasos de gigante en la técnica, máquinas calculadoras casi inteligentes, volar, hablar a distancia, ver a distancia... Me ha impresionado la caja cinematográfica, ¿sabe? Pero, cuántos horrores todavía, qué poca vergüenza.

—Le ha sorprendido a usted la televisión, ¿no?

—Así es como la llama la gente, sí. Ahora, yo creía que el comunismo mejoraría al hombre.

—¿Por qué lo dice usted, señor Dunau?

—Hombre, los policías van todos armados. El ejército patrulla por las calles. Hay asaltos, robos producto de los vicios más obscenos. Es una sociedad estupefaciente. Sin embargo, se vive muy bien, salvo por los maleantes y esos que van pidiendo por las calles. Lumpen, supongo, inadaptados. Siempre los habrá. Multitudes pacíficas, un orden excelente, almacenes y tiendas que parecen bazares de cuento. Pero esa violencia, no me la explico. He oído que es

terrorismo. Serán contrarrevolucionarios, ¿no? Porque, ¿quién desea oponerse a la utopía? Según la teoría científica, el comunismo da a luz el hombre nuevo.

—¿A qué comunismo se refiere usted, señor Dunau?

—Al que hay fuera del jardín. A cual va a ser —dijo el enano desconcertado por la ignorancia de Reixac.

—Eso es capitalismo, hombre. El comunismo ha muerto. La Unión Soviética no existe.

—¡No me diga que es verdad! —Dunau estaba perplejo.

—¡Y tanto!

—¡Por todos los demonios! Pensaba que era cosa del cine, otra película. Hacen verdaderas maravillas. Cuesta trabajo admitir que no sea verdad. Pero son cosas que van contra las leyes de la naturaleza. Por eso creí que lo de la Unión Soviética era otra patraña, una ficción, y lo de Yugoslavia una broma suya. Aunque me extrañaba tanta insistencia. —Dunau sacó su flauta y la hizo sonar un par de veces como para desahogarse—. Ha sido corto este siglo, así pues. Empezó en el año 17 y ha terminado, por lo que veo, nueve años antes de lo que le toca.

Debe de haber sido el siglo más rápido de la humanidad. —Dunau se quedó como ensimismado, y por fin suspiró—. ¡Tanto como prometía, y ha acabado en un fracaso!

—¡Qué lástima! ¿No? ¿Y ahora dónde va a ir usted?

—Psch. No sé. A lo mejor me vuelvo a la Revolución Francesa. O quizá a la India, o a África, me atraen estas sociedades atrasadas, primitivas. Son mucho más humanas que éstas del progreso, aunque se viva materialmente peor. A lo mejor me busco alguna colonia británica. Canadá. Australia. Los ingleses tienen una habilidad diabólica para alcanzar el equilibrio entre la civilización y la barbarie. Ya lo pensaré. ¿Y usted, señor Reixac?

—Me marcho con mi novia.

—¿La espera usted?

—No creo que tarde.

—Veo que no es usted ningún despistado, que no sustituye la realidad por la esperanza. ¿Y a qué parte del mundo se va?

—A casa de Karen, porque yo no tengo patria. A ver si me sale bien la exposición. La titularé "El colapso del *Apartheid*". Le viene que ni pintado.

Reixac-Tengarrinha se echó a reír con

satisfacción de pícaro.

A lo lejos apareció Karen Viljoen con su faldita verde de piel y su camisa de color mostaza. Reixac cogió la tabla del caballete, y se la llevó. Dunau vió cómo se la enseñaba a la chica, y cómo ella le sonreía y se abrazaba a él. Luego, se desvanecieron. Probablemente habían salido por alguna puerta.

La feria de las paradojas

Agnus Dei qui tollis pecata mundi.

Ora pro nobis.

El conjunto roquero "Los Corderos de Dios", con atavíos punkis, aullaba en la madrugada frente a una delirante concurrencia. Caía un diluvio de focos sobre el mar de brazos ávidos. Volaban por encima los pecados ajenos que miles de manos arrojaban al aire para librarse de ellos, tirándoselos a otro.

Agnus Dei qui tollis pecata mundi.

Ora pro nobis.

En un escenario cubierto por una enorme y estrafalaria concha, "Los Corderos de Dios" vomitaban decibelios sobre una masa tumultuosa, eléctrica, y urbana, de todas las edades y pelajes.

Agnus Dei qui tollis pecata mundi.

Dona nobis pacem.

Sobre una pantalla que recorría el cielo, quizá instalada en un dirigible, quizá proyectada por algún mecanismo diabólico, se sucedían escenas de la más palpitante actualidad. El bombardeo de Bagdad, la conquista de Vukovar, un atentado en el Úlster, el éxodo del Kurdistán, una escaramuza sangrienta en Cachemira, una matanza en Soweto, el asalto a una mezquita por una horda de sijs, la guerra de bandas de Mogadiscio en Somalia, un palestino clavándole un puñal en la espalda a un turista neozelandés en el barrio viejo de Jerusalén, una escaramuza entre policías israelíes y una banda de jóvenes encapuchados en un barrio astroso de Cisjordania, un negro muerto a tiros en las obras del Central Post Office de Washington, un negro apaleado en una calleja de Barcelona, un negro muerto de hambre en la bodega de un mercante que viene de Guinea, guerrilleros destripados, inditos tendidos en el polvo, agujereados a balazos, trozos de soldado volando a baja altura tras la explosión de un coche bomba...

¡¡¡Dona nobis pacem!!!!

El grito final fue coreado por el público que desbordaba el local. Milagrosamente, se evaporaron del escenario "Los Corderos de Dios", y apareció un tipo subido en una pérgola con emparrado, todo de burdo atrezzo. Llevaba un frac negro, con una pajarita

de un rojo chillón que le cubría el pecho, y anunciaba una subasta por la inmunidad.

Un rufián de la primera fila le espetó:

—¿Ha dicho usted inmunidad o impunidad?

—Es una distinción impertinente. Me parece. ¿Es acaso usted uno de esos ideólogos huérfanos? ¿No sabe usted que la historia ha muerto?

—Tengo un máster en Harward, ¿sabe? —replicó el chulo de la primera fila—. Y he trabajado para la OTAN y el Pacto de Varsovia. Ahora vendo carne con clenbuterol a los rusos y a los ucranianos, y secretos nucleares a los países más pobres. No necesito inmunidad ni impunidad. ¿No se da cuenta? Soy un canalla y un cínico. Estoy inmunizado contra la moral, sea lo que sea esa cosa.

El subastador dejó de interesarse por el canalla, y se dirigió de nuevo al público variopinto.

—¿Quién da más? Pujen ustedes. Lo que se saque es a beneficio de terceros. El Sur, el hambre, la enfermedad, la vejez desamparada, la infancia sin futuro, el Tercer Mundo. Coño, pujen y desahóguense, no sean tacaños. Esta es la subasta de la so-li-da-ri-dad.

Algunos se pusieron a bailar en una pista que apareció al abrirse un estrecho abismo en la multitud.

Decenas de individuos descuidados se precipitaron en la zanja sin fondo. Por unas puertas que colgaban de un techo inexistente, asomaron la jeta feos personajes, quizá diablos, quizá malas conciencias, quizá buenas ideas abortadas a tiempo por un subsecretario timorato.

Otros asistían a la presentación de un libro escrito por un ciego sesudo. Lo presentaba un mudo demagógico. Los sordos aplaudían sólo con ver el grueso volumen encuadernado en tafilete y oro y publicado a cargo de una fundación de título campanudo. El mamotreto estaba atiborrado de cuadros estadísticos.

Por allí venía Rosario Péndol, con su tarjeta de invitación en la mano, bien visible, no fuera nadie a creerse que se había colado. Robó un vaso de zumo de tomate de una bandeja que portaba un camarero vestido de jenízaro. Lo probó. Resultó ser un *Bloody Mary*. Lo dejó caer a sus pies, y vio cómo se desparramaba en un charco de sangre.

Iba Rosario muy bien puesta, como de *reveillon*, disfrazado su cuerpo y ebria el alma.

—¿Tiene Bourbon, por favor? —se dirigió a otro jenízaro que atendía tras un mostrador—. A secas, sin hielo ni agua.

—¿Qué marca, señorita?

—Me da igual, es para entonarme, porque yo no pertenezco a este zoo, ¿sabe usted? Vengo sólo para hacer relaciones, a pescar clientes. Trabajo para mí misma.

—¿Es usted puta? —preguntó el camarero llenando el vaso, sin mirarla.

—¡Vete al cuerno, mentecato! — reaccionó Rosario, dándole la espalda.

—¿Le ha molestado ese tío? —preguntó Verónica Deriba, saliendo de detrás de una columna de cartón.

—Se estaba pasando, nada más —respondió Rosario Péndol.

—¿Se divierte? —volvió a interesarse aquella mujer defraudada por los hombres.

—Observo. Estoy con el agua al cuello, ¿sabe? He perdido todos los acentos, y no sé si seré capaz de montar otro arte final.

—¿Es usted artista?

—Diseñadora gráfica. Pero desde lo de los acentos, no sé. Estoy en crisis. Necesito que me hagan un encargo muy fuerte, ponerme a prueba.

—¿Por amor propio o por dinero?

—Mujer, también hay que comer —Rosario

hizo una pausa—. Me han dicho que aquí hay mucho pez gordo, del gobierno, creo. Pero no conozco a casi nadie en esta fiesta. Me ha dado la invitación un amigo del partido, pero no le encuentro. Me iba a presentar a gente.

—Si quiere usted le presento a mi jefe. Es director general de un gobierno autonómico. Y también es del partido.

—¿Del mismo partido?

—Lo ignoro —confesó Verónica—. Pero, es lo mismo, ¿no?

De pronto, Rosario advirtió la indumentaria de Verónica Deriba. Llevaba una falda de encaje blanco sin forro, exhibiendo de arriba a abajo sus bonitas piernas. Y sobre el torso, una camiseta transparente, como de plexiglás. No usaba sujetador, pero sí bragas, también de encaje, aunque de color azul. Verónica percibió la observación de que era objeto y habló.

—Odio el sexo.

—Me hago cargo —dijo Rosario Péndol—. ¿Dónde está ese director general?

—Vamos a por él.

Y, mire usted por dónde, le encontraron.

Al salir de aquella confusión y cachondeo, iba

Rosario Péndol como unas castañuelas. El tipo aquel había resultado un mirlo blanco. Tenía flotando, en un estanque medio podrido, un proyecto de varias decenas de millones, y alguno le podía tocar a ella si acertaba a echar la caña con buen pulso.

Tuvo la impresión de que el recinto de la feria estaba cercado, pero era algo que no podía comprobar físicamente. Sin embargo, saltaba a la vista que, llegado a un punto, acababa la juerga y empezaba la privación y el abandono. No había límites. No había bosques de coníferas ni estrechos turbulentos ni campos de minas ni desiertos, mas se notaba una separación, un otro lado. Cambiaba también el aspecto de la multitud, pacífica, pero apestosa, harapienta, enferma, triste, perdida en la tiniebla.

Eran los refugiados y los inservibles de todas las regiones del planeta. Había eslavos, kurdos, indochinos, tibetanos, tártaros, negros de centenares de tribus, moros, indios, gitanos, palestinos, borrachos, mendigos, enfermos crónicos, drogadictos, delincuentes de baja estofa, ancianos y niños sin hogar.

Rosario se fijó en un tipo con pinta de espantapájaros que estaba cerca de ella. Observó cierta complicidad en su mirada, quizá transmitiéndole que no formaba parte del zoo triste. Rosario sintió de pronto miedo. También sintió algo de piedad.

—No tengo el corazón de piedra —le dijo al elemento.

—El lumpen, ¡eh! —contestó el casi murciélago dando un cabezazo hacia la multitud astrosa.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Rosario—. Cada vez hay más. Están en todas las esquinas. Te venden pañuelos de papel, te limpian el parabrisas, te piden para comer. Al final uno se vuelve de cemento, ¿no?

—Lo único que puede usted hacer es esperar a que los mate una peste, a que se maten entre ellos, o a que invadan el paraíso.

—Es usted un poco bestia.

—No. Demasiado realista. Los hechos me han vuelto un escéptico, he de reconocerlo. Pero no soy ningún cínico. Es una cuestión de geoestrategia. ¿Se acuerda de Malthus? Al pobre le pasó un poco lo que a mí, se equivocó en unos cuantos años. Fue un proto ecologista. Creyeron que decía jeremiadas. Y ya ve.

—¿Y esto tiene remedio?

—Señorita, ¿existe Dios? —El tipejo tendió la mano a la muchacha y se alejó con ella hacia la aurora, que apuntaba en un extremo del jardín—. Ya no da vergüenza hacer estas preguntas.

Rosario le acompañaba con la mayor confianza.

—¿Usted sabe qué será de mí? —murmuró Rosario, parándose bajo un grupo de acacias y eucaliptus, respirando a fondo—. No soy una asalariada, me valgo por mí misma. No tengo seguridad. Y la necesito —De súbito se volvió hacia él, y le vio fuerte—. Protégeme, extranjero.

El individuo la rodeó con el brazo. Se sentía transformado una vez más, se convertía en un poderoso príncipe, salía de su pinta de murciélago, se embellecía iluminado por los arboles del amanecer.

—Quizá sea necesario tirar un par de siglos a la basura de la historia. Volver a empezar.

—¿Dónde?

—En cualquier sitio, querida. En cualquier sitio. No tiene importancia, porque me temo que acabaremos siempre al borde de un acantilado.

—¿Y Dios, no ha de ayudarnos?

—Dios no existe, mi niña. Es una invención del hombre para alejar su miedo a la muerte. ¿Te puedo besar?

—¡Qué bello eres!

Hacia las veredas

Verónica Deriba se percató de que aquello había acabado por el movimiento irregular de la multitud. La gente se dispersaba, y a toda velocidad, atropellando a los que iban despacio o a los que, como ella, tardaban en enterarse de que allí no había nada que hacer ya. Verónica los veía abalanzarse como una tormenta descargando grandes olas sobre un acantilado. Pero ella no era ningún acantilado.

Echó a correr, buscando refugio, angustiada, dispuesta a entregar lo que fuera por salvarse. Y así es como llegaron a pasar por delante de sus ojos fragmentos de memoria, tan vivos, tan reales, que Verónica los tomó por cosas ciertas. Descubrió entre los que huían a su primer novio, y no le importó su mirada indiferente, ni el cinismo que escapaba de sus pupilas tristes. Se tiró hacia él, pero se le escurría como una bola de mercurio. Los fue viendo, a todos los hombres de su vida, y les decía en silencio, aquí estoy, haced conmigo lo que queráis, pero salvadme. Mas era inútil. Y la estampida de bisontes aullaba por detrás pisándole los talones.

Al final acabaron pasando todos sobre ella, la turba de demonios al asalto de un nuevo paraíso.

Pero Verónica no sintió ningún pie sobre su cuello, ninguna bota oprimiendo sus pulmones,

ningún sabor a tierra en su boquita. Ni siquiera había caído al suelo.

Y allí estaba su salvador, un murciélago luminoso, resplandeciente y bello, esperándola.

—Gracias, rey mío.

—¿Has pasado miedo?

—Horrible.

—Es que no tenías fe.

—Deseo que me instruyas.

—¿Yo? La fe nace de dentro —dijo el hermoso bicho.

—Estoy vacía.

—No importa. Tienes la eternidad para llenarte.

Y le tendió la mano y se la llevó por las veredas.

El despertar de un sueño

Rosario Péndol tenía la cierta sensación de que soñaba, sin embargo no conseguía aliviar su angustia.

Rosario soñaba en un viaje largo, que había emprendido hacía mucho tiempo y que se anunciaba interminable. Había salido de su casa, la de sus

padres, y se había puesto a recorrer lugares admirables, países que existían, y que ella conocía por los libros, las películas y la televisión, pero que nunca había visitado. Mas, reconstruidos por las equívocas maquinaciones del *ello*, se revelaban pavorosos escenarios en los que podía ocurrir cualquier desgracia.

Nada extraordinario le sucedía a Rosario Péndol en su representación, ningún peligro le amenazaba. Pero siempre, en el horizonte de su larguísimo itinerario pendían confusas asechanzas, y una sólida incertidumbre transformaba la inocente ensoñación en pesadilla.

Despertó. Estaba oscuro, quizá era la madrugada. La angustia de Rosario no se fue con el sueño, aunque ahora había una razón, y era el lugar donde la diseñadora gráfica se encontraba. Era una casa ajena: ni el piso que compartía con la pareja homosexual ni el de sus padres en la costanilla que iba a dar a un viejo palacio.

El olfato de Rosario le reveló un sitio que se había aislado del tiempo, donde todas las superficies estaban cubiertas por una rancia pátina que evocaba el olvido. También llegaba especialmente a su nariz el perfume acre de la naftalina.

—¿Ya te has despertado? —dijo una voz aguda

y cascada a su derecha—. Pobrecita. Has dormido un rato de tiempo. Cuando volví del cementerio, te encontré hecha un ovillo en ese sofá, y como vi que roncabas y que te duraría todavía el sueño, te eché una manta para que no te enfriaras.

Rosario volvió la cabeza hacia la señora Paca y sintió un pinchazo en el cuello, afectado de tortícolis.

—¿Qué hora es?

La señora Paca se levantó de la butaca gemela a la de Rosario, tomó un grueso reloj despertador de un aparador, se fue con él a la ventana que daba a un patio interior, y a la claridad de la luz de algún insomne leyó el tiempo.

—Más de la cuatro.

—¿De la mañana?

—De la mañana, Rosario. Quizá tenía que haberte despertado ayer tarde —la señora Paca se aproximó a la muchacha y le acarició el pelo—. Pero me dormías tan a gusto.

—Pues ahora mismo tenía una pesadilla.

—Tú no puedes tener pesadillas, criatura. A mí es a quien se me deben aparecer los fantasmas. Siento la presencia de mi hermano, el pobre. —La abuelita reprimió un sollozo, y luego dijo su nombre, como si le llamara—. Hipólito.

Rosario sintió un escalofrío, se incorporó, consciente ya del pasado inmediato, y observó desde una distancia que parecía inmensa el dolor de la señora Paca.

—¿No se ha acostado usted?

—Para qué, hija mía. —Hizo una pausa, dejó el reloj sobre la mesa, se quedó como escuchando su tic-tac anacrónico de lata—. Estaba esperando.

—Pero podía haberse ido a la cama, mujer. Ya me habría despertado yo.

—Me ha venido muy bien acompañarte, Rosario. Lo hacía por mí, egoístamente. Vuelvo de dejar a mi hermano en un nicho, y en lugar de encontrarme con el vacío o con la muerte, que espero que no tarde, me encuentro con lo más hermoso de la vida durmiendo en mi costurero. ¿Qué has soñado?, dímelo.

—En un viaje al extranjero.

—¡Qué bonito! Nunca he estado en el extranjero.

—Yo tampoco, señora Paca. Me horroriza salir de mi ambiente. Me produce insomnio, me vuelvo una urraca, estoy irritada todo el día... Por eso he viajado tan poco. Sólo aquí me siento a gusto. Ya ve usted. Por eso este sueño era una pesadilla.

—Pobrecita. ¿Quieres que te haga algo de comer?

—No tengo hambre, gracias.

—Pero si no has cenado. Yo creo que ni comido.

—Bueno, un café a ver si me espabilo.

Eran casi las ocho cuando Rosario salía a la calle, camino de su casa. Quería darse una ducha y cambiarse, antes de volver a trabajar al estudio. También quería dar señales de vida a Manuel y a Ludolfo. Les imaginó preocupados por ella, aunque sabía que no era muy probable. Pero la idea le producía una sensación cálida en el vientre, una emoción satisfactoria.

El tráfico era intenso, un predominio absoluto de coches, camionetas, autobuses y motos sobre el de peatones. Recorrió con un placer renovado las callejas de la vieja ciudad, con sus palacios convertidos en centros administrativos, sus iglesias de zócalo de piedra y edificio de ladrillo, con unas torres a veces mochas, a veces con un tejadillo de cuatro vertientes y una veleta. Se metió por revueltas donde los vehículos sólo entraban de uno en uno, filtrándose del escándalo de las vías principales.

Al doblar una esquina y enfilear una plazuela recostada en un talud, con una fuentequilla y unos álamos plantados en alcorques, distinguió en el otro extremo a una mujer que parecía caminar en dirección

contraria a la suya, y a su encuentro. ¿Por qué le llamaba la atención esa mujer, mucho más que la media docena de peatones que circulaban por las aceras y cruzaban las calles de aquel rincón?

La explosión pulverizante

A Verónica Deriba la despertó una conversación lejana, fanfarrias y recomendaciones comerciales dichas a gritos. Era la radio que sonaba en la alcoba. Verónica empezó a comprender que estaba en otra parte, y enseguida descubrió que era la habitación de su hija. Se encontró sobre el lecho, medio arrebujada en el grueso cobertor, vestida con ropa de calle e incluso metida en el abrigo de piel de conejo.

Hizo memoria, mientras se incorporaba y se estiraba. Prefirió olvidar sus últimas doce horas. Se centró en su familia. Recordó que su hija y su marido estaban en la casita de la sierra, asistiendo a su suegra, que se había roto una pierna el día anterior. Se puso a ignorar con toda su fuerza el día anterior, se lo saltó con la maestría y la limpieza de años de trucos para olvidar la pena, el dolor y la ignominia.

Lo primero que hizo fue pegarse una ducha a conciencia. Raspó sobre su piel con una esponja natural muy áspera, como si quisiera quitarse de

encima siglos de mierda, limpiarse de todos los abrazos recibidos a cambio de sexo, como si buscara hacerse sangre para lavar toneladas de culpas, suyas y heredadas.

Luego, mientras se secaba delante del espejo, colorada la piel por tanto frote, se encontró bella, y empezó a recuperar el humor.

Se ajustó unos vaqueros limpios y un jersey de fibra artificial que marcaba el tamaño compacto de sus pechos y la silueta del sujetador. Se puso un abrigo de cachemir, y se echó a la calle sin desayunar, porque así era su costumbre.

Recorrió la ciudad por el subsuelo, apretujada entre montones de gente que, en las primeras estaciones del Metro, antes de cambiar de línea, le resultaba familiar. Muy despacito esta multitud se mudaba en una fachada versátil y anónima que la envolvía con la misma naturalidad que el gabán hecho en Italia.

Salió a la superficie en una plaza en obras con la estatua de una reina castiza en mitad de un andamio, rodeada de un teatro decimonónico y unos edificios con balcones de apariencia adusta, sólidos, imperturbables. Divagaba ideas sin principio ni final, “...al contrario que mi personalidad, guardada en un cuerpo al borde de la decadencia y en un espíritu flojo

y volátil que a veces escapa de mí y torna al cabo de un rato, o de unos días, como si perteneciera a varios cuerpos en mundos diferentes, acaso antagónicos, y estuviera obligado a una migración interminable...”

Divagaba extravagancias, cuando desembocó en una plazuela que acostumbraba a cruzar sin dedicarle una mirada. Y esa mañana la descubrió completa, al primer golpe de vista, con su ligera pendiente hacia un muro del que salía un caño airoso y un pilón de granito, sus arbolillos jóvenes y todavía pelados, sus aceras anchas, su aire provinciano.

Y sobre todo le llamó la atención, de entre el grupo de transeúntes que pasaba por allí, una muchacha morena, que caminaba con resolución hacia la esquina que Verónica acababa de doblar.

Desviaron ambas la mirada, que es lo común en estas circunstancias y lo normal en esta época, y siguieron marchando la una hacia la otra como si no fuera a pasar nada.

Roario Péndol tuvo que sortear un coche aparcado en doble fila a un lado de la plaza. Pero antes de cruzar hubo de detenerse, mientras que Verónica Deriba emprendió un gracioso trote, ya en mitad de la calzada, porque una furgoneta militar se le echaba encima.

Y llegaron a estar juntas, entre la furgoneta

militar y el coche mal aparcado, y se miraron por un segundo eterno, y sintieron el impulso de echarse cada una en brazos de la otra.

Pero sólo alcanzaron a tocarse la punta de los dedos antes de que se las llevara la explosión al jardín de los encuentros definitivos.

Murieron cuatro oficiales de caballería, un cabo conductor y dos civiles de sexo femenino a las que tardó en identificarse, porque los cincuenta quilos de amonal, ocultos en el coche, a un palmo de ellas, las pulverizó.